

Josh Meadams

Todo el mundo
odia a Cupido
Vol.3



Todo el mundo odia a Cupido

Vol 3.

Josh Mcadams

© Josh Mcadams, 2024

Corrección ortotipográfica y de estilo, Arthur Casablanca.

El copyright y la marca registrada del nombre "Sombras en el agua" y de todos los nombres propios y el resto de los personajes, así como de todos los elementos relacionados, son propiedad de Josh Mcadams.

1ª edición: Enero 2024

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

“Si sé lo que es el amor, es gracias a ti” —Herman Hesse.

Índice:

1. De vuelta a casa
2. La experiencia mortal
3. Comida china
4. Love muse
5. Música para los oídos
6. Paquetes
7. Poción
8. Mi gozo en un calabozo
9. Una estrella del pop
10. La manzana dorada
11. La afrenta
12. Crepúsculo
13. Voces del otro lado
14. El parque de atracciones
15. El amor y el alma

Capítulo 1

De vuelta a casa

El viaje en avión fue especialmente placentero, Connor aún tenía sus alas por lo que viajar en un avión común y corriente no era una opción. Tuvo que alquilar un avión privado y viajar hasta una ciudad relativamente cercana para luego alquilar un vehículo.

—No me lo voy a quitar nunca —anunció Oliver mirando el anillo de su dedo—.

—Por lo que me ha costado... —soltó Connor—.

Connor acabó extendiéndole a su dueño, un usurero mercante de Atenas, un cheque con muchos ceros. Le aseguró que podría cobrarlo en un mes, cuando hubiese llenado sus cuentas de nuevo y para su sorpresa no puso ninguna pega y aceptó. Por lo que ahora Oliver tenía un anillo tremendamente caro pegado a su piel con magia y podía comunicarse con quien fuese, sin importar la barrera lingüística.

—No seas tan quejica, llevas de mal humor todo el viaje...—se quejó Dodo—. Disfruta del momento, del champan... —

—¡Pagar este avión también ha salido carísimo! Estamos en números rojos, señora —.

—Como vuelvas a llamarme señora te arrepentirás, puedo hacerte daño. Sé qué zapatos son tus favoritos —.

—Señorita —rectificó este con retintín—.

—Es una pena que Essián no pudiese venir con nosotros —se lamentó Oliver—.

Habían conocido durante poco tiempo a Essián, “la musa desempleada”, pero todos le habían acabado cogiendo cariño. Sobretudo Dodo, ella había conectado de una forma especial con él, que no hubiese podido cruzar el portal con ellos había sido decepcionante.

—Quizá es lo mejor... —.

—No sabía que las musas no pudiesen cruzar por los portales —admitió Connor—.

—¿Nunca habías oído de una criatura que no pudiese cruzar? —le preguntó su amiga —.

—Los portales los fabricó Hefesto y los imbuyeron de poder los doce olímpicos, hasta donde yo sabía no había restricciones —.

—Bueno, olvidémoslo —.

En ese momento recordó lo que su madre había conseguido para su amiga.

—Ah, tengo un regalo para ti —.

—¿Para mí? —.

—Prométeme que no te enfadarás —.

—¿De qué se trata? Si empiezas diciendo algo así seguro que me enfado... —.

Connor sacó en vial de cristal de uno de sus bolsillos, un humo carmesí flotaba en su interior.

—Sé que te prometí no entrometerme pero somos amigos y... —empezó—.

Dodo sintió un extraño magnetismo con lo que fuese que había dentro de aquel vial, entonces entendió de qué se trataba.

—Y haces lo que te da la gana siempre —acabó ella—.

—Qué es? —preguntó extrañado Oliver—. Parece mágico —

Dodo voló sobre el asiento, posándose en el reposacabezas.

—¿Qué es, Connor? —preguntó con tono acusatorio, esperando en parte la confirmación que necesitaba—.

—Es la parte que le falta a Dodo —dijo Connor sin entrar en muchos detalles—.

—Genial —soltó ella—.

—¿Quieres que la rompa para liberarla? —preguntó su amigo—.

—No, no quiero —.

Sabía lo testaruda que podía llegar a ser su amiga, pero no entendía que no dejase a un lado los pensamientos que tuviese y aceptaba de buena gana la parte que le habían arrebatado.

—¡Dodo! Sabes lo que es, ¿por qué no quieres que libere lo que hay? —.

Un inesperado temor a estar completa la invadió, había visto de primera mano lo que el amor podía hacer a una persona. No sabía si al liberar aquella parte de ella todo lo que una vez sintió explotaría en su interior volviéndola loca, y no quería descubrirlo.

—En primer lugar no es tu decisión, es la mía. Cuando llegemos a casa lo guardaré a buen recaudo —.

—Pero...—.

—Sin peros —.

—Bueno, como quieras. Solo trataba de ayudarte —.

Dodo voló del asiento y se dirigió al fondo del avión, no tenía más que decir y no quería seguir con la conversación.

—¿Llegaremos a tiempo? —preguntó Oliver—.

Al regresar habían podido comprobar que solo había pasado un único día, por lo que al llegar a Nueva York no habrían transcurrido tres días completos. La trampa de Aracne debería de seguir conteniendo a su hermano en la casa de Sergio.

—¿Te ha dicho algo Sergio? —.

Al encender el móvil había visto muchos mensajes y llamadas de este, pero nada que le dijese demasiado. En esencia le pedía explicaciones y le suplicaba que regresase rápido.

—Aún no —.

El viaje en coche fue un poco menos llevadero, pese a estar cansados no podían pararse a dormir en un hotel, debían de seguir el camino hasta llegar a Nueva York. La telaraña que retenía a Anteros no lo haría para siempre y pronto habrían pasado setenta y dos horas, el tiempo estimado que Aracne le aseguró que duraría.

—¿Y qué vas a hacer con las alas cuando llegemos? Aunque las lleves bajo la ropa se pueden ver —observó Oliver—.

Connor conducía el coche con más caballos que pudo ofrecerle la empresa donde lo habían alquilado, un coche familiar común y corriente.

—Tendremos que ir de nuevo al mercado de Aracne, seguro que tiene algo para ocultarlas con magia —.

—Después de vender alguna de tus posesiones, supongo —.

—Ya le he escrito a un colega para que informe a algunas personas muy ricas sobre algunos objetos que he puesto a la venta —le dijo—. Tengo una vajilla de la dinastía Ming en excelentes condiciones —.

Dodo se encontraba de mejor humor, había dejado su enfado en el avión.

—¿Por qué no vendes algunas de tus acciones?, eso será más rápido —.

—A la larga es lo que más dinero genera, no quiero hacerlo si no es imprescindible —.

Oír de todo el dinero que podía generar Connor hizo que Oliver se sintiese insignificante, él como muchos otros a su edad estaba a unos pocos meses de la bancarrota en caso de perder el empleo.

—Y yo preocupándome por mantener mi trabajo en la librería de la universidad... tendría que haberme traído algo de Grecia —.

—Mierda —maldijo Connor golpeando el volante del coche—. Eso habría sido genial, ¿por qué no lo has dicho antes? —

—¿En serio no se te ocurrió? —le recriminó Dodo—. ¿Qué tienes en la cabeza? —

—¡No! No puedo estar en todo, tenía muchas cosas en las que pensar —.

En menos de tres horas habían abandonado Maine y se encontraban en una interminable carretera de Massachusetts. La radio ni siquiera funcionaba así que solo podían disfrutar de un aburrido silencio.

—¿Habéis visto eso? —preguntó Oliver—.

Una niña pequeña descansaba sobre un quitamiedos en la carretera.

—¿El qué? —preguntó Connor—.

—Una niña —dijo incrédulo—. Para —

—¿Estás seguro que has visto una niña? Estamos en mitad de la nada —.

—Sí, aun no me falla la vista —.

—Para, iré yo —le dijo Dodo—. Si se ha perdido hablará conmigo —

—Bien, como queráis —.

Dodo abrió sus alas y salió del coche, Connor se detuvo en la primera zona de descanso que encontró.

—¿Quedan doritos? —preguntó después de aparcar—.

—Te los has comido todos —.

—¿Me das un beso? —.

El dios del amor había estado especialmente cariñoso desde que casi mantuvieron relaciones sexuales en aquel lago, antes de que una siniestra voz femenina los interrumpiese y soltase un montón de tonterías. Oliver no sabía aún cómo sentirse con respecto al cambio en su relación, él lo había besado en primer lugar... y en segundo, e incluso había sido el que había iniciado lo que acabó siendo un coitus interruptus. Pero aún así tenía la cabeza hecha un lío.

—Connor...—.

—¿Qué? —preguntó alargando la última vocal. Su buen humor era contagioso—.

—Somos amigos, sé que te estoy dando señales contradictorias... es decir. No me importa besarte, es más, es agradable... —le dijo—. El problema es que me da la impresión de que has cambiado tú solo el estatus de esta relación y no quiero herir tus sentimientos ni ser poco genuino —

—¿Te he echo sentir incomodo? —.

—No... no es eso. Lo que me preocupa es sentir que estoy jugando contigo —.

—Quiero que juegues conmigo —afirmó levantando las cejas pícaramente—.

—Te lo tomas todo a broma...—.

—¿Por qué no dejamos de pensar las cosas tanto y nos dejamos llevar? Yo sé que no estás enamorado de mi y lo acepto, pero no hay que estar enamorado para iniciar una relación —.

Iniciar una relación eran palabras mayores, no podía aceptar y seguirle el rollo a su amigo para finalmente romperle el corazón en el caso de no corresponderle. Estaba seguro

que la presión de enamorarse de él le jugaría una mala pasada y provocaría el efecto contrario.

—Esto es nuevo para mí... ¿y si seguimos siendo amigos? —.

—¿Amigos que tienen sexo? —.

Oliver todavía recordaba cómo sus manos acariciaban cada parte de su cuerpo, nadie lo había tocado de esa forma, solo él.

—Puede, pero reduce el rollo de los besos y los abrazos. Sobretudo el público —.

—Hace miles de años que no me enamoro, es emocionante, eso es todo. Y ahora que lo sabes no quiero ocultarlo —le explicó—. ¿Soy un pesado? —

—Eso me hace sentir mal, no quiero ser el que explote tu burbuja. ¿Por qué no esperas a que los dos nos encontremos en la misma página? —.

Connor asintió, derrotado.

—Eres sabio. Lo cual me deja en muy mal lugar por que soy mucho mayor que tú... —.

—Y deja de mencionar la edad que tienes, es raro —.

—¿Alguna petición más? —.

Dodo apareció frente al cristal de Oliver, volando agitadamente.

—Salid, ya! —exclamó—.

—¿Qué? —.

—¡Que salgáis del coche! —.

Oliver se quitó el cinturón de seguridad y salió del coche y su copiloto hizo lo mismo.

—¡Coge a Oliver y aléjate lo máximo que puedas! —le pidió Dodo a su amigo a voz en grito—.

Connor no sabía qué demonio estaba pasando pero su amiga no solía ponerse histérica sin ningún motivo así que se quitó el jersey, cogió a Oliver y voló sobre el coche usando toda la velocidad que pudo usar.

Entonces el coche explotó.

—¡Dodo! —gritó Oliver—.

—Estoy aquí —dijo ella—.

El humo del coche empezaba a llegar hasta ellos.

—¿Cómo ha...? —.

—No era una niña, era otra cosa —.

—¿Ha sido ella? —preguntó Connor—.

—¿Tú qué crees? —.

—Joder, nuestras cosas —maldijo Connor—.

—Preocupémonos de que nadie nos vea volando, baja —pidió Oliver—. Todo iba demasiado bien... —

Connor descendió hasta llegar al suelo, en el coche estaban todas sus pertenencias, incluyendo los objetos insustituibles que había conseguido en Grecia y que necesitaba.

—Esperadme aquí —.

El coche desprendía una torre de humo gris, aún seguía en llamas.

—Ten cuidado —le pidió Oliver—.

Había guardado los brazaletes, el colgante y el vial que contenía la “pieza” que le faltaba a Dodo en la guantera. Para su sorpresa se encontraban en perfecto estado, pese a que la mochila donde los había guardado estaba completamente chamuscada. Supuso que haría falta algo más que una explosión para romperlos.

—¡Están bien! —les dijo—.

—¿La niña sigue allí? —preguntó Oliver a su amiga mirando hacia atrás—.

—Desapareció —.

Revisó los brazaletes con cuidado mientras se acercaba hasta sus amigos. Metió el vial y el colgante en su bolsillo, el problema era que no sabía dónde meter aquellos brazaletes.

—¿Llamamos a ayuda en carretera? —.

—¡Estamos en peligro, déjate de tonterías! —le gritó Dodo—.

Esta había tenido una visión, la primera en mucho tiempo. Había visto una serie de eventos desastrosos que les sucedían a Connor y a Oliver, entre ellos la explosión en el coche. No podía ver al culpable con claridad pero sí unos ojos de color violeta, como los de la niña con la que acababa de hablar.

—¿Qué sucede? —preguntó Connor muy serio—.

—Esa niña no era una niña, como habrás supuesto. He tenido una visión, una amalgama de visiones juntas —explicó—. En ellas os pasaban cosas malas, accidentes, explosiones...—

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser? —.

—No, solo sé que tiene los ojos de color violeta. La niña los tenía y en mi visión he visto a distintas personas que también los tenían —.

El cambiar de forma era una de las habilidades más comunes entre los suyos, ese dato no les llevaría a descubrir quién era aquella persona.

—¿Nos enfrentamos a más de un enemigo? —.

—No lo sé, creo que no —dijo ella—. Me daba siempre la misma sensación, aunque tuviese un aspecto distinto —

—Has dicho que eran distintas personas —señaló Oliver—.

Dodo asintió, en sus visiones todas esas personas eran mujeres de diferente edad.

—Creo que se trataba de la misma persona con una edad distinta —.

—La voz de la anciana que oímos en el lago —recordó Oliver—. Y ahora una niña —

—Podría ser la misma persona, sí —caviló Connor—.

—No, no solo podría ser. Es —afirmó Oliver—. Aquella mujer parecía hablar como nosotros, no era de esa época. Y nos ha seguido, probablemente desde aquí a Grecia y luego desde Grecia hasta aquí —

Una sensación de peligro se instaló en Oliver, sin la visión de Dodo habría muerto en aquel coche.

—Es lo más lógico, sí —admitió ella—.

—Podemos deducir que su objetivo soy yo, el maravilloso dios del amor —.

Oliver se cruzó de brazos.

—Tenemos que regresar a Manhattan, cuanto antes nos aseguremos de que Anteros sigue allí mejor —.

—No tenemos coche —dijo señalando el coche en llamas—.

—Está a punto de anochecer, podríamos ir volando —propuso—.

—Es un buen plan —.

—¿No será demasiado para ti? —preguntó su amiga—.

Él se encogió de hombros, creía que no, había volado mucho con Oliver durante los últimos días que habían pasado en Grecia. Se sentía con fuerza.

—Estamos a unas pocas horas de Nueva York, creo que podré llevarnos a Oliver y a mi —.

—Bien, entonces empecemos a caminar hasta que acabe de oscurecer —.

—Recuérdame llamar a la empresa de transporte —.

El coche era nuevo, incluso olía a nuevo.

—Hiciste bien en contratar un seguro a todo riesgo —admitió Oliver—. Esos treinta dolares fueron bien invertidos —

—Es lo mejor, siempre acaba pasando algo...—.

Tras una larga caminata el sol desapareció en el horizonte, y con el manto de la noche Connor emprendió el vuelo. Lo hizo orientándose con las carreteras que hubiese tomado si aun siguiese en coche, de esa forma no se desviaría de la dirección deseada. Mientras que Dodo los siguió de cerca, volando también.

—¿Estás cómodo? —quiso saber Connor. Lo tenía cogido como un bebé, estaba disfrutando con el calor de su cuerpo—. Yo lo estoy —

—Mejor que volar sin ropa desde luego —.

—Discrepo —.

Las luces de los coches debajo de ellos pasaban de largo, sin darse cuenta de que una criatura alada los sobrevolaba.

—Espero que no salgamos en el telediario —comentó Oliver—. Lo que me faltaba... —

—No sería la primera vez... —.

—¿Cómo dices? —.

—A veces los nuestros somos descuidados, en esta época es más fácil reportar sucesos extraños, todo el mundo tiene una cámara a mano —.

—¿Y qué pasa entonces? —.

—Pues... no lo sé, ese tipo de noticias no llegan a las televisiones serias. Los humanos tienden a creer lo que quieren creer, siempre le dan una explicación que les de seguridad —.

Volar en los brazos de Connor era la forma más cómoda y placentera que había experimentado nunca, aunque evitó decírselo para que no se le subiese a la cabeza.

Entraron a Nueva York a través del puerto, no sin casi ser pillados por un grupo de adolescentes. Desde allí cogieron un taxi hasta el edificio de Sergio, Connor alabó los móviles modernos y la capacidad de poder pagar con ellos.

Oliver tocó a su portero, esperaron pero no recibieron respuesta. Tampoco contestaba a las llamadas o a los mensajes, y no sabía a quién hablarle para saber si se encontraba bien. Su relación con su familia no era la mejor en esos momentos.

—Nada —dijo Oliver—.

—Me asomaré por la ventana —propuso Dodo—.

Intentó ver si había alguien dentro de la casa pero no vio nada, finalmente rompió la pequeña ventana del baño con su pico y entró a revisar.

La casa seguía siendo un desastre, tal cual la habían dejado antes de irse.

—¿Sergio? —preguntó, pero nadie respondió—.

Revisó la casa pero no había señales de que estuviese ahí, por suerte sentía la energía de alguien poderoso tras la puerta de una de las estancias. Por lo que Anteros debía de estar tras ella.

Descolgó el telefonillo y pulsó como pudo el botón para abrir la puerta del portal, las tareas más simples se complicaban cuando solo eres un pequeño pájaro.

Abrió la puerta de la calle y esperó a que llegasen.

—¿No hay nadie? —preguntó Oliver—.

—No —dijo su amiga—. Aunque Anteros debe seguir ahí, noto su presencia —

—Iré a revisar —.

Connor giró el pomo de la puerta de la estancia donde habían encerrado a su hermano y la abrió. Este seguía ahí, las telaraña que una vez ocupó toda la habitación se encontraba dañada, tal y como le había explicado Aracne la fuerza del individuo en cuestión sería relevante a la hora de retenerlo. Y su hermano era fuerte.

—Has vuelto, pensé que tendría que salir a buscarte —sentenció Anteros—. ¿Dónde habéis estado? ¿Tenéis más trucos? —

—Cállate —.

Dodo voló con cuidado bajo las telas de araña y arrastró la espada de Anteros hasta sacarla, esta seguía en el suelo.

—No toques la telaraña —le advirtió Dodo—.

—¡Ya lo sé! —.

Oliver se asomó por la puerta, los ojos de Anteros se abrieron por la sorpresa cuando lo vio.

—¡Y has traído contigo al mortal! Me alegra verlo —exclamó—. Ya estamos todos, ¿estáis preparados para vuestro castigo? —

—¿Quieres enfadarme? —le preguntó su hermano—.

—¿Yo? ¿Cómo me atrevería a enfadar al dios del amor? Podría atraparme en una telaraña mágica durante tres días sin agua o comida, a su propio hermano —.

Connor se cruzó de brazos, los dioses eran capaces de pasar temporadas larguísimas sin comer o beber.

—No necesitas nada de eso para vivir, ¿quién es el dramático de los dos? —.

—¡Ponle los malditos brazaletes ya! —le pidió Dodo—. No le hagas caso —

Se acercó hasta él con cuidado de no tocar nada la telaraña, abrió el primer brazaletes y lo colocó sobre su mano izquierda.

—¿Me traes un regalo? —preguntó Anteros—. Son un poco sencillos para mi gusto, ¿los tienes de oro? —

—He perdido el tique, tendrás que quedarte con estos —.

El otro lado fue un poco más difícil de alcanzar pero consiguió cerrar el último brazaletes sobre su muñeca derecha, entonces sintió un ligero mareo. Anteros cerró los ojos poco a poco y se durmió.

—Estás bien? —preguntó Oliver—.

Su amigo también había cerrado los ojos unos instantes.

—Sí, solo un poco mareado —.

Salió de la estancia y se sentó en uno de los sofás del caótico salón. Los brazaletes restringían los poderes sobrenaturales del portador pero también los del dios que se los ponía.

—Tus alas han desaparecido —observó Oliver—.

—Supongo que ha funcionado entonces —.

—Hay que romper las telarañas que quedan si queremos llevármolo con nosotros —le recordó su amiga—.

Connor forzó una sonrisa, se sentía mareado pero no quería asustarlos. Estaba seguro de que no sería capaz de levantar la espada de su hermano.

—Deberías de cambiar, Dodo —.

—¿Cambiar? —.

—Tú tienes tus habilidades intactas, eres más fuerte que nosotros ahora mismo. Hay

que cortar las telarañas con la espada, yo no creo que sea lo suficientemente fuerte —.

No le apetecía especialmente volver a su forma humana, pero la situación lo ameritaba.

—Si vamos a llevárnoslo a casa alguien tendrá que retenerlo para que no se vaya —le dijo a su amiga—. Es enorme por lo que yo no voy a poder con él —

—¿Estás diciendo que yo tampoco podré? —se quejó Connor—.

—Exactamente —.

—Pues a lo mejor te sorprende, solo necesito descansar un poco y ... —.

—Te saca dos cabezas y sus brazos son tan gruesos como mis piernas, ¿crees ser más fuerte que él? —.

Era consciente de que su hermano era más fuerte que él, con poderes o sin ellos.

—Bueno, quizá no —.

—Callaos, iré a llenar la bañera...—se lamentó Dodo—. Búscame algo de ropa, Oliver

—Sí, no creo que le importe...—.

La estancia de Sergio estaba ocupada por Anteros por lo que se dirigió al tenderete y cogió una sudadera y unos vaqueros, sería suficiente hasta llegar a casa.

—Aquí te la dejo, Dodo —.

—Vale —.

Esta miraba la bañera de Sergio llenándose desde uno de los bordes, pronto abandonaría su forma animal.

—Siento que tengas que cambiar de nuevo —.

—No pasa nada —.

—No te gusta ser humana, ¿verdad? —.

—¿Porqué piensas eso? —.

Oliver le dedicó una mirada incrédula, era obvio que no disfrutaba al estar en su forma humana. Había pasado siglos siendo un animal y cuando volvió a su forma original no tardó en regresar a ser un ave.

—Evitas a toda costa volver a tu forma humana, lo he supuesto —.

—Chico listo —.

—¿Por qué? —.

—Me recuerda a lo que fui una vez... es difícil de explicar —.

—Pero ya no eres la que fuiste, hace mucho de aquello. No tienes por qué esconderte

No era una cobarde, no creía que se estuviese escondiendo de nadie.

—¿Crees que me escondo? —.

—¿Tú no? No sé cómo de placentera es la vida animal pero creo que te estas perdiendo muchas cosas renunciando a ser humana —.

Aquel era un análisis verdaderamente preciso de su situación, era gracioso que un chico que apenas la conocía pudiese elaborar todas aquellas conclusiones y ella misma no hubiese llegado sola.

—Sí, puede que tengas razón —.

—Ademas eres muy guapa, el mundo tiene que verte —.

—Gracias, eres un muy amable —.

—Mañana saldremos juntos a comprar algo de ropa para ti —propuso—. Algo moderno, colorido —

—Supongo que no tengo otra alternativa...—admitió—. Pero no quiero música de

fondo —

—Has visto muchas películas creo yo... —le dijo su amigo repitiendo una de las frases que ella le había dicho—. Pero no puedo prometerte que no pondré “Walking on sunshine” de fondo —

—Empiezo a arrepentirme...—.

Cuando la bañera se llenó del todo Dodo se sumergió y salió siendo su ser original, una bella joven de largos cabellos castaños con los ojos color ámbar más exóticos.

Se vistió y salió del baño, Oliver se encontraba junto a Connor, acariciando su pelo para darle confort. Este seguía mareado. Cogió la espada de Anteros y la usó para cortar el resto de telarañas que lo mantenían inmóvil, entonces su cuerpo cayó al suelo.

—¿Lo tengo que cargar yo?! —les gritó desde la habitación—.

—Connor no se encuentra bien —.

—Tampoco podría con este mamotreto... —se dijo—. Llama a un taxi —

Los taxistas de Nueva York han visto de todo, por lo que un hombre de casi dos metros inconsciente siendo cargado por una mujer, probablemente no sería la cosa más extraña que verían esa semana.

—Tendrás que limpiar la habitación de invitados —le recordó a Connor cuando entraron por la puerta—. Está hecha un asco —

—Contrataré a alguien que lo haga —le aseguró sin mucha energía—. ¿Quedarán bebidas energéticas? —

—Yo la limpiaré... —se ofreció Oliver—.

Connor apretó uno de los mofletes de Oliver, le parecía adorable.

—Déjalo en el sofá, yo voy a echarme un poco, estoy agotado —.

—¡Tú siempre estas agotado! —se quejó Dodo—. TENGAS tus poderes divinos o no —

—Dame solo un rato —le pidió en un susurro. Se dirigió hasta su habitación y se tiró en la cama—.

Dodo soltó el cuerpo de Anteros en el sofá, tendría que estar pendiente de él hasta que se despertase. Y después, pensó, previa que tendría que ser su niñera y ni siquiera necesitó verlo en una visión.

—¿Tienes hambre? —preguntó Oliver—. Podemos pedir comida a domicilio —

—Tengo mucha hambre, si volvemos a pedir cincuenta pizzas me las comería todas —.

—Tengo que ir a sacar dinero, voy a mi casa —.

—Hay dinero en la cocina para emergencias, no te preocupes —le aseguró ella—. Pide diez completas para mi y otras cinco para ti y estos dos... —

—Vale —.

Capítulo 2

La experiencia mortal

La espada de Anteros pesaba un quintal, Connor la arrastró hasta la parte baja de su cama antes de que su hermano se despertase. Aunque no pretendía dejarla en casa al alcance de su dueño, al igual que el colgante que usarían para encerrando.

Ver a su hermano en su sofá le parecía una de las cosas más divertidas e irrisorias que le podían haber pasado, no encajaba en aquella escena. Su escenario era un templo o las bulliciosas calles de una ciudad antigua. Se preguntó cómo de problemática sería su estancia, daba por hecho que no se lo pondría fácil al principio, pero una vez se llevaron bien, si ponía de su parte podrían llegar a entenderse.

Su madre le había hecho prometer que intentaría entender a su hermano y estaba dispuesto a cumplir la promesa. Con toda la suerte del mundo de su lado hasta podrían llegar a un acuerdo y no tendría que encerrarlo en aquel colgante.

Nadie más que él deseaba tener una vida tranquila y que todos a su alrededor fuesen felices. Saber que su hermano se encontraría encerrado en un colgante mágico no le traería paz mental.

—¿Ya ha despertado la bella durmiente? —preguntó Dodo—.

Anteros aún se encontraba un poco desconcertado, la luz blanca sobre su cabeza hacia que sus ojos le escociesen.

—¿Dónde estoy? ¿Y mi espada? —.

—La hemos guardado, no te preocupes —.

Tocó su espalda, sus espadas no se encontraban ahí.

—¿¡Qué me habéis hecho?! —.

—Vas a despertar a tu hermano mayor con esos gritos —.

—Mi... —.

Se levantó e hizo a un lado a Dodo pero esta lo agarró del hombro y lo sentó en el sofá a la fuerza, ahora ella era la más fuerte de todos.

—Como ves la que manda soy yo, te aconsejo que te comportes —.

—¡Eros!, ¡maldito renacuajo alado, muéstrate! —.

Oliver lo observaba desde la barra de la cocina, pensando si todos los hermanos eran igual de dramáticos. Se encontraba en un sofá sin ningún rasguño o atadura, ¿de donde salía aquella ira?

—No vamos a hacerte daño, no hay motivo para ponerse así —.

—Mortales, ¿podéis ser más reduccionistas? —.

Dodo miró a Oliver con cara de confusión.

—Dice que soy simple —le tradujo Oliver—.

—Ah, qué bien —dijo ella—. Habló el ser más complejo del universo, matar matar, matar, espada, venganza —soltó imitando la voz a un troglodita—

—¿Te burlas de mi? —quiso saber Anteros—.

—No seas reduccionista. Me burlo de ti, de tu actitud, de la forma en la que hablas y de la cara de tonto que tienes —.

Oliver ahogó una carcajada.
—Quiero hablar con Eros —pidió tras un gutural bufido—.
—Sí, sí, ya estoy aquí —anunció—. ¿Qué quiere mi hermanito pequeño? —
Anteros hizo una mueca de desagrado, aquella extraña y nueva cercanía le había tomado de improviso. Aún no sabía qué sentir, además de enfado.
—¿Qué me has hecho? —
—He sellado tus habilidades —le dijo señalando los brazaletes que llevaba—.
—¿Has llegado a estos límites para salvar a un desagradable mortal? No puedes caer más bajo —.
—Intenté hablar contigo pero no parecías receptivo, así que tuve que tomar medidas más extremas —.
—Eso es porque no hay nada que negociar, mi palabra es sentencia —aclaró—. El amor debe respetarse y ser vengado —
—Mi palabra es sentencia, ¿se puede ser más cringe? —preguntó Dodo—. Habla como esos predicadores del medio oeste —
Anteros la miró con desdén.
—Supongo que esta es tu amiga el puma, su voz es igual de irritante —.
—Supones bien, puedes llamarme Dodo, encantada —le dijo dedicándole una pequeña reverencia—.
La puerta sonó, dos repartidores sostenían una torre de pizzas cada uno detrás de la puerta. Oliver cogió el dinero que había dentro de un tarro en la cocina y pagó con él.
—Me muerdo de hambre —comentó Connor—. El estofado de mi época estaba bien pero nada que ver con una pizza —
—Iré a por las bebidas, ¿tú qué quieres? —le preguntó Oliver a Anteros—.
—¿Te diriges a mi, mortal? —.
—¿Quieres beber algo o no? —.
—No —zanjó, y se cruzó de brazos—.
—¿Podemos encerrarlo en algún sitio que no moleste? —pidió Dodo—. Seguro que podemos sobornar a un poli —
—No hay necesidad, por ahora...—.
—¿Hasta cuando vais a retenerme? —exigió saber el afectado—.
—¿Tienes hambre? —quiso saber su hermano—.
—Respóndeme —.
—Mira, no podemos dejar que mates a ese chico. Vas a estar un tiempo con nosotros, puedes ser un capullo o puedes comportarte como una persona. Tú eliges —.
—¿"Como una persona" significa que sea dócil y obedezca? —.
Dodo intervino, le molestaba que fuese desagradable con su amigo pese a que este no lo era con él.
—Que no seas un gilipollas y hagas las cosas innecesariamente difíciles —.
—Eso —señaló Connor—. ¿Quieres pizza o no? —
Anteros giró la cabeza y resopló ruidosamente por la nariz, no podía irse de allí sin saber cómo quitarse aquellos brazaletes y su estomago rugía como un león. Ni si quiera recordaba cuando fue la última vez que había comido algo. Barajó sus posibilidades, lo más sensato sería jugar al juego que querían que jugase, conocer lo que sucedía y cómo revertirlo y recuperar su espada. Luego podría hacerles pagar.
—¿Qué es pizza? —.

—¿Decir que es comida sería reduccionista? —preguntó Dodo—.

Oliver volvió a ahogar una risotada, esta vez con menos éxito.

—Supongo —respondió desde la cocina—.

Ver a Anteros comer pizza era como ver a un mono hacer malabares con tartas, divertido al principio pero después requería de ayuda y de cierta limpieza.

Después de comer Dodo encendió la televisión, echaba de menos ver algo. Lo que fuese.

—¿El baño está allí, sabes como darte una ducha? Hueles a... ¿humanidad? —comentó Connor—.

—A falta de una palabra mejor...— señaló su amiga—.

—No uso instalaciones humanas —.

—Ya pero vas a tener que hacerlo, no vamos a ir al río a que te laves las axilas —.

Oliver entendió que no sabía cómo funcionaba y le avergonzaba admitirlo por lo que se ofreció a ayudarlo.

—Ven, te explicaré cómo funciona —.

—No gastes toda el agua caliente que me quiero duchar yo también —le pidió Connor—. Llevo días sin lavarme el pelo en condiciones —

El baño era del mismo tamaño que el de la casa de Oliver, pequeño, había espacio suficiente para un inodoro y una generosa y vieja bañera. Poco más.

—¿Prefieres un baño o una ducha? —.

—¿Cómo? —.

—Podemos llenar la bañera con agua caliente para que te bañes o puedes usar solo el teléfono de la ducha —le aclaró—.

Este se cruzó de brazos, no sabía qué era el teléfono de la ducha. Sabía lo que era un teléfono, pero era un aparato que él no usaba.

—¿Cuál gasta más agua caliente? —preguntó, aún de morros—.

—Llenar la bañera, supongo —.

—Bien, haz eso —.

—¿Por favor? —preguntó Oliver después de suspirar—. No soy tu esclavo, te ayudo por cortesía. Nos hemos metido en muchos problemas por tu culpa —

—¿Siempre eres amable con quien te causa problemas? —.

—Pues a veces. Las cosas no son siempre blancas o negras —.

Oliver le explicó el funcionamiento del teléfono de la ducha, del inodoro y del lavabo. Anteros fingía no estar demasiado interesado en lo que le explicaba pero memorizaba cada palabra que le decía.

—¿Me desnudo ya? —preguntó—.

—Espera a que salga...—.

—¿Qué problema hay? Somos hombres —.

—En este siglo esa frase significa poco —le aseguró Oliver—. La desnudez suele darse en privado —

Anteros se quitó la parte superior y después dejó caer sus pantalones al suelo, mostrando su musculoso y desnudo cuerpo.

—Me enorgullezco de mi cuerpo —le aseguró—.

Oliver se tapó la cara muerto de vergüenza, no quería verlo desnudo. Siempre acababa en situaciones comprometidas por ayudar a los demás.

—Oh, dios...—dijo—. ¡Connor! —

Este corrió hasta el baño.

—¿Qué pasa? —.

—¿Puedes decirle a tu hermano que no me enseñe sus partes íntimas? —.

Connor frunció el entrecejo, enfadado. Apartó a su hermano y sacó a Oliver del baño, no sin antes pararse para advertir a su hermano.

—No te desnudes delante de él —.

Su hermano lejos de molestarse entendió que había iniciado un juego divertido, si incomodar al amigo mortal de su hermano lo molestaba, es lo que haría. Por otra parte la rojez en sus mejillas al sonrojarse le pareció extrañamente estimulante.

—¿Estás molesto? ¿Temes que compare entre los dos y pierdas? —le preguntó con soberbia—.

—No me hagas reír —dijo—. Sé educado o tendré que enfadarme —

Anteros soltó una carcajada.

—¿Enfadarte? Sería la primera vez, creía que tú no te enfadabas —.

—Bueno, ya no me conoces —.

Aquel comentario le borró la sonrisa de la cara.

—¿Lo has reclamado como tuyo? —.

—¿Qué? ¿Pero qué cosas dices? Estamos en el siglo veintiuno —.

—Supongo que no lo has hecho —.

Su hermano le dedicó una mirada de desagrado y se ahorró la retahíla de palabrotas que vinieron a su mente. Recordaba que le había clavado una de sus flechas y que este había rodado con Oliver por el suelo, en su momento creyó que no le afectó, pero aquella pregunta le hizo cuestionárselo de nuevo. Nunca había clavado una flecha sobre su hermano, pero hasta donde sabía sus flechas eran infalibles sobre quien fuese.

—Asegurate de limpiarte bien, hueles a mono muerto —le dijo Connor cerrando la puerta del baño de un portazo—.

Oliver se encontraba entre los brazos de Dodo, buscando apoyo emocional.

—¿Por qué todos me enseñan el pene? Herácles era igual... —le decía—. En ocasiones aún lo veo cuando cierro los ojos —

Connor frunció el ceño.

—Son de otra época...—le aseguró su amiga—. La desnudez no era tabú como lo es hoy en día...—

—¿Todos en Grecia tenían el pene tan grande? Por que no veas... —.

—Oh, no. Todos no...—.

Connor aplaudió llamando la atención de ambos.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —pidió Connor—.

—Me voy a descansar —anunció Oliver—. Estoy deseando dormir en mi cama —

—Bien, cogeré mi ropa y...—.

Oliver lo detuvo de inmediato.

—No puedes venir, ¿cómo vas a dejar a Dodo con el marrón? Tienes que quedarte —.

—Pero...—.

—Pero nada, hasta mañana —.

—¿Un beso al menos? —.

—No —le dijo—. Mañana tengo que volver al trabajo, si no me han expedientado y echado...

Había faltado dos días laborables sin ninguna justificación por lo que era posible que lo

llamasen de recursos humanos. Esperaba que dada las características de su puesto nadie se hubiese dado cuenta de su ausencia. Al fin y al cabo estaba solo en un sótano catalogando libros.

La casa de Oliver se encontraba llena de polvo, una de sus ventanas de salón estaba abierta por lo que suponía que a eso se debía el exceso de suciedad y tierra. Sacó la fregona y la escoba del baño y le dio un buen repaso al salón, al baño y a la habitación donde dormía. Se moría por dormir en su cama, las cama de Heracles estaba hecha de plumas pero no había nada como el colchón viscoelástico que él usaba.

—Acabé —dijo tirándose al sofá—.

Revisó el móvil de nuevo y le volvió a dejar un mensaje a Sergio, escrito y en el contestador automatico. Puso un poco de televisión para hacer tiempo antes de irse a la cama, pero cuando se vino a dar cuenta ya se había dormido.

La caricia de una mano lo sobresaltó, Connor se encontraba frente a él.

—Joder, qué susto —le dijo—.

—No pretendía asustarte, perdona —.

—No importa...—le aseguró—. ¿Todo está bien? —

—Sí, Anteros y Dodo pelean por el sofá —.

—¿Cómo has entrado? No tienes alas —.

—Las escaleras de incendio que dan a la cocina —señaló con un dedo—.

—Eso es ilegal —.

—¿Vas a denunciarme? —.

—No, mucho papeleo —zanjó—. Ven, siéntate —

Oliver apagó la tele y se acomodó sobre su hombro, aún eran amigos, aunque esa línea se estuviese volviendo más y más difusa. Principalmente por su culpa.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó—.

—Bien —.

—¿Sabes? Los amigos no se dicen mentiras, creía que ya lo habíamos hablado antes —.

—No quiero preocuparte —confesó—.

—Pero esa es parte de la amistad, ¿si no me preocupo yo por ti quién va a hacerlo? —.

—Eres muy dulce, ¿lo sabes? —.

—Sí, como el turrón —bromeó—. Dime, ¿cómo te sientes? —

Connor aún estaba acostumbrándose a no disponer de las características sobrenaturales que lo habían acompañado desde su nacimiento. No solo se trataba de su fuerza o la capacidad de ver auras y sentir lo que otros sentían, sino que sentía que el resto de sus sentidos se había atrofiado.

—Raro, nunca me he sentido tan... desprotegido —confesó—.

—Tampoco usabas tanto la fuerza y las alas... volverán a salirte cuando te quites los brazaletes. Llevas siglos sin ellas —.

—No es solo eso, es difícil de explicar. Por ejemplo, el oído, antes lo tenía muy afinado y ahora es como si solo pudiese oír lo que sucede en una habitación, nada más —.

Tenía sentido, Oliver suponía que sus sentidos se habían reducido sustancialmente.

—Es lo normal, cuando no eres un dios —le aseguró—. La típica experiencia humana —

—Sí, es una tontería. Olvidalo —.

—¿Porqué va a ser una tontería? Es nuevo para ti, es normal que te sientas extraño.

Solo digo que no te obsesiones —.

—Tienes el superponer de borrar mis dudas —afirmó con una bonita sonrisa—.

—¿En serio? ¿Y qué sustituye esas dudas? ¿Pensamientos eróticos? —.

—Pues ahora que lo dices mi libido sigue intacto y es bastante raro...—.

Oliver besó sus labios

—Eso es todo lo que vas a obtener de mi hoy, estoy muerto —.

—Es más que suficiente —.

—Qué tienes ahí? —.

—Te he dicho que mi libido...—.

No se refería al bulto de su pantalón, su teoría sobre los hombres de Grecia seguía cumpliéndose.

—¡Eso no! Me refiero en el bolsillo —.

La cadena del colgante que le había dado su madre sobresalía del bolsillo de su pantalón.

—Ah, he traído el colgante para que lo guardes. La espada te la he dejado en el armario de la entrada —.

Oliver miró el armario, estaba lleno de chaquetas y cajas que aun no había desempacado desde que se mudó.

—Tiene que darle la luz de la luna, ¿no? —.

—No estoy seguro, tiene que cargarse con energía, sí. Escóndelo por la mañana y por la noche deja que le de la luz de la luna —.

—¿Me atraparé dentro? —.

Un nuevo miedo se instaló en el dios del amor, no quería que Oliver se quedase atrapado en aquel colgante. No sabía cómo diantres sacarlo.

—No creo... aunque para asegurarnos no toques la piedra del centro —.

—Me estoy arrepintiendo de haber accedido —.

—¿Te llevo a la cama en volandas? —.

—¿Si te dejo volverás a tu casa? —.

—Eres muy gruñón —se quejó—.

—Tienes que estar pendiente de tu hermano, Dodo no puede con todo —.

—Está bien, coronel —.

—Ah, espera —.

Se levantó del sofá y se dirigió al mueble de la televisión, sacó algo del cajón y se lo llevó.

—Toma, no es seguro que bajes por las escaleras de incendios. No quiero que tengas un accidente —.

La cara de Connor se iluminó.

—¿Como hacen las parejas? Mañana te daré una copia de la mía —le dijo atropelladamente—. Compraré dos llaveros a juego —

—Vuelvo a arrepentirme... —.

Besó de nuevo sus labios y le abrió la puerta para que se fuese. Sus labios seguían siendo dulces y magnéticos pese a que no dispusiese de sus habilidades sobrenaturales.

—Hasta mañana —le dijo Oliver—.

—Estoy deseando que amanezca para verte de nuevo —.

Oliver sabía que era genuino, que él era así de dulce, lo que solo lo enternecía aún más.

—Descansa, dios del amor —.

—Descansa, Oliver Swan —.

Capítulo 3

Comida china

La compañera de Oliver en la planta de arriba no había informado de su ausencia, este se lo agradeció hasta la extenuación y le prometió que la compensaría por aquel favor.

En cuanto a Sergio, este pidió una excedencia laboral y según decía uno de sus compañeros se había ido de viaje al extranjero. Oliver entendía que la situación en la que lo dejaron pudo haberlo superado, quizá poner tierra de por medio entre la persona que había jurado matarte era lo más lógico. Aún así le molestó que no tuviese la decencia de coger sus llamadas o responder a sus mensajes, solo quería informarlo de que se habían llevado al hombre alado que habían encerrado en su casa y que todo estaría bien.

No quería tener que llamar a su madre para saber si Sergio se encontraba en Westfields, era su último recurso. Sus hermanas no vivían en casa de sus padres y su hermano sería de muy poca ayuda, por lo que ni se planteó escribirle.

—Has llegado —observó Connor con la mayor de las alegrías—.

Oliver pegó un respingo al abrir la puerta de su casa y ver a Connor en el sofá. Este le dedicaba una enorme sonrisa.

—¿Hice mal en darte una llave? —.

—Habría entrado por la ventana —le aseguró, señalándola—.

—Cerraré la ventana —.

—¿Vienes de mal humor? —.

Ligeramente, por un lado mantenía su trabajo pero por otro le preocupaba Sergio y su paradero.

—No —mintió—. Es solo que estoy cansado —

—Te he traído una copia de la llave de mi casa —le informó, señalando con la cabeza la mesita de café frente a él. Dentro de un llavero de peluche con forma de corazón—.

La noche anterior Oliver le dio una copia de su llave y Connor le había asegurado lleno de emoción que en la mañana siguiente él haría lo mismo. A Oliver le parecía encantador pero no podía evitar tener sus reservas, nunca tuvo suerte con el amor. Enamorarse de su único amigo podría salir muy mal, y aún así no hacía más que enviarle señales contradictorias.

—No hacia falta que te dieses tanta prisa —.

—Fui por la mañana a la ferretería y luego fui a un bazar a buscar un llavero apropiado —.

—Necesitas un trabajo —.

—Lo tengo, ya he encontrado tres compradores para la vajilla que te mencioné, y he venido dos cromos de béisbol —.

No sabía si aquello era algo remarcable, ¿Cuánto podía valer un cromo?

—Ah, suena... bien —.

—He ganado veintitrés millones de dolares en una mañana, no está mal —comentó como si nada—. Aunque aún no he pagado el anillo al mercante...—

Oliver tenía las manos en la cabeza, literalmente.

—¿Qué, qué?! ¿Dos cromos?! —.

—Dos cromos de Mickey Mantle, de los cincuenta —aclaró—. No te preocupes aún tengo otros tres —

—¿Y alguien ha pagado ese dineral por dos puñeteros cromos? —preguntó incrédulo —. ¿Y aún tienes más? —

—Así es, un coleccionista de Noruega y otro de Oregón —.

—Y yo trabajando por el sueldo mínimo, el mundo es muy injusto —dijo soltando su portafolios sobre la mesa—.

—No tienes que trabajar si no quieres —.

—Claro, viviré del cuento. Cuando necesite algo iré con un vaso a pedirte limosna — bromeó—.

—Puedo darte una tarjeta de crédito —

—Por tentador que sea, no. No puedo vivir como una esposa trofeo, me aburría como una ostra —.

La palabra esposa hizo que Connor sonriese mostrándole hasta las encías.

—¿Esposa? —preguntó—.

—Es una forma de hablar, nadie va a casarse —.

—A Himeneo seguro que le haría mucha ilusión officiar nuestra boda, podría llamarlo. Celebraríamos el evento en primavera —.

Oliver había conocido a Himeneo, uno de los hermanos de Connor, en su viaje a Grecia. Este era el dios de las ceremonias de matrimonio, le cayó tan bien a Oliver que le pidió que fuese a visitarlos pronto a Nueva York.

—Bromeas —afirmó Oliver perdiendo el equilibrio—.

—Me gusta ver el pánico en tu cara —.

—Eres malo, eres un dios del amor malvado —.

En la cocina había una bolsa de comida del restaurante chino favorito de Oliver, Connor se había molestado en pedir todos los platos que le gustaban.

—¿Has pedido comida? —.

—Supuse que tendrías hambre —.

—¿Tú has comido? —.

Tenía hambre, la influencia de aquellos brazaletes le hacia sentirse como un mortal. Por lo que la necesidad de comer se incrementó.

—No, te esperaba a ti —.

—Son las cuatro de la tarde...—se quejó Oliver—. No tenias que haberme esperado, tonto —

Él se encogió de hombro, quería que comiesen juntos.

—Pues comamos ya —propuso—.

—Está bien...—.

Al abrir el frigorífico se encontró con que estaba lleno, no había tenido tiempo de ir al supermercado aún.

—Eres el mayordomo ideal, ¿lo sabes? —.

—Soy el novio ideal, lo sé —.

—¿Cocacola o Fanta de naranja? También tengo vino por lo visto... —.

—Y es de los caros —.

—Vale, no me digas cuánto cuesta, no quiero saberlo—.

—Una lata de cocacola, por favor —.

Comieron juntos frente un programa al que no prestaron atención. Estar con Connor siempre era fácil, por eso se habían hecho amigos tan rápido en primer lugar. Y entonces recordó que solía pensar que era heterosexual.

—O sea que eres bisexual —comentó Oliver. Lo hizo sin pensar—.

Su amigo se atragantó mientras tragaba un mordisco que le acababa de dar a un rollito de primavera.

—Eso sí que es un cambio de tema —.

—Solo pensaba en que creía que eras heterosexual, ya sabes, por la historia de tu primer amor —.

El dios del amor le contó sobre la primera vez que se enamoró y de cómo vivió durante muchos años una vida feliz junto a Psique, antes de que muriese y Afrodita la colocase en las estrellas.

—Soy el dios del amor, podría enamorarme de quien fuese —afirmó. Bebió un trago de su refresco y le dio otro mordisco a su rollito—.

—Y de todos me ha tocado a mi —.

—¿No eres afortunado? —.

No se había parado aun a pensar en lo afortunado que era, sino más bien lo contrario. Una parte de él le decía que no era lo suficientemente bueno para Connor.

—Tú eres el desafortunado, podrías haber encontrado a alguien mucho mejor —le dijo —.

Su interlocutor le dedicó una expresión seria.

—No digas esas cosas —le pidió—.

Él se encogió de hombros.

—Es una forma de hablar, no te lo tomes tan en serio ...—se justificó—. Más o menos —

Acabó su refresco y le dio un largo trago al de Oliver.

—Nunca te he hablado de la segunda vez que me enamoré, aunque no es una historia demasiado larga. O agradable, por desgracia —.

—Soy todo oídos —.

—Se llamaba Icarión...—.

Habían pasado más de doscientos años después de la inesperada muerte de Psique, separarse de ella y acostumbrarse a su ausencia no había sido una tarea fácil pero el tiempo ayudó a sanar la herida.

El hecho de poder mirar al cielo y saber que esta se encontraba allí le servía de alivio, pues nunca dejarían de mirarse el uno al otro.

Eros había ocupado su tiempo con su labor como dios del amor, su hermano Anteros había dedicado gran parte de su tiempo a viajar con él y a intentar hacer que su humor volviese a ser el que era.

En ese momento se encontraban separados, Anteros se había ido a ocupar de unos asuntos a la ciudad vecina y Eros decidió pasear un poco por Atenas. Encontrar a gente enamorado siempre lo ponía de buen humor.

Se había detenido frente a una obra en uno de los templos de su abuelo, ver a los mortales construir edificios solía causarle fascinación, así que se sentó sobre la rama de un árbol cercano, sacó una manzana de su zurrón y se dispuso a comérsela.

Un joven menudo pulía con un cincel uno de los bordes de una cornisa de piedra, Eros se preguntó si aquel era trabajo para una sola persona pues sus compañeros lo habían dejado

solo.

En algún momento el joven se tambaleó y acabó cayendo de un elevado andamio, Eros se encontraba lo suficientemente cerca como para poder ayudarlo así que soltó su sabrosa manzana y voló hasta él, cogiéndolo antes de caer.

—¿Estás bien? —preguntó soltándolo con cuidado en el suelo—. Has podido hacerte mucho daño —

El mortal tardó uno segundos en ubicarse, aún tenía los ojos cerrados con fuerza, previendo el golpe que había estado a punto de darse.

—¿Qué eres? —preguntó con sorpresa al abrirlos—.

Las bonitas alas de Eros se agitaban tras su espalda, y no solo eso, era arrebatadoramente bello.

—La gente suele dar las gracias cuando las salvan —.

—Gracias, ¿qué eres? —.

—¿Qué crees que soy? —.

Extendió la mano y tocó una de sus alas, Connor las agitó bruscamente, le había hecho cosquillas.

—Tienes alas, no sé mucho sobre criaturas raras pero no eres como yo —afirmó—. Eso seguro —

Desde que había dejado de ser un niño y se había desarrollado había notado que los mortales a los que le decía que era un dios tendían a tomárselo mal y a huir despavoridos. Pero no le gustaba mentir, era lo que era.

—Soy un dios, ¿te habías cruzado antes con uno? —le preguntó con una gran sonrisa —.

La cara del joven cambió a una de preocupación.

—¿Estoy en problemas? —le preguntó—.

—Lo habrías estado si no te hubiese cogido antes de caer —observó Connor—. Estabas a mucha altura —

Eros miró los ojos del color de la ceniza del joven y sintió algo que no había sentido en mucho tiempo, amor. Sin darse cuenta y para su sorpresa, acababa de tener un flechazo con aquel extraño.

—Lo siento, he sido un maleducado. Gracias de nuevo, mi nombre es Icarión Larán — se excusó. Y extendió su mano—.

Eros la miró extrañado.

—Es una mano muy bonita —admitió—.

—¡No! Mira, se hace así —le explicó, cogiendo su mano y dándole un apretón—. Así se saludan los hombres, no lo sabía —

Eros negó con la cabeza.

—No, nunca antes me había saludado un hombre así —.

A Icarión le parecía un tipo extraño pero por algún motivo no podía parar de sonreírle, la sonrisa de este era contagiosa.

—Yo me llamo Eros —dijo al fin—. Hijo de Afrodita —añadió. Él no tenía un apellido —.

—Es un placer conocerte, Eros, hijo de Afrodita —.

Icarión y Eros pasaron alguna de sus tardes juntos, sobretodo cuando el primero descansaba para llenar el estomago. Icarión no tardó en enamorarse de él, pues este no solo era encantador sino que le mostraba un mundo lleno de fantasía y color. Muy alejado de la

vida de servidumbre que había llevado desde que nació.

El joven obrero había sido criado por una pareja de granjeros en las afueras de Atenas, sus padres lo habían abandonado en la granja de estos. Al no ser especialmente fuerte o corpulento su padre adoptivo le encomendó su instrucción a un constructor local. El cual prometió enseñarle a labrar la piedra con la condición de que trabajase para él durante ocho años, después de que acabase de instruirlo. Icarión acabó trabajando como un esclavo para aquel hombre desde los doce años hasta los diecinueve que tenía. Y seguiría haciéndolo hasta los veintidós.

—Eso no es justo —dijo Connor al explicarle un día sobre su situación—.

—El mundo no es justo, al menos tengo un techo y tres comidas calientes al día —.

—Pero deberías ser libre de hacer lo que quieras, no eres un objeto que pueda comprarse —.

—¿No tratas mucho con mortales, no? Si vas al mercado puedes comprar un esclavo por el precio de cinco de esas manzanas que te gustan tanto —.

El mundo de los mortales era muy distinto al de los dioses, conocer aquello le hizo sentir muy mal.

—Eso es... horrible —.

El joven obrero se encogió de hombros, conocía de primera mano historias mucho más aterradoras que la suya. Donde los jóvenes sin padres acababan siendo explotados de formas peores y más indignas que la suya.

—Por eso no estoy casado —admitió—.

—¿Quieres casarte? —.

Los jóvenes solían casarse a partir de los trece años, entonces empezaban a formar una familia. Al estar sujeto a aquel trato con el hombre que lo había instruido no era libre para hacerlo.

—Quizá cuando sea libre —bromeó Icarión—. ¿Quién sabe? —

—¿Con quien? —preguntó como un cachorrito—.

Icarión odiaba aguarle la fiesta a Connor, la primer y única pareja que había tenido. Pero en ocasiones la burbuja en la que vivía lo mantenía alejado de la realidad y este pensaba que conocer la realidad que te rodea, por cruda que sea, es imprescindible.

—Dos hombres no pueden casarse —le dijo en tono amable—.

Las relaciones entre dos hombres no eran extrañas ni estaban mal vistas per se, pero los griegos no les atribuían la importancia o credibilidad que sí tenían las uniones entre una mujer y un hombre. Se trataba simplemente de sexo, y estas estaban sujetas a una infinidad de prejuicios. Entre ellos vanagloriar al hombre que ejercía la penetración y denigrar al que no, para ellos eran dos tipos distintos de personas y tenían derechos y un valor distintos. Uno seguía siendo un hombre mientras que el otro era un sucedáneo, por así decirlo.

—Pero... —.

—Solía ser un sueño que tenía pero ahora me da igual. Solo quiero estar contigo —confesó besando la punta de la nariz de su chico—.

Aquella trivialidad no iba a detener a Eros, este siempre obtenía lo que quería. Su madre le solía decir que el mundo era para tomarlo.

—Casémonos, le pediré tu mano a tu padre —le dijo—.

—A mi padre lo matarías de un infarto si te viese aparecer y mi madre caería después de pedirle mi mano —admitió entre risas—.

—Entonces lo mantendremos en secreto, ¿qué te parece? —propuso—.

Icarión rompió a reír.

—¡Eres incapaz de mantener un secreto! —.

—¡Sí que puedo! —.

—Bueno, lo pensaré —.

Convivieron durante un verano y un invierno, ambos esperaban con ansia la siguiente primavera pues Icarión había aceptado casarse en secreto con Eros.

Siguieron con sus vidas con normalidad hasta que una fatídica noche Icarión desapareció. Eros lo buscó por todos sitios preguntó a todos sus conocidos pero ninguno supo decirle dónde se encontraba, hasta que pidió ayuda a un conocido. Un sátiro que vivía en uno de los bosques cercanos a Atenas, y este finalmente lo llevó hasta su cuerpo sin vida.

El cuerpo de Icarión se encontraba en el fondo de un pequeño barranco no demasiado profundo, a simple vista parecía que hubiese caído muy mal pues su cuello se había partido.

Su muerte nunca tuvo sentido para Eros pues en primer lugar por qué se encontraría tal lejos de casa, ¿a qué habría ido a aquel bosque? ¿Cómo había tenido tan mala suerte de partirse el cuello en una caída tan corta?

Digerir su muerte no fue sencillo para él, lo llevó a sitios muy oscuros. Y un día, tras llevar flores a la tumba de su amado decidió que ya había tenido suficiente.

Oliver había oído de boca de Dodo en alguna ocasión que Connor se había retirado de su labor pero en realidad nunca le había preguntado el porqué. Saber de primera mano el motivo que lo había llevado a abandonar su vida anterior le rompía el corazón, pero por otra parte tenía mucho sentido. ¿Quién podría renunciar a todo por un corazón roto? El dios del amor.

—¿Aún crees que no has tenido mala suerte al enamorarte de mí? —le preguntó Oliver a media voz—.

—Oliver —.

—¿No tienes miedo de que nos pase lo mismo? Soy mortal, como él—.

—Mentiría si dijese que no me preocupa, pero vivir con miedo no es vivir. Si dejase que el miedo gobernase mi vida no viviría —le dijo—. Que por otra parte puede que sea lo que he estado haciendo todos estos años...—

—¿Aún crees que fue un accidente lo que pasó? —.

Durante mucho tiempo creyó que fue culpa de una tercera persona, pero tras investigarlo durante años terminó aceptando que simplemente se trataba del destino.

—Sí, supongo —.

—¿No es demasiado extraño? —.

—Yo también dudé pero no encontré nada que me indicase lo opuesto, ¿qué más podía hacer? —

—Nada, claro —.

Sabia la expresión que hacía Oliver cuando le estaba dando vueltas a algo en su cabeza.

—¿Por qué lo preguntas? —.

—No sé, creo que hay algo más... —.

El móvil de Oliver sonó, al mirar la pantalla vio que se trataba del móvil de Connor.

—¿Sí? —.

—Dile al cabeza hueca de Connor que es su turno para hacer de niñera, porque yo no aguanto más entre estas cuatro paredes —le advirtió Dodo—. Así que que suba el culo hasta aquí —

—Podríamos ir de compras, así te despejarías —.

—Cualquier cosa antes que aguantar a este lunático —.

—Está bien, ahora subimos —.

—¿Era Dodo? Odio no tener súper oído —.

Dodo y él habían discutido esa mañana por el volumen de la televisión, ahora que no tenía súper oído tendía a darle mucha voz y a su amiga la sacaba de quicio.

—Sí, y quiere que la releves —le informó—.

—¡Yo también quiero ir de compras! —.

—Tú cuidarás de tu hermano pequeño, como un buen hermano mayor —.

—Genial...—.

Oliver besó su mejilla hasta en tres ocasiones, no le gustaba verlo enfurruñado.

—Viniste aquí huyendo de él, ¿no es así? —

—¿Tan obvio es? —.

—Eres la persona o cosa más transparente que existe —le dijo—. Y te lo digo yo... —

—Es solo que... tiene la habilidad de sacar lo peor de mi. Y lo hace a posta, presiona y presiona hasta pulsar la tecla adecuada —.

Acababa de describir la relación que él mismo tenía con su hermano, no le parecía que fuese nada extraño.

—Así son a veces los hermanos...—.

—Podríamos alquilar un yate, nos iríamos de crucero y...—.

—Voy a recoger y luego vamos a subir —le dijo cortando lo que estaba seguro habría sido una propuesta de ensueño—. Nada de yates para huir de tus responsabilidades —

—¡Bien, como quieras! —zanjó haciendo un mohín y cruzándose de brazos—.

—Te traeré algo cuando vuelva...—le aseguró Oliver—. Algo bonito —

—¿En serio? —preguntó con un renovado optimismo—.

—¡Sí!, en serio —.

Capítulo 4

Love muse

El oráculo se negó a ir en metro, sobretodo siendo humana, así que cogieron un taxi hasta uno de los centros comerciales más grandes de Nueva York.

Connor se mostró abiertamente molesto por tener que quedarse con su hermano, su amiga estaba segura de que si no hubiese estado ahí Oliver probablemente hubiese tenido una rabieta y se hubiese encerrado en su habitación. Mientras tanto Anteros se mostraba contento por causar cualquier molestia, por pequeña que fuese.

—Es más irritante que su hermano, y mira que Connor puede llegar a ser cargante cuando quiere —le decía ella—.

Oliver y Dodo subían por una escalera mecánica al piso superior del centro comercial, donde se encontraban las tiendas de ropa.

—Al menos puedes mantenerlo a raya, eres más fuerte —.

—¡Le da igual cuanto lo golpee! Estoy segura de que le encanta —.

—¿Sabes hasta cuando vamos a estar así? —.

El colgante que le había dado Afrodita a su hijo era capaz de encerrar en su interior a Anteros pero para poder hacerlo necesitaba recargarse de la energía de la luna.

—Espero que no más de un mes, ese tipo de objetos no tardan mucho en llenarse de energía de nuevo. Puede que para la siguiente luna llena esté listo —supuso—. Y si no es así me volveré loca y me iré —

—¿Cómo sabremos si funcionará? —.

—Tendremos que probar, no soy una experta en objetos mágicos —admitió—. Además ahora podemos contar con mis visiones de nuevo —

Sus visiones lo habían ayudado a no morir dentro de un coche a punto de explotar, pero no recordaba que hubiesen sido especialmente útiles antes de eso.

El centro comercial al que habían ido se encontraba moderadamente lleno, Dodo se fijó en que cualquier mujer madura que veía llevaba consigo un bolso. Así que pensó que si iba a seguir siendo humana durante un tiempo le sería útil.

—Quiero un bolso —pidió ella—. Uno tan caro que a Connor se le caiga la mandíbula cuando vea la factura —

Oliver se rió.

—Cualquiera diría que estas enfadada...—.

—Puedes afirmarlo con toda seguridad —.

—Ahí hay una tienda de lujo —señaló—.

—Bien, entremos —.

Acabaron comprando un armario entero de ropa para Dodo, uno que había costado mucho más que lo que pagaba Oliver en un año de alquiler. Este compró también algo de ropa para Anteros pues se vestía harapos y telas. Su cuerpo era mucho más grande que el de su hermano por lo que no podría compartir su ropa.

—Andar a dos piernas es lo peor... —se lamentó Dodo—.

Descansaban en un pequeño café dentro del lugar, el humor del oráculo había mejorado

considerablemente. Comprar hacía que le subiese la adrenalina, se cortó solo un poco después de que Oliver le dijese que no podrían cargar con todo de vuelta a casa.

—Supongo —respondió Oliver. Aunque se preguntaba cómo de casada podía estar teniendo una estamina sobrenatural—.

—¿Sabes qué necesitare? Una casa —.

—Planeas seguir siendo humana mucho más tiempo, me gusta —.

—Bueno, siempre está bien tener una casa —dijo—. Sería ideal que alguno de los viejos del edificio muriese —

—Ideal para ti, desde luego —señaló—.

—¿Cómo has dicho que se llama esto? —.

Dodo bebía una bebida extra grande con sabor a coco de una marca que no recordaba, pero que estaba seguro de que tenía azúcar para parar el tráfico.

—Es un refresco con sabor a coco —.

—Me gusta, ¿lo puedo comprar por Internet? —.

—Claro, aunque pronto no van a caberte las cosas en casa como no dejes de comprar todo lo que ves —.

—¿Ves? El problema del tamaño de la casa es importante, la casa de Connor está llena de sus trastos, necesito una para mi —.

Un grupo de chicas daba grititos tras comprar algo en un pequeño kiosko cercano, se hacían selfies y se daban la mano mientras volvían a saltar de emoción.

—Juventud, qué envidia. Tan llenas de vida y de sueños...—comentó Dodo—.

—Tú eres joven, ¿qué cosas dices? —.

A simple vista nadie creería que tuviese más de veinte años, Oliver se sentía mayor a su lado.

—Por fuera... —.

—¿Por qué gritarán tanto? —preguntó Oliver. Al fijarse en el kiosko pudo ver un cartel enorme con unas fechas de gran tamaño—. Ah, parece que van a un concierto —

—¿Uno de esos eventos donde se llenan estadios y te quedas de pie dos o tres horas? —.

—O más —.

—No me llama la atención —.

Durante todo el tiempo que estuvieron sentados en aquel local presenciaron como muchas otras chicas y chicos jóvenes compraban algo en aquel kiosko y se iban emocionados. Incluso empezó a formarse una larga cola.

—Quien sea debe de ser muy famoso —comentó Oliver—. No paran de venir, y hasta se ha formado una cola —

—¿Beyoncé? —.

Oliver sonrió, le parecía divertido que Dodo conociese a esa cantante, o a cualquier persona popular de la época. Sobretudo por el hecho de que había sido un gato durante siglos.

—¿Conoces a Beyoncé? —.

—Oye, ¿qué te piensas?, los conozco a todos. Tengo ojos y oídos —.

Dodo se giró para ver el cartel que mostraba al artista, pudo leer su nombre pero no le sonaba lo más mínimo.

—”Love Muse” leyó. A ese no lo conozco —dijo—.

—A mi tampoco me suena —.

—Esperame aquí...—.

Tuvo una extraña sensación de déjà vu, el joven que salía sujetando una extravagante guitarra eléctrica de color verde le llamó la atención. Se acercó hasta poder ver su cara con facilidad y entonces se quedó inmóvil, conocía su cara. En aquella foto tenía el cabello rapado y de color rosa pero su aspecto era inconfundible.

Oliver se entretuvo con el móvil mientras su amiga se había ausentado, pero en algún momento se dio cuenta de que habían pasado diez minutos. Levantó la cabeza para buscarla y la vio en la cola, charlando con las chicas que esperaban en una cola para comprar algo en el kiosko. Presumiblemente entradas para aquel concierto.

—Si hace un momento ha dicho que los conciertos no eran para ella...—se quejó Oliver—. Qué cabeza loca —

Una ventana emergente apareció en la pantalla de su teléfono, se trataba de Connor.

“¿Cuándo vais a volver? Te echo de menos (carita triste)”, le escribió Connor.

“No tardaremos en regresar”.

“¿Me has comprado algo bonito? Aunque no hay nada más bonito que tú” —.

—Qué zalamero que es...—dijo con una sonrisa tonta dibujada en su cara. No podía negar que se sentía halagado por las atenciones de su amigo, poco a poco se encontró preguntándose qué pasaría si se dejase llevar y aceptase ser su pareja—.

“Te he comprado unos calcetines con corazones” —le contó Oliver. Le dijo que le compraría algo porque en ocasiones era como un niño pequeño y aquello era algo que solía decirle su propia madre a él. En una de las tiendas vio por casualidad un par de calcetines con corazones y los compró, sabía que le gustarían, por ridículos que fuesen. Imaginárselo con ellos puestos le hizo sonreír—.

Dodo llegó tras otros quince minutos y se sentó, su expresión era tan confusa que ni Oliver pudo leerla.

—¿Sucede algo? —.

Ella asintió, bebió un poco de la bebida de coco que aún descansaba en la mesa y volvió a asentir.

—Creo que sí —.

—Te he visto en la cola, ¿has cambiado de idea sobre los conciertos? —.

—No —.

—Tienes un par de entradas en la mano —señaló él—.

Eran grandes y tenían una capa holográfica, brillaban cuando la luz incidía sobre ellas.

—Vamos a ir esta noche a un concierto, tú y yo —le dijo—.

—¿Esta noche? Mañana trabajo, Dodo —.

—Busca en tu móvil a ese cantante —le pidió—.

—¿”Love Muse”? —.

—Sí —.

Este le dedicó una mirada de extrañeza pero abrió el buscador del móvil y escribió su nombre. Nadie lo preparó para la serie de material gráfico y de vídeo que apareció. En ese momento entendió el comportamiento extraño de su amiga.

—¡Qué demonios! —.

—Yo tampoco puedo creerlo —.

El joven de las fotos, pese a sus looks extravagantes y sus cabellos de colores no era otro que Essian. El amigo que habían hecho en Grecia, su faz era exactamente la misma.

—Pero no sabes si es él, quizá...—.

Dodo había estado hablando con aquellas chicas para conocer un poco sobre él y resultó que algunos títulos de sus canciones tenían algún tipo de mensaje para ella. O así lo interpretó.

—”Love Muse” es el nombre de un cantante griego llamado Héctor, que llegó al número uno de las listas con su primer single llamado “Waiting 4 u, Miss” en el año dos mil veinte —leyó Oliver—. ¿Dos mil veinte? No puede ser, me sonaría —

Oliver quizá no supiese lo revelador que era aquel título y el juego de palabras en él, pero básicamente se traducía como “Esperándote señorita”. Miss significaba señorita, y el nombre real de Dodo era Mys. Que guardaba gran semejanza con aquella palabra.

—Sigue leyendo —.

El resto de canciones podían traducirse como “Nos vemos en Grecia”, “Volando sobre Pegaso”, “Las flechas del amor” y “Visión de amor”, entre otros. Oliver no daba crédito, no podían ser una docena de indirectas.

—¿Pero cómo...? —dijo confuso—. No podía pasar por el portal... —

—No es la única forma de llegar aquí —.

Connor y ella habían llegado allí usando un portal mágico, saliendo de la burbuja que contenía la antigua ciudad de Grecia. Pero aquella no era la única forma de salir de allí.

—Pero si estuvimos solo tres días allí, y ha pasado un único día desde que volvimos — le dijo Oliver—.

—Ahora mismo no tengo el cuerpo para hablar de números... —.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer? Se ha hecho cantante para poder encontrarte de nuevo —.

—¿Por qué dices eso?! —.

—Dodo, es obvio —.

Lo era, aunque no quería admitirlo. Admitirlo significaría que una persona había hecho hasta lo imposible por volver a verla y eso la ponía en una posición incómoda.

—Saldremos de dudas cuando vayamos al concierto —le aseguró ella—. Entonces sabremos qué pasa —

—¿Y cómo piensas verlo? —.

—Pediremos verlo —.

—Es un artista súper famoso, eso no funciona así...—.

Ella golpeó la mesa con su puño, hundiendo su puño en el contrachapado.

—No me voy a ir de ese maldito concierto sin hablar con él —.

—Entonces nos espera una noche larga...—.

Connor recibió los calcetines con corazoncitos de colores como si le hubiese regalado una botella de agua en el desierto y aprovechó para abrazarlo y besar sus mejillas hasta la extenuación.

—Parece que vas a comértelo —señaló Anteros con un pequeño tinte de amargura. Esperaba que ninguno de ellos lo notase—.

—Connor, ya vale...—.

—Es que te he echado de menos —.

—Pero ya estamos aquí —.

Dodo intervino, había estado caminando de un lado a otro desde que había llegado. Colocando las bolsas de ropa que habían comprado en la habitación libre.

—¿Qué habéis hecho en nuestra ausencia? —.

—Charlar —respondió Anteros—.

—Discutir —corrigió Connor—.

Oliver separó las bolsas de Dodo y las que él había comprado, entonces le acercó a Anteros un par de bolsas llenas de ropa.

—¿Qué es esto? —.

—Ropa —.

—¿Y? —.

Dodo intervino, oírlo hablar arruinaba su humor.

—¡Ropa para ti! ¿Cómo que y? —exclamó ella—. Y da gracias, si fuese por mi no te habría traído nada —

—Si vas a estar aquí durante un tiempo necesitarás vestirte, la ropa de Connor no te valdrá —.

—Sí, es un canijo —.

Connor no tardó en mostrarse celoso, a él le habían traído unos calcetines mientras que a su hermano le habían comprado bolsas llenas de ropa.

—¿En serio le has comprado un montón de ropa? —se quejó—.

—¿Lo prefieres desnudo? —.

—¡No! ¡No lo prefiero desnudo! —.

—Me voy a descansar un rato...—.

Anteros agarró su muñeca antes de que pudiese alejarse lo suficiente.

—De nuevo eres idiota —le dijo—.

—¿Gracias? —.

—Uno no hace regalos a sus enemigos —.

—Eso dije yo...—soltó Dodo desde la habitación de Connor—.

—Te hacia falta —le dijo Oliver—. Suéltame —

—Los chicos como tú no sobreviven en la guerra —.

Connor se acercó hasta él e intentó soltar su agarre pero incluso sin fuerza sobrenatural era mucho más fuerte que él.

—¿Quieres soltarlo, idiota? —le pidió su hermano—.

—Entonces es un alivio que no haya ninguna guerra, o moriría —zanjó Oliver—.

Los ojos de Anteros eran de un color similar a los de su hermano. Los de Connor eran azules, como un lago cristalino y los de Anteros eran como un cielo lleno de ceniza.

—Mataré al humano que despreció tu amor —le aseguró Anteros—.

—No es necesario, gracias —le dijo, entonces lo soltó—.

Aquel recuerdo seguía pareciéndole lejano, ya ni siquiera le dolía, prácticamente ni se acordaba. Lo que le preocupaba actualmente era el paradero de Sergio y si se encontraba bien.

—¿Eres tonto? —se quejó Connor—.

—Vete por ahí a jugar —.

—Yo no juego —.

Oliver no pretendía quedarse a presenciar aquella pelea tan infantil.

—Me voy —anunció—. Aquí os quedáis —

Connor corrió a abrazarlo, impidiendo que siguiese caminando.

—Espera, voy contigo —.

—Voy a descansar un rato antes de...—.

Pararse a explicarle que Essián había encontrado la forma de llegar al tiempo en el que se encontraban y se había convertido en una estrella del pop era tan ridículo que no sabía

por dónde empezar.

—¿De qué? —.

—Qué te lo cuente Dodo —le dijo antes de salir por la puerta—. Seguro que te hace gracia —

Aquel encuentro se había vuelto un poco violento, necesitaba escapar de la mirada intensa y penetrante de Anteros. Quizá solo estaba agradecido, pensó Oliver, y esa era su extraña forma de mostrarlo.

Se tiró en la cama apenas llegó a su casa y miró el reloj, quedaban tres horas antes de salir para el concierto. Si se hubiese quedado a que Dodo le explicase a Connor la situación no habría salido de aquella casa hasta la hora de irse.

Dodo lo despertó media hora antes de la hora estipulada, había abierto la puerta con la llave que Oliver le dio a Connor.

—Despierta, princesa —le dijo mientras daba un par de aplausos—.

Su amigo le dedicó una mirada de amargura, se había dormido con la ropa puesta, de la misma forma en la que llegó.

—Si aún no es la hora —se quejó mirando el móvil—.

—Tendrás que vestirte —le dijo—. ¿O vas a ir con esa ropa? —

Dodo iba vestida de punta en blanco, su estilo era una mezcla de señora mayor pudiente y chica rica promedio. Oliver observó que llevaba su cabello intrincadamente trenzado en un gran moño, pues tenía el pelo larguísimo.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —.

—Me lo he recogido, ¿te gusta? —.

—Pareces una abuela —soltó—.

Esta resopló molesta e hizo un mohín.

—Me lo quitaré, vístete mientras lo hago —.

—Sí...—.

Al contrario que ella no le importa su aspecto, no para ir a un concierto de Essián. Así que se puso unos vaqueros y una camiseta limpia y dio por hecho su trabajo.

—¿Tienes un móvil?! —exclamó Oliver al verla con uno entre las manos—.

Él le había sugerido que comprase un móvil para ella en el centro comercial pero esta desestimó su propuesta alegando que “aquellas cosas eran para niños”.

Ella se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa inocente, recordaba perfectamente lo que le había dicho sobre los móviles antes de que encontrase el cartel de “Love muse”.

—Fui a comprar uno, aún estoy aprendiendo —le dijo—. ¿Sabes que hay un juego que te cambia la cara y te pone orejas de gato? Es divertido —

Debía de referirse a los filtros de alguna aplicación de mensajería, pensó Oliver.

—Eres increíble...—.

—¿Qué? ¿Y si tengo que darle mi número para que me llame? —se justificó—.

—Podrías haberle dado el nuestro —.

—Eso... sería una tontería —.

—Si tú lo dices —dijo—. ¿Cómo se ha tomado el dios del amor que nos fuésemos sin él?

Connor había montado una buena rabieta, no quería perderse un concierto y perderse la oportunidad de salir con Oliver a pasarlo bien. Y en lugar de eso tenía que quedarse con su hermano.

—Le prometí hacer de niñera durante una semana entera —admitió—. Esa eso o no

salía de esa casa...—

—Debes estar muy desesperada —.

Esta le dedicó una mirada afilada.

—¿Desesperada? Qué palabra tan fea es esa, solo tengo curiosidad. Es un amigo, solo quiero saber porqué ha venido. Sobre todo en términos sobrenaturales, el tiempo y el espacio son un tema muy curiosos. Yo no tengo la cabeza vacía como Connor, a mí si me llaman la atención esos detalles —le explicó elaboradamente—. Le prometí hacer de niñera para que se callase y dejase de gimotear —

Oliver supuso que había pensado en la respuesta que le daría, por que sonaba ensayada.

—¿Salimos ya? —.

—Sí, cuánto antes lleguemos a la cola, mejor —afirmó—. El taxi nos espera abajo, lo he pedido con uno de estos juegos —

—Genial —.

Capítulo 5

Música para los oídos

Oliver y Dodo se encontraban en mitad de una larga cola esperando entrar en el estadio dónde Essian cantaría, asumiendo al cien por cien que se trataba de él. Este no podía evitar sentirse un poco fuera de lugar pues la mayoría de aquellas personas eran adolescentes. Muchos de ellos acompañadas por sus padres.

Dodo se mostró nerviosa, pese a que intentaba mantener el tipo.

—¿Te estas echando gloss en los labios? —.

—Lo dices como si fuese un delito —señaló ella—. Una de las chicas del centro comercial me aconsejó usarlo, dijo que mis labios eran muy bonitos. Y su amiga le dio la razón —.

—Entiendo —.

—¿Y ese tono? —.

—Pareces una adolescente preparándose para ver a su novio —comentó—. Solo me hace gracia —.

—¿Novio?! Solo fuimos amigos, ¿cuánto? ¿Una semana? —.

—Que te tomes tan en serio mis palabras solo me da la razón —le advirtió su amigo—. Además no tendría nada de malo, eres adulta para tener los novios que quieras. Poláris tenía como seis —.

Poláris era una de las mejores amigas de Connor en la Grecia antigua, esta disfrutaba de tener más de un novio. Su nombre fue usado posteriormente para catalogar a las parejas que no se componen solo de dos individuos.

—Eso sí que debe ser agotador —comentó ella—. Y no, no siento nada por él —.

—Vale, te creo —dijo—. Aunque Essian era guapo y muy majo, y os llevabais muy bien —.

—Sí, era todo eso...—.

Los flashes de los móviles no dejaban de parpadear, aquellas adolescentes no hacían otra cosa que hacerse fotos.

—Pasó algo entre vosotros antes de irnos, ¿no es así? —quiso saber Oliver—.

—Tan observador como siempre, ¿porqué lo dices? —.

—No os dirigisteis la palabra durante un día entero y estuvisteis raros los últimos días —.

—Si te lo digo no se lo digas a Connor, o me dará la tabarra con el tema —.

—Promesa con meñique —aceptó Oliver, mostrándole su meñique—.

Dodo lo miró extrañada pero acercó su meñique al suyo y dejó que este agitase su mano hacia arriba y a abajo.

—Los mortales sois raros —.

—¿Qué pasó? —.

—Teníais razón, no es una musa. Lo enfrenté pero no me dijo qué era en realidad —.

—Y eso te molestó —concluyó—.

—Claro que me molestó, los amigos no se mienten ni se guardan secretos —.

—Bueno, estabas en tu derecho de enfadarte. ¿Acabó diciéndote qué era? —.

A Oliver no le sorprendería si resultase ser un árbol que hubiese tomado conciencia propia y posteriormente se hubiese convertido en un niño de verdad. Todo era posible con ellos.

—No —recordó ella muy seria—.

—¿Y tú qué crees que es? —.

Lo había pensado largo y tendido pero no tenía ni idea.

—No lo sé, pero hay algo más —le dijo. Ese era el tema que temía tocar—. Confesó que yo...le gustaba —

—Ah —soltó Oliver sin mucho a sorpresa—.

—¿Solo ah? —.

Le dedicó una mirada aburrida, él no había tardado nada en darse cuenta del interés que tenía por ella. Nunca le quitaba la vista de encima o se alejaba demasiado.

—¿Es tan raro? Eres una mujer preciosa y os llevabais muy bien, encajasteis desde el principio —.

—Todo eso es un problema —.

—No sé por qué —.

Suspiró ruidosamente, o al menos le hubiese resultado ruidoso en cualquier otro lugar. No allí, rodeados de miles de personas.

—Es complicado de explicar —.

—En realidad no, ¿tiene esto que ver con el vial que Connor consiguió para ti? Dijo que era una parte de ti —.

—Eres jodidamente observador, no me gusta nada —admitió—. Como ese doctor de la tele que lo sabe todo... no recuerdo su nombre —

—¿Qué es esa parte de ti? —.

Tenía mucha curiosidad pero no preguntó sobre el tema en el viaje de vuelta porque parecía que la había molestado sobremanera y luego simplemente se le olvidó.

—No es algo que contar entre miles de adolescentes...—.

Dichos adolescentes cantaban las canciones de “Héctor”, la musa del amor.

—Nadie va a oírte, pero como quieras —.

La cola avanzó hasta que por fin pudieron acceder al estadio.

—Tus ojos —señaló Oliver con aprensión. Los ojos de su amiga se nublaban cuando tenía una visión, normalmente no solía pronosticar nada bueno—.

—Intento ver si hablaremos con él pero no está claro —lo tranquilizó ella—. Aunque vuelvo a casa enfadada... —

—Eso no nos dice demasiado —.

—Eso pienso yo —.

Un precioso juego de luces en una pantalla enorme empezó a deletrear el nuevo nombre de Essian, y luego proyectó un sin fin de fotos hechas en distintos lugares del mundo. Rodeado de fans y cantando para el público.

—Y ahora, venido desde Grecia en su Tour por todo Estados Unidos. El cantante que le ha robado el corazón al mundo entero, “Love Muse” —anunció su telonero—.

Este apareció poco a poco en una plataforma elevadora y que lo llevó al escenario principal.

—¡Hola, Nueva York! —gritó Essián—. ¿Os he hecho esperar? —

El público se volvió loco, gritó y vitoreó su nombre.

—Empezaré este concierto con el primer single de mi carrera, uno de mis favoritos “Waiting 4 u, Miss” —anunció—. ¡Un día te encontraré, Miss! —

—Esa canción va dirigida a mi —le dijo Dodo a su amigo—.

Una chica tras ella intervino.

—¡De eso nada, tía!—le gritó a tan solo unas sillas de distancia—. ¡Estás flipada! —

—¡¿Qué sabrás tú?! —le gritó Dodo—.

—¡Pero no le contestes, que es una niña! —se quejó su amigo—.

—¡Puedo con ella! —le aseguró—. Con ella y con su madre —

Oír la voz cantada de Essian de nuevo hizo que el vello de los brazos de Dodo se erizase, ya había oído algunas de esas canciones con su móvil nuevo antes de llegar, había comprado toda su discografía con la tarjeta de Connor. Pero escucharla en directo era una experiencia totalmente distinta.

La letra de esa canción hablaba de una señorita a la que había visto en una ocasión, de la que se enamoró y a la que perdió entre la multitud. No podía ser más explícita para ella. Dodo entendía que estaba siendo un poco irracional, hacía solo unos días había rechazado sus sentimientos con cierta brusquedad y ahora se encontraba en un concierto cantando sus canciones como una loca. Se preguntó si aquel cambio se debía al vial que Connor había conseguido para ella, quizá posibilidad de estar completa de nuevo y poder amar la hacia estar más abierta a los sentimientos de Essián.

Y si este había esperado más de dos mil años para verla de nuevo debía de significar que sus sentimientos hacia ella eran reales.

Cuando acabó de cantar la canción hizo algo que hacia en todos y cada uno de sus conciertos, cruzar una larga pasarela y pedir a aquella supuesta señorita que gritase su nombre.

—¡Si estas ahí, grita mi nombre Mys! —pidió. El nombre real de Dodo era semejante a la palabra “miss”: señorita—.

La multitud se volvió loca gritando el nombre de Héctor, pues entendían que era su nombre el que quería que gritasen. Mientras tanto Dodo sintió de nuevo lo que ya había sentido en Grecia, una sensación de vacío en su interior. Una conexión que no llegaba a realizarse entre su cabeza y su corazón, una que le causaba mucha frustración.

—¡Essián! —gritó a todo pulmón—. ¡Essián! —

Una de las chicas a su alrededor le se burló de ella y otras le dedicaron miradas de extrañeza.

—Ese no es su nombre, vieja —le dijo una de aquellas niñas. La que le había llamado la atención antes—.

—¿Te crees muy valiente por que vas con tu madre? ¡Puedo con las dos! —.

—Dodo, por favor...—le pidió su amigo muerto de vergüenza—.

—Solo gritaba su nombre, para que supiese que estoy aquí —.

—¿Cómo va a oírte? Hay más de cien mil personas gritando, forma parte de la actuación —.

Tenia sentido, pero por alguna razón no quería creerlo. Estaba segura de que podría oír cómo pronunciaba su nombre. Era la única que de la multitud que lo sabía.

—No lo sé...—.

El concierto duró más de dos horas y para sorpresa de Oliver fue una experiencia maravillosa, pese a que estaba cansado e ir a un concierto no era la forma ideal de pasar la noche de un miércoles antes de ir a trabajar. Pero las canciones de Essian eran maravillosas,

su directo era excelente y la energía que se respiraba en el concierto era revitalizante.

Se preguntaba si todos los conciertos eran así, apuntó en su lista mental acudir a más conciertos ese año. Quizá con la compañía de Connor, a él seguro que le gustaba la idea.

Tras acabar el concierto y cantar dos canciones más de las que debía lo dio por finalizado y los asistentes salieron poco a poco del estadio. Dodo y Oliver se encontraron frente a este, parados entre una marabunda de gente que salía por las múltiples salidas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dodo—.

—No podemos simplemente entrar en los camerinos y pedir verlo —.

—¿Por qué no? Somos sus amigos —.

La decepción en su cara era patente.

—Pero no significa que no podamos verlo en un futuro, buscaremos en Internet cuando será su próximo concierto y compraremos entradas con “Meet & Greet” —propuso él—.

—¿Eso qué significa? —.

—Que podremos acercarnos a él y hacernos una foto con, de esa forma nos reconocerá cuando nos vea —.

—Bueno... —suspiró ella. Era una buena opción, la única que tenían. Se había hecho ilusiones aquella noche para nada—. Pidamos un taxi, los tacones son un arma letal —

—Pero te quedan genial —.

—Sí, eso creo yo...—.

Oliver se rió, la situación le parecía cuanto menos cómica. Dodo también podía ser como una niña, al igual que Connor. Pese que tuviese una cantidad de años indefinida para él.

—¿Te ríes de mi? —le preguntó su amiga—.

—Me resulta raro verte tan coqueta, pero no me río de ti —.

—Bueno, soy humana, al menos una parte de mi. Tengo que adaptarme —.

—Ven, pediremos el taxi unas calles lejos de aquí. De esa forma sera más fácil —.

Mientras tanto Connor peleaba con su hermano por el control del mando de la televisión.

—No, ya hemos visto la película que tú has querido. Ahora me toca a mi —se quejó Connor—.

—Si me haces ver de nuevo la vida del doctor que llora de mentira por tener tres pretendientas y no saber a cuál de ellas elegir te tiro por la ventana —le advirtió su hermano—. Y luego tiro la televisión detrás de ti —

Llevaba mucho tiempo sin ver aquel programa de televisión, echaba de menos a sus personajes.

—Es mi telenovela favorita y tengo que ponerme al día —le dijo—. Es mucho mejor que las películas que te gustan a ti —

—Rambo es buena, él es un héroe de verdad. No como el doctor que llora por problemas de mentira —.

—¡Para él son de verdad! Todo es mentira, es ficción —.

—Traeme una cerveza —le pidió, cambiando de tema—.

Connor le arrancó el mando de la mano y lo escondió entre sus piernas.

—No soy tu esclavo, ¿sabes? Estás aquí porque no tengo ningún sitio donde llevarte —.

—Si no hubieses puesto estos grilletes en mis muñecas no estaría aquí —le recordó Anteros—.

—Si, ya...—.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —quiso saber—. No puedes tenerme aquí encerrado hasta el infinito, no me he ido porque no sé cómo quitarme estos brazaletes —

No lo había pensado bien, el plan inicial le parecía cada día más desproporcionado.

—No lo sé, ¿vale? —admitió—. Somos hermanos, deberíamos poder entendernos pero eres imposible. Solo piensas en matar, en luchar y en hacerme la puñeta —

—Es mi naturaleza —afirmó muy serio—.

—¿El qué? ¿Hacerme la puñeta? Lo sé, me he dado cuenta —.

—Vengar el amor —.

—¡Pero el amor no necesita ser vengado! El amor se acepta o no, nadie puede obligar a otro a sentirlo —.

Anteros se levantó del sofá, su hermano no dejaba de quejarse de que nadie lo entendía cuando él tampoco se esforzaba lo más mínimo por entenderlo.

—Tú obligas a otros a sentirlo —señaló—.

—Sí, ya sé que estás enamorado de Oliver por mi culpa —recordó—. Se te pasará —

—Tú me clavaste esa flecha, es tu culpa —.

—Anteros... —empezó a decirle—. Cuando quieres a alguien el amor que sientes por esa persona te hace querer protegerla, Oliver sufriría mucho si dejase que matases a Sergio —

—Solo hago justicia, en el pasado me daban las gracias por ello. Ofrecían animales en sacrificio para pedir mi intervención —recordó—.

—Vives en el pasado...—.

—Estáis cortados por la misma tijera, tú y Afrodita. Siempre dándome lecciones sobre el amor que no he pedido —sentenció— Pero luego no sois capaces de pararos a intentar entenderme a mi —

Connor se llevó las manos a la cara, a su parecer su hermano tenía la cabeza tan dura como el hormigón.

—Nadie te obliga a hacer nada, yo he estado más de dos mil años pasando de mi labor ancestral y no ha pasado nada. El mundo seguirá girando sin la necesidad de que mates a nadie —le aseguró con calma—.

—¿Cómo te hace sentir? —.

—¿El qué? —.

—Ver que estoy enamorado de ese...mortal del que estás enamorado —.

Anteros no sabía que los brazaletes también bloqueaban las habilidades de su hermano

—No me preocupa —afirmó—.

—¿No crees que sea rival para ti? —.

—Te faltan muchas cualidades para ser un rival para mi, una de ellas es poner los pies sobre la tierra y entender que Oliver no puede enamorarse de un asesino —.

La palabra asesino le desagradaba, él prefería “justiciero”. Los que imparten justicia siempre son asesinos en los ojos de un culpable.

—Palabras...—.

—Sí, nada ni nadie es importante para ti. Ya lo sé —zanjó. Pulsó un botón del mando y puso de nuevo el programa que estaba viendo—.

Anteros se acercó hasta él y se lo quitó de las manos.

—Siempre que alguien ha sido importante para mi he acabado desilusionado por esa persona —le confesó Anteros—.

—Ajá —.

—Y de entre todos tú has sido el que más me has defraudado —.

Su mirada era seria por lo que Connor entendió que no estaba hablando por hablar.

—¿Cómo dices? —.

La puerta se abrió y Dodo entró con los tacones que había llevado en la mano, juró por sus ancestros que no subiría con ellos por las escaleras.

—¿Por qué no hay ascensor en este maldito edificio? —se quejó Dodo—. Tengo los pies echos polvo... —

—Deja de quejarte, son tres pisos y tienes la energía de una docena de personas —le dijo Oliver—.

—Pues esas doce personas están cansadas de llevar tacones —.

Connor se levantó del sofá y corrió a los brazos de Oliver, este no opuso resistencia.

—Te he echado de menos —afirmó apretando su cuerpo entre sus brazos—.

—Si solo he estado unas horas fuera —le recordó él—. Y no has parado de escribirme... —

—Y no has respondido a ninguno de mis mensajes —se quejó—. Tuve que ver Rambo, fue horrible —

Su amiga los separó usando su fuerza sobrenatural.

—¿No piensas preguntar por el concierto? —.

—¿Habéis podido hablar con Essián? —.

—No, como era de esperar —dijo Oliver—. Es una súper estrella, no podíamos tocar a su puerta y ya está —

—Mi puesto de niñera empieza ahora, podéis iros —espetó Dodo de mala gana—. Marchate antes de que cambie de opinión —

—Se te nota enfadada —observó Connor—.

—¡Si no te vas ahora lo estaré! —.

—Está bien, vamos —aceptó, tirando de Oliver fuera de la casa—.

Eran más de las doce de la noche, Oliver pretendía dormir por lo que si Connor lo seguía hasta su casa significaría que querría acostarse con él. Y ni siquiera tenía energía para desvestirse.

—Puedes ponerte uno de mis pijamas, están en el cajón —le dijo Oliver, señalándole el mueble al que se refería—.

—Vale —respondió—. ¿Cómo ha estado el concierto? —

—Muy bien, te habría gustado —.

—Dodo no parecía muy contenta, no me gusta verla así —.

—Esperaba poder hablar con él pero es como pretender hablar con Beyoncé —.

—¿En qué hotel se hospedará? Podríamos llamar, quizá le hagan llegar un mensaje —.

—No vamos a ir como unos acosadores a su hotel —le contó—. Le he propuesto que compremos una de esas entradas para hacerse una foto con él, así tendremos ocasión de verlo en persona —

—Suena bien —.

Oliver se cambió en el baño, pese a que ya se habían visto desnudos el uno al otro y aprovechó para ducharse y afeitarse. Cuando salió Connor ya llevaba uno de sus pijamas de verano, este le quedaba corto bien, él era más alto.

—¿Cómo me queda? —le preguntó mostrándole el ombligo—.

Oliver soltó una risotada.

—Veo que llevas puestos los calcetines —observó—.

Llevaba puestos los calcetines de corazones que le había regalado, los llevaba como si fuesen un trofeo.

—Son guays, me encantan —.

—¿Esperas que tengamos sexo? —quiso saber Oliver—.

Connor lo miró con sorpresa, con una renovada expresión pícaro.

—¿Es una pregunta trampa? —.

—Hagamos un trato, hoy dormiremos tranquilamente. Tengo que madrugar mañana, y mañana lo haremos —propuso—.

Su propuesta hizo que Connor se cruzase de brazos.

—Hablas de ello como si fuese una cita con el doctor, no tenemos que hacerlo si no quieres —.

—Sí quiero, quería en Grecia antes de que nos interrumpiesen...—.

—Lo hiciste porque temías que me quedase allí —.

—¿Tú crees? —.

Aquella había sido una de las razones por las que se había lanzado, no esperaba que Connor fuese tan perspicaz. Entonces dejó de pensar en lo que pudiese o no pudiese pasar en el futuro y se quitó la parte de arriba del pijama.

—¿Qué haces? —preguntó Connor confuso—.

Bloqueó la parte racional de su cerebro, la que le ponía pegas a todo y pensaba en el futuro. Deseaba su cuerpo y deseaba tener sexo con él, incluso con un pijama viejo y rabierto parecía haber salido del póster de una revista erótica.

—Desnudándome, ¿quieres que durmamos juntos o no? —.

Aquella noche era tan buena como la del día siguiente. No había motivo para alargar más lo inevitable, ambos se deseaban el uno al otro, no quería seguir haciéndose de rogar.

—¿Eso significa sexo? —preguntó Connor—.

—Si me haces decirlo en voz alta me moriré de vergüenza...—.

—Entonces lo diré yo. Sexo —repitió, acercándose hasta él y besando sus labios—.

Capítulo 6

Paquetes

Connor besó cada parte de su cuerpo, como lo hizo una vez en aquel lago. Solo que en esta ocasión no iba a permitir que ninguna presencia externa lo detuviese. Encendió el fuego de su cuerpo lentamente con pequeñas bocanadas de aire hasta que este se convirtió en una hoguera.

Sus cuerpos desbordaban pasión debido a la anticipación de lo que estaba por venir. Oliver podía sentir el aura de Connor sobre su piel, aunque no pudiese verla. Era eléctrica y estimulante, hacía que su cuerpo se estremeciese.

El dios del amor besaba la nuca y acariciaba su pecho mientras disfrutaba de los delicados gemidos de Oliver, el hilo de voz entrecortada que emitía con cada envite era música para sus oídos.

—Mas fuerte —susurró Oliver en su oído. Ya había tenido suficiente de aquella apacible lujuria, estaba preparado para más—.

—Vas a arrepentirte de habérmelo pedido —le aseguró—.

Giró su cuerpo y se lanzó sobre sus labios, saboreó cada uno de ellos como si de su boca fuese una fuente de la que emanase el agua más pura y deliciosa. Una de la que sabía que nunca se cansaría de beber.

Deslizó sus labios por su cuello, su pecho y su ombligo y le mostró cómo de habilidoso era el famoso dios del amor con su lengua. Oliver juraba que perdería el juicio si no se detenía, aunque no encontraba la voluntad para poder pedírselo.

Y entonces empezaron los fuegos artificiales, Oliver sintió la ansiedad de Connor, la necesidad de poseerlo, de amarlo y de hacerlo suyo.

—¿Mas rápido? —preguntó Connor pícaramente—.

Tenia miedo de hacerle daño, estaba acostumbrado a tener una fuerza sobrenatural, pero ahora era un mortal, a efectos prácticos. Oliver solo sabía si el placer que estaba sintiendo podía incrementarse pero si era posible lo quería, lo quería todo.

—Sí... —pidió—.

—¿Cómo de rápido? —quiso saber—.

—Más, mucho más —suplicó—.

Las suplicas de Oliver recibieron respuesta, recibió los potentes envites de su amante hasta que su cuerpo gritó de placer.

Cuando ambos se miraron, tumbados en la cama, llenos de sudor, despeinados y con las mejillas pintadas del carmesí de los amantes, se echaron a reír. Sintió una conexión con Connor que nunca había tenido con nadie, admiraba su cuerpo, su desempeño y lo generoso que había sido con él. Pero también adoraba la sonrisa que dibujaba sus labios, la calma de sus ojos y cómo su melodiosa risa aceleraba su corazón.

Estaba seguro de que si poseyese sus habilidades sobrenaturales se daría cuenta de lo mismo que acababa de estar claro para él. Estaba enamorado.

Había sido un idiota al poner una barrera entre ellos, al dudar, al temer por un futuro incierto. Debía de haber aceptado su amor en el instante en el que se lo ofreció.

El sexo con Connor había sido muy distinto al que tuvo ocasionalmente con Sergio en el pasado, este último era egoísta y trataba a Oliver como un objeto sexual. Lo usaba sin ningún tipo de tacto o cuidado para su disfrute, sin ningún tipo de preliminares que dejaran entrever un mínimo de afecto.

Connor le había hecho sentir amado y deseado a partes iguales. No recordaba cuando fue la última vez que se sintió tan satisfecho, tan saciado de la vida, tan lleno de energía.

—Es el mejor sexo que he tenido nunca —soltó Oliver sin pensarlo dos veces, aún sabiendo después de decirlo que Connor lo usaría contra él—.

—Soy el dios del amor —le recordó—. Tengo que estar a la altura del título —

—¿A ti te ha gustado? —preguntó tímidamente—.

—Ha sido maravilloso, las dos veces —le dijo—. Sobretudo cuando cogiste las riendas la segunda ocasión, increíble... —

Cuando iniciaron la segunda ronda Oliver perdió la cabeza, la vergüenza y la cordura.

—¡Calla! —le pidió tapando su boca—. No digas ni una palabra más —

Connor se rió.

—Hacía tanto tiempo que no lo hacía que pensaba que no me iba a acordar —.

—No será para tanto...—.

—La última vez que lo hice fue con Icarión, ha llovido bastante —.

No lo tenía por un mentiroso, creyó sus palabras, por increíbles que fuesen.

—Oh —.

Eso significaba que llevaba miles de años sin mantener relaciones sexuales, Oliver no era el hombre con el libido más alto del mundo pero hasta a él le pareció una locura. El sexo es parte de la vida.

—Te sorprende? —.

—No —.

—Mientes fatal —observó Connor entre risas—. Pues sí, ni siquiera beso a nadie del que no esté enamorado. ¿Soy un pringado? —

Quizá para los estándares actuales sí lo era, pero no para Oliver.

—Es bonito, esperar a estar enamorado para hacer esas cosas —dijo—. Yo lo estaba la primera vez, claro que no era reciproco...—

—Yo también lo estaba —recordó—.

La primera vez que se había enamorado había sido de una chica, Psique. Su amor había sido tan épico que estaba seguro que no podía compararse con lo que ellos tenían.

—¿Es distinto? Hacerlo con una mujer o un hombre —.

—A nivel técnico sí, pero en realidad no lo es tanto. Estando enamorado se disfruta de la misma forma —.

Oliver acariciaba su cara, había querido hacerlo desde hacía mucho tiempo por que a simple vista era como el terciopelo o la seda más suave.

—Nunca te quitas ese colgante —comentó acariciándolo—.

—No, ya te dije —.

En la única ocasión en la que habían hablado del tema le había confesado que había sido un regalo de su madre pero aquel colgante emanaba una energía que hasta él podía sentir. Por lo que no podía ser solo un recuerdo que llevaba con cariño.

—Entonces no sabía quién eras —le recordó—.

—Pero no te mentí, es un regalo de mi madre —.

Había algo más en ese colgante de lo que se apreciaba a simple vista, como con él. Lo

intuía.

—Es mágico, ¿no es así? —.

—Lo es —admitió—. Nunca le he contado a nadie lo que hace —

—Prometo solemnemente no desvelar el secreto —le dijo Oliver con una mano sobre su pecho—.

—¿Conoces el mito de mi hermano? —.

Aquel era su afición secreta, había leído todo lo que había encontrado en Internet con referencia a él, a su madre o a su hermano. Todos los días dedicaba un rato de su tiempo libre para hacerlo, estaba con una celebridad después de todo.

—Sí, recuerdo que lo leí. Pero en ocasiones los mitos no guardan semejanza con la realidad —.

—Este sí —afirmó—. Los dioses suelen nacer completamente funcionales y listos para funcionar, pero yo nací siendo un niño —

—¿Con cabellos rizados y mofletes sonrosados? —.

—Sí, justo como cuenta el mito —.

Oliver abrió la boca por la sorpresa, no tenía el pelo rizado sino liso. ¿Qué había pasado con aquellos rizos?

—¡Un momento! Tienes el pelo liso —señaló—.

—Alisado japonés, nos estamos desviando del tema —comentó—. Aunque mi madre me regañó cuando se dio cuenta —

—No puedo creerlo...—

—Escúchame —le pidió—. El tiempo pasaba pero yo seguía inmutable, como el resto de los dioses. Un día hubo una reunión del consejo, como la que tuve cuando estuvimos en Grecia... —

—Sobre ti —.

—Exacto, Artemisa tenía quejas sobre mi, por una historia que ni quiero recordar... En resumen, llegaron a la conclusión de que solo podría madurar si mi madre daba a luz a mi contraparte. Anteros —

—¿Y cómo demonios podían prever que daría a luz a tu contraparte? —.

Aquella era una pregunta para la que no tenía respuesta.

—Pues... no tengo ni idea. En ocasiones ni nosotros sabemos cómo funcionan las cosas, simplemente lo hacen —admitió. Él no era como Oliver o Dodo, no se hacía ese tipo de preguntas—. Y entonces mi madre tuvo a Anteros y en el momento en el que nos encontramos frente a frente pude crecer —

—¿Inmediatamente? ¿Puff?—

Connor hizo un gesto con sus manos, simulando aquel “puff”.

—Sí, en el instante en el que nos vimos el uno al otro —.

Recordar aquellos momentos trajeron alegría al corazón de Connor, recordaba lo feliz que era por la promesa de tener un compañero de juegos.

—Recuerdo la moraleja tras la historia...—dijo Oliver haciendo memoria—.

—El amor no puede crecer sin pasión, yo representaba el flechazo unilateral y mi hermano es el símbolo del deseo de ser correspondido —confesó—. El compromiso entre amante y amado es vital para la madurez y el éxito del vínculo amoroso —

—¿Debo subir a darle las gracias? —.

Anteros probablemente estaría durmiendo a pierna suelta en el sofá del salón de su hermano.

—Si lo haces se le subirá a la cabeza, no necesitas alimentar su ego. Ya está lo suficientemente crecido —bromeó—.

—Lo he notado —.

Connor suspiró, reconocía la importancia de su hermano, lo mucho que le había cambiado su sola presencia. Estaba muy agradecido por su existencia, aunque en ocasiones se le olvidase.

—Y entonces pasé a ser un hombre completamente desarrollado, con la capacidad de amar de una forma más madura —zanjó—.

—Es precioso —.

—Desde lejos, supongo...—.

—¿Cuál es el pero? —.

—Bueno, traje muchas cosas buenas a mi vida. Pude madurar mentalmente y me enamoré por primera vez... —.

—De Psique, cuando el amor y el alma se unieron —dijo Oliver usando las mismas palabras que usaban a la hora de describirlo—.

—Oírlo de tus labios me hace... vibrar —reconoció—. Sentirme vivo —

—¿Cual fue la parte negativa? —preguntó repasando la silueta de sus labios con sus dedos—.

—Si pasaba mucho tiempo separado de mi hermano volvía a mi forma anterior pues su existencia equilibra la mía —.

Aquello era una verdadera revelación, ¿si la existencia de Anteros no era suficiente para cambiarlo permanentemente qué pasaba cuando este se alejaba de él?

—¿Eso quiere decir lo que creo que quiere decir? —.

Él asintió, besando los dedos de Oliver.

—Mi madre fue la primera en entenderlo y creó esta piedra con su propia sangre y la de Anteros, sin que este lo supiese. Si llevo este colgante en mi cuello da igual lo lejos que esté de mi hermano o el tiempo que pase sin verlo, sigo siendo un adulto —.

—Por favor, no te lo quites —le pidió—.

—No lo he hecho nunca, ni una sola vez. Yo tampoco quiero ser un niño de nuevo —.

—¿Por qué se lo escondió a tu hermano? —.

—Mi madre es muy inteligente, pese a lo que muchos de nuestros familiares piensen. Intuyó que podría ser algo que Anteros usase en mi contra por lo que lo mantuvimos en secreto —.

—Es fascinante, sin duda —.

—Ahora dime, ¿cómo sabías que era mágico? —.

—Emana energía, no sé explicarlo —.

—¿Puedes sentirlo? —.

Puso su mano sobre el colgante, podía sentirlo en ese mismo instante.

—Sí, también sentía lo mismo en tu presencia. Aunque ahora no lo siento —.

Juraba que había sentido su aura mientras intimaban, pero no quería sacarlo a relucir.

—Supongo que se debe a los brazaletes —.

—Con el tiempo entendí de qué se trataba, aunque mi cerebro estaba hecho un lío —.

—Así que aprendiste a identificar lo sobrenatural, es bastante impresionante —.

—¿Lo es? —.

—Sí, te lo aseguro —.

Odiaba ser un aguafiestas pero el reloj digital sobre su mesita marcaba una hora que le

auguraba muy pocas horas de descanso.

—Deberíamos dormir, algunos trabajamos... —comentó—. Quedan tres horas para que amanezca...—

—Te quiero —afirmó Connor—.

Oliver besó sus labios, aún no se sentía lo suficientemente valiente como para responderle.

—Si sigues siendo así me vas a volver loco... —confesó—.

—Eso espero, es todo parte de mi plan —.

No tardaron en cerrar los ojos y caer rendidos, Oliver tuvo una terrible pesadilla en la que el mundo a su alrededor ardía con llamas del color del oro. Todos sus intentos por huir o apagar el fuego que se iniciaba a su alrededor eran inútiles y su cabeza acabó rodando sobre el pavimento.

El sonido de la alarma del móvil hizo que se despertase abruptamente. Despertarse resultó ser un problema, ya que por más que lo intentaba no podía hacerlo.

Connor descansaba a su lado, dormía a pierna suelta y un hilo de baba caria de su boca hasta su mejilla. Verlo dormir tan apaciblemente le trajo una sonrisa, acarició su cabello, este se encontraba pegado a su frente por el calor. Se preguntó cómo se vería su cabello rizado, estaba seguro que estaría tan guapo o más que con el pelo liso. Limpió con la palma de su mano la baba que salía de su boca y se levantó para vestirse.

Se hizo un par de tostadas y un café que acabó tomándose en dos grandes sorbos. Al abrir la puerta la punta de su zapato rozó algo en el suelo, al fijarse vio que se trataba de un pequeño paquete.

Lo cogió y revisó la etiqueta, en esta ponía su nombre “Oliver Swan” y la dirección del remitente. Nada más.

—¿Un paquete? —se preguntó. Estuvo a punto de abrirlo pero si lo hacía perdería el tren y acabaría llegando tarde a su trabajo, así que lo dejó sobre la mesa de la entrada—. Cuando llegue lo abriré —

El día en el sótano de la biblioteca pasó tan rápido que cuando se vino a dar cuenta había pasado su hora de descanso. Se levantó y estiró las piernas, el móvil sonó antes de que pudiese salir de aquel sótano a por algo de picar.

—Soy yo —dijo Oliver al leer el nombre de la persona que lo llamaba—. ¿Ha pasado algo? —

Dos mensajeros trajeron tres docena de ramos de flores de todos los tipos, colores y tamaños, todos ellos colocados delicadamente en sendos jarrones. Solo uno de aquellos ramos tenía una nota, en ella podía leerse “Waiting 4 u, Miss”.

—Sí, he recibido un montón de ramos de flores —le contó Dodo llena de emoción—. Llevo intentando contactar contigo durante horas —

—¿Esa es la emergencia? —.

—¡De Essián! —siguió—. No pone su nombre pero lo sé, ¿quién iba a ser sino? —

—¿Una visión? —.

Intentó ver quién se lo había enviado usando sus dones pero solo podía ver cómo una mano poco definida firmaba la nota que llevaba uno de los ramos de flores. No estaba segura del todo sobre quien era el destinatario pero aquella mano podía ser la de Essian.

—Más o menos —.

Le parecía extraño que Essian hubiese encontrado dónde vivían, ni siquiera habían estado a menos de veinte metros y mucho menos habían cruzado una palabra, pero no

quería ser un aguafiestas.

—Bueno, cuando llegue a casa me pasaré a verte —le aseguró—. Seguro que son muy bonitas —

—¿Qué debo hacer? —.

—Pues nada, ¿qué vas a hacer? —le preguntó—. Hablamos cuando llegue —

—Vale —.

—Hasta luego —.

Cuando colgó se fijó en que tenía un mensaje que no procedía de Dodo, sino que era de Sergio. Leer su nombre hizo que su corazón se acelerase, había intentado contactar con él durante días.

“¿Habéis sacado a ese friki de mi casa?”, fue todo lo que le escribió. Aunque era información que ya le había escrito Oliver en mensajes anteriores. Este le respondió que sí, y que se habían ocupado del problema, que estaba seguro. Vio cómo se conectaba y leía sus mensajes pero rápidamente se desconectó sin responderle.

—Capullo —.

Antes de que hubiese tenido la posibilidad de sacar las llaves y meterlas en la cerradura de su casa pudo oír cómo alguien hablaba en su interrumpir. No le desagradaba estar siempre acompañado, había crecido en una casa con tres hermanos, pero había pasado tantos años solo desde que dejó el hogar que tenía que volver acostumbrarse de nuevo.

Oír a Connor hizo que sonriese, aunque intentó disimularlo cuando entró.

—¿Qué hacéis todos en mi casa? —quiso saber—.

—La mía está llena de flores —se quejó Connor—.

Su amiga intervino, muy pagada de sí misma.

—Que me envió Essián —.

—No lo sabes, ni siquiera hablaste con él —le recriminó su amigo—. Ha podido ser cualquiera —

—Vi su mano en una visión —le informó Dodo—. Más o menos...—

—Puede ser la mano de quien sea! —dijo su amigo—.

Oliver movió los pies de Anteros hasta quitarlo de la mesa de café.

—¿Puedes quitar los pies de mi mesita? —le pidió—. Gracias —

—No —dijo oliéndolos a poner sobre ella—.

—Tienes que deshacerte de algunos de esos jarrones, no hay espacio en la casa. No se puede ni andar —le pidió Connor—.

—Eso nos lleva al siguiente tema, quiero que me compres una casa —.

Su amigo se cruzó de brazos.

—¿Para qué? Ya tenemos una casa —.

—Pues para tener mi propio espacio —le dijo ella—. Esa casa es tuya, yo necesito una para mi —

—Es de los dos, está bien —.

—Estaba bien para un gato y un tío al que no visitaba nadie —comentó—. Ahora es un pisucho de poca monta —

Connor se mostró ofendido por sus comentarios, su piso era su rincón en el mundo. Era su lugar seguro.

—Y supongo que tengo que pagarlo yo —sentenció—.

—¡¿Quién sino?! —.

—Las casas son carísimas en Nueva York —le recordó él—.

—Tienes dinero de sobra —.

Oliver escuchaba aquella conversación con un poco de envidia, gran parte de su sueldo se iba en pagar el alquiler de esa casa. Solo los más privilegiados podían ser los dueños de una casa, sobretodo en Nueva York.

—Bueno, ya veremos —zanjó Connor—.

Dodo guardó silencio, lo hizo durante unos instantes pero alertó a Connor y a su hermano. Sobretodo porque no solía aceptar que su amigo tuviese la última palabra.

Sus ojos pasaron del blanco más claro al ambas que poseía su iris de forma natural.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó Dodo a Oliver, lo hizo en un tono de alerta que hizo que todos los presentes se quedasen inmóviles—.

Él sostenía el paquete que había cogido del suelo en la mañana, antes de salir de casa.

—Un paquete —.

—Déjalo sobre la mesa —ordenó ella—. Ahora —

—¿Qué? —.

Connor dio tres grandes pasos y le arrebató el paquete de las manos, lo dejó sobre la mesa y esperó instrucciones. Conocía a Dodo lo suficiente como para no hacer preguntas cuando ordenaba algo de la nada.

—¿Pero qué pasa? —quiso saber el afectado—.

Ella cogió el paquete y lo palpó, su entrecejo se arrugó, había algo raro en él. Tuvo una visión en la que Oliver lo abría y al sacar su contenido todo se volvía oscuro, como la tinta tiñendo el agua cristalina.

—Es algo malo —anunció ella—.

—Malo? —preguntó Oliver—. Ya he pagado el alquiler de este mes, si te refieres a eso

—
Se dirigió a la cocina, cortó un extremo del sobre y volcó su contenido dentro de un vaso de cristal.

—Es un anillo —observó Dodo—.

—No cualquier anillo...—sentenció Connor a su espalda—.

Él mismo había forjado y dado forma a ese anillo, se trataba de un pequeño sello de oro con un par de hilos entrelazados de un oro con tintes rosados.

—Parece que has visto un fantasma —comentó Oliver al pararse a su lado—.

—Yo mismo le regalé ese anillo a Psique, debería de estar en Grecia, no aquí —.

Connor guardaba algunos de los enseres de Psique en el palacio que le pertenecía en el Olimpo, no imaginaba quién hubiese tenido la desfachatez de entrar sin ser invitado. Este estaba custodiado por guardianes de confianza.

—Hay algo oscuro en él, si Oliver lo hubiese tocado algo malo hubiese pasado. Pero por algún motivo la visión se oscureció antes de ver el final —les indicó Dodo—.

—Es veneno de gorgona —aclaró Anteros—.

—¿Qué? —.

Se acercó un poco más para cerciorarse.

—Huele como el veneno de gorgona, sí —.

—Debe de tratarse de...—empezó a decir Oliver—.

Connor había llegado a la misma conclusión.

—La voz de aquella vez, la niña que hizo explotar el coche...—.

—Esto me da mala espina —admitió Dodo—. El veneno de gorgona no puede conseguirlo cualquiera —

—¿No eres un oráculo? Usa tus habilidades —pidió Anteros de malas formas—.

Ella se giró para encararlo.

—No soy omnisciente, no puedo verlo todo. Llevo años previendo situaciones peligrosas, enemigos... pero por algún motivo no puedo prever esto. Debe tratarse de la misma persona —concluyó—.

—Está usando un punto ciego —comentó Anteros—.

Ella se cruzó de brazos.

—Pareces tener muchas respuestas, ¿sabes algo que no sepamos? —.

—Solo lo comentaba...—.

—¿Qué sabes? —le exigió su hermano—.

—Nada —.

Oliver caminó hasta él, que Connor y Dodo se mostrasen dispuestos a entrar pelear no

—Puedes contarnos lo que sepas, ¿por favor? —.

Incluso Connor pudo notar un cambio en la postura y en la mirada de su hermano para con Oliver, lo que solo hizo que su humor empeorase aún más.

—¿Y qué me daréis? —preguntó Anteros—.

—No voy a quitarte los grilletos —le aseguró su hermano—. Si esto es uno de tus juegos corta el rollo —

—Pensaba en un aparato de esos —pidió señalando el móvil que Dodo tenía en su mano—.

Todos tenían uno menos él, sentía curiosidad por saber porqué eran tan importantes para todos. Los mortales nunca los soltaban y ellos no se alejaban demasiado.

—¿Un móvil? —preguntó ella confusa—.

—Quiero uno —.

Connor resopló aliviado, por un momento se había visto negociando con su hermano para sacarle la información que sabía. Le habría dado lo que hubiese pedido, incluyendo el quitarle los brazaletes.

—Bien, ¿qué sabes? —preguntó el dios del amor—.

—Hay individuos que pueden evitar aparecer en las visiones, seres antiguos, especialmente poderosos o que hayan usado magia arcana para hacerse invisibles para los oráculos —.

—¿Por ejemplo? —.

—Nunca podrías ver a Nyx en una de tus visiones, es un ser primordial que existió antes que los dioses que te otorgaron ese poder —comentó—.

—Tienes algo que ver con esto? —quiso saber su hermano—.

—No —contestó molesto—.

—No te creo —.

—Connor, ha dicho que no —le dijo Oliver—. Podemos confiar en él —

Anteros tuvo que reprimir el impulso de acercarse a su cuerpo.

—Juro que como hayas intentado herir a Oliver, yo...—empezó a decir Connor—.

—¿Tú qué? —exigió saber—. ¿Vas a pegarme? No me hagas reír —

—Nadie va a pegar a nadie —aclaró Oliver—. ¿Cómo podemos descubrir quién ha enviado ese anillo?

—Solo se me ocurre preguntarle a Aracne...—propuso Connor—.

—Genial, ve —le indicó su amiga—.

—Yo voy contigo —dijo Anteros—.

—No —.

—Me debes un aparato móvil —le recordó—. ¿Tienes miedo de que me vaya? Si hubiese querido irme lo habría hecho —

Oliver miró a Connor, suplicante. Tenía miedo de lo que pudiese pasar a continuación, si alguien había intentado matarlo lo volvería a intentar de nuevo.

—Hay que descubrir qué pasa —le dijo Oliver—. No podemos perder el tiempo con peleas —

—Está bien, me pondré a ello —aceptó Connor—.

Capítulo 7

Poción

Connor y su hermano salieron rumbo al mercado de Aracne, el primero quiso llevarse el anillo consigo pero Dodo lo convenció de lo contrario. No era seguro llevarlo encima y acabar tocándolo accidentalmente. El veneno de gorgona no afectaba de la misma forma a los dioses que a los mortales, el efecto en los primeros duraba un único día, mientras que en los segundos se extendía hasta que el dueño del veneno moría. Pero dado que los poderes sobrenaturales de Anteros y su hermano estaban limitados por los brazaletes que llevaba el dios vengador del amor, era mejor no arriesgarse a tocarlo.

Oliver besó la mejilla de Connor antes de salir, desde el momento en el que este había visto en anillo que una vez perteneció a Psique su humor se había desplomado hasta el suelo y su expresión se había oscurecido.

—¿Volverán de una pieza? —preguntó Oliver asomado en la ventana, viendo cómo los dos hermanos caminaban rumbo a la entrada de metro más cercana—.

—Son más resistentes de lo que parece...—dijo su amiga restándole importancia—. En unas horas estarán aquí peleando de nuevo —

—Tú también crees que se trata de la misma persona, ¿verdad? —.

—Sí, es lo más lógico —admitió—. Aunque no tiene sentido que haya cambiado su objetivo, si asumimos que va detrás de Connor —

—Para mí si tiene sentido, es decir. Normalmente duele más cuando le hacen daño a tus seres queridos —.

También tenía sentido para ella, pero no quería asustarlo.

—Connor lleva enamorado de ti desde mucho antes de ir a Grecia, sin embargo allí aquella voz lo amenazó a él. Y me da que intentó obstaculizar la divinización de Herácles también —.

—Aún no puedo creerme que alguien como Connor esté interesado en mí —.

Ella resopló, se acercó hasta él y puso su mano sobre su hombro.

—Los mortales se suelen creer muy especiales cuando un dios está interesado en ellos, no eres el primero. Pero los dioses no son tan distintos de nosotros, de hecho suelen estar más jodidos de la cabeza —afirmó—. Son inmunes a las enfermedades del cuerpo, pero no de la mente. Connor es afortunado de tenerte, todos lo somos —

Reprimió sin éxito una pequeña lágrima.

—Gracias —significaba mucho para él que le dijese algo así—.

Ella lo abrazó.

—Qué tonto eres...—.

Oliver se hizo algo para comer, un salteado de verduras, del que se aseguró usar toda la bolsa. Dodo siempre tenía hambre, no quería tener que ponerse a hacerle algo una vez se hubiese sentado.

Comieron en calma y se sentaron frente al televisor, aunque solo prestasen atención a sus móviles.

—¿En qué piensas? —preguntó Oliver—.

—En muchas cosas...—.

—Entre ellas Essián —.

—Tú siempre tan observador —.

La joven acomodó sus piernas elegantemente hacia un lado, como lo haría la dama más refinada. Oliver supuso que aquellos modales habían estado con ella desde su infancia, pero no dejaba de parecerle curioso el hecho de que lo que nos inculcan de pequeños se queda con nosotros toda una vida. Aunque esta durase más de dos mil años.

Dejó el móvil sobre la mesa y se puso cómodo.

—Anoche parecía que estabas lista para contarme lo que había dentro del vial —le recordó él—.

—Es la parte que me hace poder enamorarme, mi corazón, por decirlo de alguna forma —resumió ella. No quería extenderse demasiado—.

—¿Cómo es eso posible? —.

Afrodita le contó a su hijo el proceso que se usaba para convertir a un mortal en un oráculo y este se lo contó a Dodo. Al parecer Zeus creyó conveniente que los oráculos no se enamorasen de nadie para de esa forma nunca perder el interés por la posición en la que se les ponía por lo que con la ayuda de Afrodita hizo esto posible. Esta estaba muy arrepentida y le prometió a Delfos que liberaría los corazones de todos los oráculos.

—A los oráculos se nos quita esa capacidad para que seamos siempre productivos, sin deseos carnales o amorosos no abandonamos nuestro puesto —le contó—. Aunque eso no impidió que yo abandonase el mío...—

—E intuyo que no has roto ese vial —.

—Intuyes bien —.

—¿Por qué no lo haces? Amar es importante, es una parte fundamental de ti, de todos —.

—Otro como Connor... —se quejó—. Pues quizá lo sea, pero ¿puede alguien entenderme? Me da miedo —

—¿Qué te da miedo exactamente? —.

—Imaginate que... que no puedes oír durante toda tu vida y un día puedes —le pidió—.

—Tendrás que adaptarte, pero...—.

—Era un mal ejemplo —admitió rápidamente—. Lo que quiero decir es que no sé cómo va a ser volver a estar completa, quizá sea demasiado doloroso. He perdido muchas cosas en la vida, ¿y si de repente vuelvo a estar de una pieza y no soporto el dolor de mi corazón? Separarme de mi primer amor ni siquiera se me hizo difícil, ¿y si ese dolor me está esperando a la vuelta de la esquina? —

Eran miedos a tener en cuenta, no podía negarlo. Aunque no dejaban de ser un obstáculo que debía de superar.

—De acuerdo, ahora sí te entiendo —admitió—. Es una situación complicada —

—Lo es —.

—Pero cuánto más lo alargues peor será, si en verdad se acumula el dolor en tu corazón siempre va a ir a más. El dolor será peor si esperas un año, diez u otros mil —.

Ella se encogió de brazos, su pragmatismo y su practicalidad a veces le sacaba de quicio.

—Me molesta que seas tan listo, ¿te lo he dicho ya? —.

Él se rió.

—¿Dónde está el vial? —.

—Lo he escondido, en casa —.

—Y barajas la posibilidad de romperlo por Essian —intuyó—.

Dodo le confesó la noche anterior que este sentía algo por ella, se lo dijo en Grecia, antes de que se separasen.

—¡Yo no he dicho eso nunca! Essián y yo solo eramos amigos y quiero verlo de nuevo para saber cómo está —le explicó—.

—Ni tú misma te lo crees...—.

—Bueno, ¿qué harías tú? —.

—Romper el vial, pasar la fiebre y volver a estar como nuevo —.

Ahí estaba esa practicalidad de nuevo.

—Qué fácil es desde fuera...—.

—No lo pienses, hazlo. La próxima vez que tengas el vial a mano apriétalo con todas tus fuerzas entre tus dedos, y ya está —.

—Y si... —.

—Eres inmortal, sobrevivirás —.

—El concepto de inmortal no es siempre perpetuo, Connor es inmortal y podría morir si su hermano acaba matando a Sergio. Tu dolor lo mataría —.

La cara de Oliver se descompuso.

—¿Cómo dices? —exigió saber—.

—Creo que he metido la pata...—.

Dodo tuvo que contarle a Oliver sobre la profecía que había tenido, la última parte de la misma indicaba que Connor se encontraría con Hades en el inframundo si Anteros tenía éxito en su misión.

—¡Yo os di la pista! —recordó Oliver. Fue él el que señaló que “el ladrón de la flor más valiosa” debía de ser Hades. Fue durante una conversación que tuvieron mucho antes de embarcarse en su viaje a Grecia—. Y me lo habéis ocultado todo este tiempo —

—Connor no quería preocuparte —se justificó ella—.

—Es una información relevante, creo yo —.

—Oliver, todo va a salir bien. Tenemos todos los medios para que así sea —.

—Sois increíbles...—.

Se levantó y se fue a la cocina, se puso a preparar un té, llenó el calentador de agua y lo conectó a la red eléctrica.

Estaba más que ofendido, se suponía que Connor no guardaría más secretos para él, este se lo había prometido y le había mentado a la cara. Y para colmo la información que le ocultaban era potencialmente mortal.

—¿Estás muy enfadado? —quiso saber ella—.

—Sí —.

—Creo que me subiré a casa —.

Oliver no respondió, quería estar solo, beberse un té bien caliente y no tener que decir una palabra más. Sobre todo porque se conocía y no quería decir algo de lo que se arrepintiese.

Anteros caminaba por el mercado nocturno de Aracne como si el mundo fuese suyo, pese a que sus habilidades sobrenaturales estuviesen bloqueadas. A su hermano no dejaba de sorprenderle la prepotencia y la altanería que tenía, incluso en ese escenario.

—Mira por donde vas —le soltó Anteros a un hombre que casi chocó contra él—.

—Puedes no buscar pelea? —le pidió su hermano cuando el individuo siguió andando

de mala gana—.

—Que mire por donde anda —.

—Tú siempre tan simpático...—.

El repiqueteo de las campanas sobre la puerta de la tienda de Aracne anunció su presencia, como la ocasión anterior.

—¿Aquí venden aparatos móviles? —preguntó Anteros—.

—No, ¿y para qué demonios quieres uno? ¿A quién vas a llamar? —.

—Asumes que no tengo amigos —.

—Déjame hablar a mi, olvida eso ahora mismo —.

La dependienta de la vez anterior se encontraba tras el mostrador, en esta ocasión lo reconoció al instante.

—Buenos días, ¿qué puedo hacer por vosotros? —preguntó—.

—¿Tu jefa está aquí? —dijo Connor—.

—Dime qué necesitas, quizá pueda atenderte yo misma —.

—Tengo que purificar un objeto —.

—¿Maldiciones, venenos, magia...? —.

—Veneno de gorgona —soltó Anteros—.

—Si pudiese hablar con tu jefa... —le pidió de nuevo Connor—.

—Está de muy mal humor, no os lo recomiendo. Pero como quieras —.

Aracne apareció tras ella.

—¿Ha llegado uno de mis mejores clientes y no me avisas? —se quejó—. Vaya día llevas —

—Estaba a punto de hacerlo —.

—Quitate de mi vista, que solo me das disgustos —le dijo—. Limpia los estantes del fondo de la tienda, que están llenos de polvo —

—Sí, señora —.

Connor vio cómo esta le dedicó un gesto de desgana cuando se alejaba.

—¿Y bien? Vienes a venderme una de tus flechas de nuevo? —preguntó ella—. Por que estoy interesada —

—No —aquella no era una acción de la que se enorgulleciese—. Necesito purificar un anillo que ha sido infectado o maldito o envenenado, no estamos seguros al cien por cien —

—Tiene veneno de gorgona, sí lo sabemos —volvió a afirmar Anteros—.

—No sabemos si es lo único que tiene, hermano —aclaró Connor—.

Ella le dedicó una sonrisa irónica, había acudido a ella para encerrar a aquel hermano.

—¿Hermano? Qué sorpresa —.

—Sí —dijo Connor con desgana—. ¿Tienes algo? —

—Pues se me ocurre una vieja pócima que es capaz de purificar lo que sea, pero no es muy barata —.

—¿Vendes algo barato, Aracne? —.

Ella se encogió de hombros.

—Soy una empresaria, vivir es tan caro hoy en día —.

—¿De qué se trata? —.

—De una receta purificadora de la misma diosa de la hechicería —le aseguró ella—.

Es tan poderosa que purificará lo que sea que se sumerja en ella, al ser un anillo no tendréis que comprar mucha cantidad —

—Qué maravilla, ¿y bien? —.

—Trescientos mil —pidió ella—.

Habría pagado todo lo que tenía en el banco por aquella solución.

—Bien, dámelo —.

—¿No vas a regatear? —.

Connor no podía deshacerse de aquel anillo, era importante para él. En ese tipo de casos le importaba poco gastarse el dinero que fuese.

—No, no estoy de humor —.

—Te lo dejaría mucho más barato a cambio de otra de tus flechas —propuso ella—. Incluso podría regalártelo...—

—Eso no volverá a pasar —la cortó él—.

—¿No puedo hacerte cambiar de opinión? —.

—Intuyo que ya la has vendido, y que tu margen de beneficio fue bueno —comentó Connor—.

Una gran sonrisa que mostraba una infinidad de dientes pequeños y afilados hizo que Connor sintiese un escalofrío.

—¡Fue maravilloso! Una misteriosa compradora me la compró poco después de irte tú aquel día —.

Le importaba poco aquella historia, quería regresar a casa junto con Oliver.

—Con tarjeta, por favor —pidió—.

—¡Chica, ven a cobrar! —gritó la mujer—. No me llevo bien con la tecnología —

—¿Aquí vendéis aparatos móviles? —preguntó Anteros—.

—¿Móviles? —.

—Lo compraremos antes de llegar a casa, Anteros —le aseguró su hermano. Su paciencia se agotaba—.

La dependienta cobró el importe acordado y preparó una bolsa y una caja especial para guardar la mercancía. La misma Aracne se encargó de sacar la poción de una de las muchas cajas fuertes de su tienda, esta en concreto estaba en el suelo, junto a la caja registradora.

Vertió el contenido de una garrafa de cinco litros dentro de un termo de tamaño medio. A Connor le pareció la cosa más cutre que había visto nunca, que almacenase una poción en una garrafa de plástico reutilizada era todo lo opuesto a la elegancia, pero no dijo nada. Lo importante de aquel líquido es que funcionase.

—Listo —zanjó ella—. Sumerge el objeto en la poción hasta que este se torne negro, después de eso debes deshacerte del líquido restante —

Connor seguía dándole vueltas al hecho de que había alguien tras ellos y no tenía ni idea de quién podía ser. La única pista que tenían es que probablemente sería una mujer con la capacidad de cambiar su edad, o al menos era lo que creía.

—¿Tenía los ojos violetas? —preguntó Connor. Se refería a la compradora de la flecha que le había vendido—.

Aracne lo pensó, no solía desglosar los detalles de sus compradores pero le pareció un detalle inofensivo.

—Sí... era un rasgo curioso —.

Anteros puso la mano sobre el hombro de su hermano antes de que se dispusiese a irse.

—¿Tenéis amuletos protectores? —preguntó—.

La cara de Aracne se iluminó, tenía de todos los colores y tamaños. Hacerlos era barato y el margen de beneficios abismal.

—¡Un montón! —exclamó ella—. ¿De qué queréis protegeros? ¿Fuego, electricidad, el

tiempo? ¿Clamidia? —

Este no tenía ni idea qué era eso último.

—Pues...—.

Connor se giró para mirar a su hermano.

—¿Tienes acaso dinero? —le preguntó—.

Sus palabras no le restaron urgencia.

—Lo pagarás tú, por supuesto —afirmó—.

—No necesitamos amuletos protectores —le aseguró Connor a Aracne—.

—¿Cómo protegerás al mortal? —quiso saber él—.

—¿Ahora te importa Oliver? —.

—No por voluntad propia —reconoció entre dientes—.

—Puedo dejárselo a buen precio —comentó ella—.

—No, gracias —.

—¿Es porque ha sido mi idea? —se quejó Anteros—. No recordaba que fueses tan orgulloso —

—El único al que le consume el orgullo es a ti —.

Aracne parecía entretenida por aquella discusión entre hermanos, sin embargo a Connor le avergonzaba tener que hablar así a su hermano frente a extraños.

—Nos vamos, gracias —le dijo Connor—.

—¡Volved pronto! —.

Anteros lo increpó al salir, dándole un golpe en el hombro. Le parecía que comprar un amuleto era lo más apropiado en esos momentos y no entendía cómo su hermano se había negado.

—¿No amas a ese mortal o qué? —le increpó—.

—Ese mortal tiene nombre —le respondió mientras caminaba rumbo a la salida—.

—Si le pasa algo será tu culpa —.

Connor se detuvo.

—¿Como sucedió las dos veces anteriores? ¿Es lo que quieres decir? —.

—Yo no he dicho eso —.

—Vamos a comprarte el maldito teléfono móvil, quiero regresar a casa junto a Oliver —dijo, emprendiendo el paso de nuevo—.

—Lo quiero como el tuyo —pidió Anteros antes de llegar al portal que los transportaba al otro lado—.

—Claro que sí, ¿algo más? —.

—Y una funda protectora —.

—Perfecto —soltó, antes de dar un paso dentro del espejo—.

Capítulo 8

Mi gozo en un calabozo

Todo iba sobre ruedas cuando salieron de la tienda de móviles, Anteros parecía complacido por haber conseguido un modelo superior al de su hermano. Aunque no supiese lo que significase. Entonces un grupo de jóvenes salieron de la nada e intentaron robarles a punta de navaja.

Anteros no tardó en liarse a golpes con los cuatro individuos, los derribó a todos de un único puñetazo pero estos seguían levantándose y volviendo a por más. Para su desgracia este era un experto en peleas cuerpo a cuerpo, las armas de corto alcance no suponían un ningún problema para él.

—¿Puedes dejar de pegarles? —pidió Connor—. Ya les ha quedado claro —

—¡No! —gritó—.

Vio como uno de los individuos metió la mano en un contenedor de basura, buscando algo.

—No pienso meterme...—se dijo hasta que vio lo que uno de ellos había sacado de la basura—. ¡El enano vuelve! —le advirtió—

Acababa de decir que no iba a meterse pero no podía permitir que golpearan a su hermano por la espalda con una barra de hierro, así que cuando corrió hasta ellos lo único que pudo hacer fue recibir el golpe en su lugar.

—¡Jódete, friki! —exclamó el hombre que lo acababa de golpear—.

Anteros agarró la barra antes de que volviese a usarla contra él y la usó para golpearlo tan fuerte que perdió el conocimiento. Cuando se vinieron a dar cuenta los servicios de emergencia y la policía ya se encontraban allí. Y un gran tumulto de gente los rodeaba, grababan vídeos y echaban fotos.

El golpe le había hecho una herida particularmente profunda a Connor sobre el ojo izquierdo y tenía toda la pinta de que no iba a curarse en breve.

—Necesitas puntos —le indicó la mujer que lo atendió—.

Podía notar un gran dolor palpitante sobre el ojo.

—¿No pueden dármelos aquí? —

—Es mejor que acudas a un centro de salud —.

Uno de los policías se acercó hasta ellos, ya había tomado declaración a dos de los cuatro individuos, los que habían recuperado la conciencia.

—Me temo que tendréis que acompañarme a comisaria —les dijo él—. Tengo que tomaros declaración y los forenses tendrán que hacer fotos —

—Agente, pensaba acercarme más tarde...— empezó a decirle Connor—.

—Insisto, son criminales con antecedentes. Si los dejamos en la calle no tardarán en delinquir de nuevo —le dijo poniendo su mano sobre su hombro, este se mostró dolorido por el toque—.

Anteros interpretó aquel gesto como una agresión, así que no tardó en golpear su brazo para que retirase su mano.

—Ha dicho que no, no lo toque —le pidió—.

El policía era dos cabezas más bajo que él, pero no se mostró intimidado, solo molesto.
—Identificación —.

Connor suspiró, sabía que algo así acabaría por suceder y su documentación no estaba al día. En su carnet de identidad ponía que había nacido hace casi cincuenta años, edad que no aparentaba. Y en cuanto a su hermano, él ni siquiera tenía documentación.

—Estáis detenidos por obstrucción a la justicia y por posible falsificación de documentos —le indicó el policía tras ver el carnet de Connor—.

—Puedo contigo —le advirtió Anteros—.

—¡Anteros! —le reprendió su hermano—. Por favor, no hagas las cosas más difíciles, haremos lo que el agente diga —

—¿Por qué?! —.

—Discúlpelo agente, sigue nervioso por la pelea. Creo que se ha dado un golpe fuerte... —.

—Acompañadme, y le advierto que como vuelva a ponerme una mano encima tendremos un problema mayor —.

Ambos acabaron encerrados en un calabozo a espera de un juicio rápido por faltas leves y agresión. Anteros no tenía identificación por lo que él se enfrentaba también por entrar al país de forma ilegal. Intentaron inculpar a Connor por falsificación de documentos pero todo parecía estar en regla, pese a que no aparentase la edad que indicaba tener. El policía que los atendió en la escena del crimen fue lo suficientemente amable para no añadir resistencia a la autoridad.

Connor usó su única llamada para llamar al contacto que solía facilitarle la documentación necesaria para vivir en el país, una tarjeta sanitaria y un documento de nacionalidad. Tuvo la cortesía de pedirle a su contacto que lo pusiese como su hermano, ya que este se dirigía a él como “hermano” en todo momento. Así que esperaban que la documentación llegase antes de la noche o Anteros la pasaría allí y sería deportado al día siguiente.

Por suerte para Connor había trabado durante más de un milenio con su contacto y no se aprovechó de su urgencia.

—Quítame estos brazaletes y saldremos de aquí en un santiamén, derribaré la pared de un puñetazo —le aseguró Anteros—.

Estaban solos en la pequeña celda, en la planta baja de la comisaria, aunque había otras como esa que sí estaban ocupadas.

Su hermano dio un golpe sobre el incomodo banco de metal donde se encontraban sentados, cada uno en un extremo.

—¿Sabes qué? Me tienes harto —soltó—. Así no es como funciona el mundo, vivir entre los humanos tiene sus reglas —

—Yo no sigo reglas de mortales —.

—¡Sí, tú eres mejor que todo el mundo! ¿Cómo olvidarlo? —.

—Que ellos sí —.

—Mira, cállate. No quiero oírte —.

—Te hicieron daño, por eso tuve que ser más duro con ellos —le dijo—.

Se había cebado con el chico que lo había empujado, al que lo había golpeado con la barra de metal le había dejado la cara irreconocible. Connor quería con todo su ser entender sus acciones, así como entender el hecho de que “lo hacía por él”, pero estaba en contra de la violencia.

—¿Debo dar las gracias? Podrías haber parado después del primer golpe y no nos veríamos aquí —le dijo—. No sabes la de filigranas que he tenido que hacer para que mi contacto traiga tu documentación —

—¿El honor no es importante para ti? —

—Anteros... es agotador hablar contigo. Vives anclado en el pasado, somos de dos mundos distintos. Y estas cosas solo me hacen recordar por qué me fui —admitió sin fuerzas—.

—¿Estás más cómodo entre los mortales que entre los tuyos? —

—El mundo de los mortales tampoco es justo, pero es más justo que el sitio del que venimos. Allí la gente como nosotros comete actos horribles con total impunidad. Prefiero este mundo, llevo viviendo miles de años en él y me parece mucho mejor —.

Anteros gruñó ruidosamente, como un animal, le costaba expresarse con claridad, las palabras no eran su punto fuerte.

—A mi también me cuesta entenderte, creía que te conocía muy bien y desde que hemos vuelto a encontrarnos eres una persona distinta —le dijo con tono de reproche—.

—Me lo tomaré como un halago —.

—Y ese tono condescendiente que usas conmigo —señaló—. Tampoco me gusta —

Connor reprendió la necesidad de seguir quejándose, era cierto que usaba un tono condescendiente con él pero cómo no hacerlo cuando todo lo que salía de su boca eran tonterías sobre el honor, la raza o una retorcida justicia.

—¿Recuerdas cuando nos peleamos con el hijo de aquel rey tan ostentoso? —le preguntó Anteros tras un corto silencio—.

—Era una bacanal que presidía Baco, nos colamos sin permiso —recordó—. El vino de Baco era el mejor que habíamos probado nunca —

—Noquéé a una docena de sus hombres cuando intentaron echarnos —.

—Sí... —.

—Guardo esos recuerdos... conmigo —confesó, arrepintiéndose de la palabra que quería a usar—.

Connor resopló, no podía odiar a nadie y mucho menos a su hermano. Algunas de las acciones de Anteros le llevaban a pensar que lo quería, a su manera, pero lo hacía.

—Dijiste que te había defraudado —recordó Connor. Fue algo que mencionó unos días atrás. Aún no lo había olvidado —.

—¿Ahora quieres hablar de eso? ¿En un lugar como este? —.

El dios del amor prometió a su madre el tratar de entender a su hermano, esta le había asegurado que Anteros lo estimaba, y pese a lo irrisorio de aquella información sabía que su madre no mentía. Nunca lo hacía.

—Es un momento tan bueno como otro —.

Aceptó aquella premisa.

—¿Cómo crees que me sentí cuando me abandonaste? —le preguntó—.

—¿Cuando te abandoné? —preguntó incrédulo—.

—Un día te fuiste sin decir adiós, lo dejaste todo atrás. Incluido a mi, sin ni tan siquiera despedirte o dedicarme unas palabras —.

—Nuestra relación estaba rota desde hacia mucho tiempo, Anteros. No creí que fuese necesario —.

—Somos hermanos, ¿eso no significa nada para ti? —.

La familia no significaba lo mismo en el lugar de donde venían, pero algunos de los

dioses sí tenían un concepto de familia similar al que se conoce en la actualidad.

—No hay quien te entienda, te molesta que me fuese sin despedirme pero te reíste en mi cara por llorar la muerte de Icarión —le reprochó—.

—Me equivoqué —admitió solemne—. No era lo que sentía, me arrepentí en el momento en el que lo dije —

Connor se tomó un momento para procesar cómo su hermano admitía su parte de culpa. Este era igual que su padre, incapaz de admitir un error o disculparse.

—Sí, te equivocaste —dijo a media voz—. Pero de eso hace mucho, está olvidado...— dijo, perdonándolo—

Anteros agradecía las palabras de su hermano.

—Te esperé, no sé cuánto tiempo lo hice por que allí... era difícil de medir. Pero nunca regresaste —.

—¿Por eso cruzaste el portal? —.

—Lo crucé hace más de cinco años, he intentado dar contigo todo este tiempo sin éxito. Nadie sabía dónde estabas —.

El paradero de Connor y el de Dodo había sido un secreto durante siglos, ambos podían ser objeto de la ira de muchas personas.

—Habría preferido que nuestro encuentro no me hubiese puesto en una posición tan difícil, sinceramente —.

—Yo también...—admitió su hermano—. ¿Qué dijo Afrodita? —

Él y su hermano no habían hablado en detalle del viaje que habían hecho a la antigua Grecia, pero Dodo había mencionado más de un dato en su presencia.

—Mamá me pidió que intentase entenderte, solo eso —le dijo, no tenía necesidad de mentir—.

—Es como tú —sentenció. Agradeció que no lo hubiese dicho nada más—. Para vosotros es tan fácil no guardar rencor, embriagaros en un amor que el resto simplemente no podemos evocar. O entender —

Connor apoyó su cabeza sobre el destartado ladrillo visto de la pared, observando a su hermano. Este lo miró con honestidad, quizá queriendo decir cosas que no se atrevía a decir.

—Te entiendo, entiendo cómo te sientes —afirmó el dios del amor—.

—¿Por tus habilidades? —.

—No —respondió señalando sus brazaletes—. Al ponerte los brazaletes sellé mis dones también, por eso tengo esta cicatriz en la cara y un dolor de cabeza de campeonato —

Ver a Connor herido no era de su agrado, se había preguntado más de una vez cuando empezaría a sanar la herida que tenía—.

—¿No había otra forma? —.

—Estaba desesperado, acepté lo que me dieron —.

—Entonces... ten cuidado —.

Connor le dedicó una pequeña sonrisa.

—Eso debería decírtelo yo, soy tu hermano mayor —.

La pesada puerta que daba paso a la planta chirrió ruidosamente y un policía se acercó hasta su celda.

—Connor Lovejoy, tiene una visita —anunció con desgana—.

—¡Hola! —dijo el chico frente a él—.

—Hola, Ely —.

Ely era un dios moderno, Connor no entendía por completo cuál era su cargo pero sabía que había nacido de la tecnología moderna y que era capaz de hackear cualquier cosa. Aunque a simple vista pareciese el hijo adolescente de alguien.

—Os daré cinco minutos, el juicio está a punto de empezar —les dijo el policía—.

Después de marcharse sacó una carpeta de piel donde había guardado todos los documentos falsos que había creado, unos que tendrían la misma validez que unos reales.

—Te haré una transferencia apenas salga de aquí, te lo prometo —le aseguró Connor—.

—No hay prisa —le aseguró—. No se te ve muy bien —

—He tenido días mejores...—.

—El que le pegó está mucho peor —comentó Anteros desde su asiento—.

—Está bien saberlo...—dijo—. Bueno, tengo un millón de cosas que hacer, así que me voy —

—Pronto te contactaré de nuevo, tengo que actualizar mis datos, entre otras cosas —.

—Bien, ya sabes cómo contactarme —.

—De acuerdo, gracias —.

Ely le extendió la mano y Connor le dio un apretón, después se marchó por donde había venido.

—¿Ander Lovejoy? —leyó mirando su carnet de identidad—.

—Es mi apellido aquí, no has dejado de llamarme hermano. Si somos hermanos tienes que tener mi apellido —le dijo Connor—. ¿Algún problema? —

—No... —respondió ocultando una sonrisa, admirando su foto sobre el trozo de plástico—.

La documentación no solo era un trabajo excepcional sino que eran una obra de arte, Ely había usado la misma foto que le habían hecho en comisaría al detenerlo, con un ligero retoque fotográfico. Así como sus huellas, de esa forma cuando volviesen a revisar sus datos se darían cuenta de que siempre habían estado allí.

—¿Por qué estas tan serio? —quiso saber Anteros—.

—Usé mi única llamada para salvarte el culo, Oliver estará súper preocupado. Son las seis de la tarde y salimos antes del mediodía —.

—El oráculo habrá visto donde estamos —.

—Quizá —respondió escuetamente—.

El juicio acabó por aplazarse al día siguiente, así que les dieron la opción de pagar una fianza y los dejaron salir.

Al llegar a la calle que llevaba a su casa se encontraron con que estaba cortada, una multitud de personas se arremolinaban frente a la puerta de su portal. Algunas de ellas con cámaras profesionales en sus manos.

—Genial —soltó Connor. No le costó unir las piezas—.

—¿Qué pasa? —.

—Tenemos visita —.

Capítulo 9

Una estrella del pop

Dos guardaespaldas del tamaño de Anteros esperaban en la puerta de Oliver, así que intuyó que no se encontraban en su casa.

Tocó a la puerta y esperó. Oyó como alguien al otro lado giraba la mirilla para mirar de quien se trataba y luego quitaba el candado de la puerta.

—Eres tú —soltó, primero con alivio y luego con cara de pocos amigos—. Contento me tienes —

—Dejé la llave que me diste aquí... —le dijo entrando y cerrando la puerta tras él—.

—¿Dónde diantres has estado? —preguntó—. ¡¿Y qué te ha pasado en la cara!? —preguntó con más urgencia—

—¡Connor mira quien ha venido! —exclamó Dodo desde el salón—.

Un Essian con un aspecto totalmente distinto lo saludaba desde el otro extremo de la sala, su cabello estaba rapado y pintado de color rosa y su ropa era cara y estrafalaria. Y Connor sabía sobre eso.

—Nos ha costado llegar al portal —le dijo Connor, extendiéndole la mano, este se la apretó con la misma sonrisa facilona que siempre tenía en la cara—.

—Paparachis, no me dejan vivir —.

—Ya veo, ¿y cómo tú por aquí? —.

—Bueno...—.

Dodo intervino, ella y Essián habían estado hablando durante horas. Oliver también se alegró de verlo, pero no tardó en sentirse como la tercera rueda y se dedicó a hacer la colada y ordenar un poco.

—Se moría por ver de dónde veníamos, y como no pudo pasar por el portal salió de la burbuja —le explicó—. Y dejame decirte que ha tenido una vida intensa —

—La vida del artista...—soltó Essián—.

—Tienes que contarle sobre Miguel Ángel —le pidió ella—.

—Conocí a Miguel Ángel, un enano barbudo con mucho talento y mucha más mala baba —.

Connor también había conocido a un buen puñado de figuras célebres a lo largo de la historia, aquello no le impresionaba lo más mínimo.

—Suena interesante —.

—¡Lo es! —exclamó su amiga—. Ah y nos ha invitado a cenar esta noche —

—Mañana tengo que salir si quiero llegar a Texas, así que no he podido avisaros con antelación. Solo tengo libre esta noche —.

—Dodo, ¿por qué no vas tu sola? Yo ya tengo planes con Connor —propuso Oliver—.

—¿Los tenemos? —preguntó Connor—.

—¡¿Lo has olvidado?! —se quejó Oliver, le guiñó un ojo y Connor asintió torpemente —.

—Ah, sí... —.

Eran horribles mintiendo, pero Dodo no parecía haberse dado cuenta.

—¿Habláis en serio? Tenemos que ponernos al día —dijo ella—.

—Pero tendremos ocasión de hacerlo en otro momento —le aseguró Connor—. Seguiremos en contacto —

—¿Salimos entonces? —preguntó Essian a Dodo—.

—Tengo que cambiarme...—.

—Así estas bien, perfecta —.

—Bien, pues vamos —aceptó—. ¿Seguro que no queréis venir? —

—Yo quiero comer —soltó Anteros—.

—Tú sola presencia me irrita —le dijo ella—. No te estaba incluyendo a ti — Connor intervino.

—Nosotros nos encargaremos de él, aunque no he olvidado que me debes otros cuatro días de ser niñera...—le dijo Connor—.

—Que sí, vamos Essián —.

La marabunda de gente desapareció poco a poco cuando Essián se metió en la limusina que vino a recogerlo, y en poco más de diez minutos volvió a ser la misma calle de siempre.

—Ahora dime qué diantres ha pasado —le exigió saber Oliver—. He estado muy preocupado —

—Pues...—.

—Dodo vio como entrabais por la puerta en algún momento de la noche, por eso no me ha dado un infarto. Pero estuve a punto de tenerlo —.

Saber que alguien es inmortal añade cierto grado de tranquilidad a una persona, sobretodo si te preocupas por ella. Que Connor fuese prácticamente un mortal traía inquietud a Oliver, y aún más cuando hay alguien que quiere hacerle daño.

—Lo siento, ocurrió un imprevisto —le explicó Connor—.

—Fue mi culpa —zanjó Anteros, y se sentó en el sofá—. ¿Qué hay para comer? —

—¿Me extraña? No —.

Connor siguió a Oliver hasta su habitación, este cargaba una cesta de ropa limpia que pretendía doblar. Se había entretenido con labores del hogar mientras Dodo y Essián se ponían al día.

—¿Me perdonas? —le preguntó Connor—.

El enfado se le había pasado en el momento en el que lo vio entrar por la puerta.

—Solo por esta vez —.

—¿Soy afortunado? —preguntó abrazándolo por atrás—.

—Puede —.

—Lo soy —.

—Puedo sentir el móvil en tu bolsillo, Connor. Siéntate en la cama o no acabaré nunca de doblar —.

—Mi móvil está en el bolsillo de atrás —le dijo al oído—.

—Lo suponía...—.

Connor le contó lo que había pasado, desde el viaje al mercado nocturno tras el espejo hasta la pelea callejera que los llevó a ser detenidos por la policía. Encontrarse un atracador en Nueva York era bastante común, pero a Oliver le olía mal, como si las estrellas se hubiesen alineado para que todo lo que podía salir mal, saliese mal.

—Me preocupa la herida que te han dejado —señaló Oliver—. No tiene buena pinta —

—¿Temes que pierda mi atractivo? —preguntó en tono de broma—. Una cicatriz puede darme un aire de misterio...—

Oliver sonrió, si pudiese elegir elegiría que perdiese por lo menos un treinta por ciento de su atractivo, de esa forma solo sería el doble de bello que él y no se sentiría tan pequeño a su lado. Reconocía en esos pensamientos cierto sentimiento de inferioridad, pero no podía evitarlo.

—Idiota —dijo besándolo—.

—Me moría por regresar a tu lado —confesó—.

—Y yo porque estuvieses bien —respondió Oliver—. ¿Cuando vas a purificar el anillo? —

—Pues ahora mismo, el termo que del que te he hablado está en la bolsa que traje conmigo —.

—Hagámoslo entonces —.

Anteros hacia zapping, intentando no escuchar la conversación que tenían. Saber que su hermano no podía ver su aura y por ende saber cómo de miserable se sentía cuando oía cómo se besaban le hacia sentir un poco mejor.

—Tengo hambre —les volvió a decir cuando cruzaron el salón hasta llegar a la cocina —.

—Aún no es la hora de la cena, no seas pesado —le dijo su hermano—.

—Pues dame un refresco —.

—Puedes ir a cogerlo tú —le indicó Oliver—. No somos tus esclavos —

Este aceptó la oferta y se levantó rumbo a la cocina. Oliver trajo el vaso donde había echado Dodo el anillo, seguía igual, emitiendo una fuerte e invisible energía sobrenatural. Connor destapó el tapón del termo y vertió su contenido en el vaso. El anillo empezó a soltar burbujas hasta que el liquido verde se tornó completamente negro, y el olor de este había cambiado de un ligero olor a flores a un aroma horrible a pescado podrido.

—¿Habrá funcionado? —preguntó Oliver—.

Connor se llevó el vaso a la cocina y desechó el liquido por el desagüe del lavaplatos, luego lo limpió con agua y volvió al salón con él. Parecía completamente normal, no podía sentir nada negativo al tenerlo en la palma de la mano.

—Solo lo sabremos si me lo pruebo —le dijo Connor—.

Anteros saltó del sofá, dio un par de pasos y se lo quitó de las manos.

—Déjame verlo a mi primero —.

—¡Eh, devuélvemelo! —.

—Un momento —se quejó—.

Le dio la espalda y Oliver pudo ver cómo metió aquel anillo en su dedo meñique. Movié la mano y se lo quitó de nuevo antes de volver a girarse para devolvérselo a su hermano.

La concepción de Anteros que tenia empezaba a cambiar, una persona que se lanza a probarse un objeto potencialmente dañino para asegurarse de que su hermano no sufriese al ponérselo era encomiable. Pensó que quizá el tiempo que habían pasado juntos les había servido para conectar de nuevo.

—Toma, ya no huele a veneno —le dijo—.

—Gracias —respondió con retintín—.

Se acercó hasta Oliver y entonces lo metió en su dedo anular, no entró hasta el final pero no sintió nada negativo.

—¿Te sientes raro? —preguntó Oliver—.

—No, debe se haber funcionado —afirmó con una gran sonrisa—. Vuelve a ser lo que

una vez fue —

Oliver había visto cómo su humor se desplomaba al ver aquel anillo y lo que le habían hecho, estaba seguro de que le importaba. Al fin y al cabo había sido un regalo a Psique. El primer amor de Connor.

—Debes de estar contento —.

—Claro, ya no te puede hacer daño —.

—Pero era de Psique, debes de estar muy enfadado con la persona que lo robó —.

—Me gustaría saber quién se atrevió a cogerlo...—le dijo—. Pero no estaba enfadado solo por eso, temía por ti. Lo han mandado con la intención de hacerte daño, eso es lo que más preocupaba —

Aquel pensamiento le hizo sentirse como un idiota, sus celos no tenían sentido.

—Ah —.

—¿Sentías celos? —preguntó—.

—No —.

—¿Ni un poquito? —.

Oliver no había puesto nombre aun a los sentimientos que le causó ver cómo de ofendido estaba por aquel objeto que había sido de Psique, su primer amor. Pero a voz de pronto creyó que podía tratarse de celos, él era solo un mortal. El pensamiento de que lo más probable era que Psique lo superase en todo se instaló en su cabeza.

—No —.

—Si tuviese mis habilidades lo sabría —le aseguró—.

Era la primera vez que escuchaba que era capaz de “ver” los celos de una persona.

—¿También sientes los celos? —.

—Oh, sí y huelen fatal. Como cuando quemas madera de higuera o de adelfa —.

—Qué curioso... —.

Anteros intervino.

—¿Podéis hacer eso en otra habitación, o casa...? —.

—Estoy en mi casa —le recordó Oliver—. Y quita los pies de la mesa —

—Entonces me voy a la mía —.

—No es tuya, es mía —le recordó su hermano—.

—Somos hermanos, tu casa es mi casa —.

Connor le lanzó las llaves de su casa, él tampoco quería estar con él, prefería estar a solas con Oliver. Anteros las cogió al vuelo y se marchó sin más.

—La cárcel os ha cambiado, sobretodo a él —bromeó Oliver—.

—Era un calabozo en una comisaria de policía —.

—Sea lo que sea parece que ha sido positivo —dijo— ¿Lo vas a dejar irse sin más? —

—Ya es mayorcito —admitió encogiéndose de hombros—. ¿Y dónde va a ir? No tiene ni un céntimo y tiene hambre —

Oliver reprimió sin éxito una pequeña carcajada.

—Aún así pienso que no deberías dejarlo solo... —.

—Ya he pasado mucho tiempo a solas con él, necesito un respiro —.

Si Connor pensaba que estaba bien no iba a insistir, se encontraban a dos pisos de distancia, si sucedía algo se darían cuenta.

—Pedimos comida japonesa? —propuso Oliver—.

—Lo que sea, voy a ducharme. Huelo fatal —.

Él nunca olía mal, pensó Oliver. La noche que durmieron juntos pudo notar que su piel

desprendía un ligero aroma a flores.

—¿Vas a dormir hoy aquí también? —.

—Sí —dijo desnudándose antes de llegar al baño—.

Oliver fue detrás de él, cogiendo la ropa que tiraba.

—¡No pienso acostarme de madrugada como ayer! —.

—Eso ya lo veremos —.

—Lo digo en serio —le aseguró—.

Connor lo agarró de la cintura y tiró de él hasta el baño.

—Creo que a ti también te vendría bien una ducha —comentó—.

Este sonrió, no podía evitarlo.

—¿En serio? Huelo mal? —se quejó—.

—Hueles demasiado bien —zanjó Connor tirando de él y cerrando la puerta—.

Essian había alquilado uno de los restaurantes más populares en Nueva York para estar a solas con Dodo. Encontrarla de nuevo había agitado su mundo de nuevo.

—La cena ha sido maravillosa —admitió Dodo—. Cada plato —

La estrella del pop había previsto el apetito de su acompañante por lo que había una cantidad ingente de comida deliciosa. Que Dodo devoró.

—Tú eres maravillosa —.

Ella sonrió poco a poco para después sentirse incómoda, no sabía cómo reaccionar a eso. Normalmente le decían que era “una gata muy bonita”, y quien se lo decía no la miraba como lo hacía su interlocutor.

—Y hay buenas vistas...—observó ella—.

—No era mi intención hacerte sentir incómoda, lo siento —.

—No lo has hecho —mintió—.

Sirvió un poco de vino en su copa y en la de Dodo y le dio un pequeño sorbo. Ya habían hablado demasiado de cosas fútiles.

—¿Te gustó mi concierto? —.

—Fue emocionante, tenias al publico loco —.

—Pude oírte —reveló él—.

—¿Cómo dices? —.

—Llamar mi nombre, pude oírte. Por eso he sido capaz de encontrarte —confesó—.

Essian había aparecido en casa de Oliver sin previo aviso, él y Dodo habían hablado de muchas cosas pero lo que no se había parado a preguntarle fue cómo la encontró.

—Eso no es posible —se burló ella—.

—Fuiste la única que dijiste “Essian” —.

Este pedía en todos sus conciertos a su publico que gritase su nombre, lo hacía con la intención de un día poder oírla a ella.

—¿Las musas desempleadas tiene un oído sobrenatural? —lo alabó—.

—No, supongo que no —admitió—. Pero ya tuvimos esta conversación —

Dodo bebió todo el contenido de su copa de un solo trago, empezaba a sentirse nerviosa.

—¿Quieres hablar de eso? —preguntó ella—.

—¿Tú no? —.

Quería saber muchas cosas pero temía que las respuestas que le diese solo sirviesen para alejarlos de nuevo.

—¿Te llamas siquiera Essian? —.

—Es el nombre favorito por el que me he hecho llamar, sobretodo porque es el que es el que conoces tú. En tus labios suena como el nombre más bonito del mundo —.

—No sé cómo responder a eso...—.

—El primer nombre que tuve fue Lelanto, soy un titán primigenio del viento. Fui creado mucho antes que Zeus o cualquiera de los que vinieron después de él —.

Aquella rogatoria ni siquiera la había contemplado.

—¿Un titán? Creía que ya no existían —.

—Gea existe, todos lo saben —.

—Nadie la ha vuelto a ver o ha hablado con ella —señaló—.

El caso de Gea era un caso especial, a esta no le gustaba interferir en las vidas de sus hijos. Tenía su propia misión.

—Hay titanes encerrados en el tártaro, mis hermanos —le dijo—. No pude cruzar por el portal de Afrodita por ese motivo, fui creado mucho antes que los dioses —

La revelación la tomó por sorpresa, no sabía cómo sentirse—.

—Ah —.

—¿Decepcionante? —preguntó con una sonrisa triste—.

—Es una sorpresa, pero no sé si cambia algo —.

—No pude decirte quién era entonces porque supervisaba a Herácles con sus tareas, a petición de su padre. Juré no revelar mi identidad ni mi labor —.

Dodo recordaba la expresión en la cara de Essián cuando le pidió explicaciones, en aquel momento no supo leer entre líneas.

—El tipejo de los rayos siempre detrás de todo... —.

Essián levantó su mano y la puso sobre la de ella.

—Sigo enamorado de ti, lo he estado desde hace miles de años —.

—¿Puedo ser sincera? —preguntó poniendo su mano sobre la de este—.

—Sé todo lo que hay que saber sobre los oráculos y también sé que tienes el vial que contiene tu corazón —se adelantó a decirle—. Investigué un poco sobre el tema cuando te marchaste —

—¡¿Cómo demonios lo sabes todo?! ¿Qué pasa? —.

—Soy el titán de viento, puedo oír lo que quiera si pongo especial atención —.

—¿O sea que aunque susurre en un concierto lleno de cientos de personas puedes oírme? —.

Él se encogió de hombros.

—Claro, las palabras son producto del aire y ese es mi dominio. Pude oír cada conversación que teníais a escondidas cuando estábamos en Grecia —le dijo—. Por eso averigüé cuál era tu nombre, aquella chica que te paró lo mencionó, Mys —

Dodo se ruborizó, oír su nombre de nacimiento de sus labios la hizo sentir extraña.

—Creo que prefiero Dodo, lo he usado más tiempo...—.

—Los dos son preciosos —.

Esta se recompuso, no podía dejar que Essián la viese como una niña inmadura.

—Escuchar a los demás a escondidas es de muy mala educación —le regañó—.

—Herácles tenía que convertirse en dios, sino Connor se habría visto forzado a quedarse allí y eso te habría hecho infeliz —le justificó—. Tenía que estar alerta —

Exhaló una bocanada de aire, aliviada.

—Es un alivio saber que lo que nos ocultabas no es algo oscuro, ya tenemos suficiente con un misterioso enemigo —admitió—. ¿Sabes algo al respecto? —

—No, lo siento —.

—Bueno, mantente atento —.

—Lo haré —le dijo—. ¿Me darías una oportunidad entonces? Dejaré esta vida de súper estrella si no te gusta, solo lo he hecho para poder encontrarte. Ha sido un medio para un fin —

Quería responder que sí, lanzarse a la piscina, pero sabía que ese sentimiento no nacía de la fuente adecuada.

—Quiero responderte que sí, pero si sabes todo sobre los oráculos debes de saber que no puedo amarte —le explicó—. No de verdad, como te mereces —

—Lo sé, pero tienes tu corazón. Destruye el vial —.

Aquella resolución parecía sencilla para todos menos para ella.

—Eso no es tan fácil —.

—¿Por qué no? —.

—Me aterra que el dolor sea insoportable —.

Soltó su mano y se acercó, arrodillándose frente a ella.

—Te entiendo, pero... he esperado todos estos años para poder estar contigo. He hecho todo lo que ha estado en mi mano para que nos volviésemos a encontrar, ¿no nos vas a dar una oportunidad? —le pidió—.

Ella le sonrió, sus ojos se pusieron vidriosos.

—¿No te vale con esta versión de mi? —le preguntó. Se sintió ridícula al oírse a sí misma—.

—¿Una que finja estar enamorada para contentarme? No —respondió con calma—.

—Pues...—.

—No tienes que contestar ahora, piénsalo —le pidió, levantándose sin poder ocultar su decepción. Había imaginado tantas veces aquel momento que no pudo evitar sentirse miserable—.

—Me siento una persona terrible...—le dijo ella—.

—He esperado dos mil años para encontrarte, puedo esperar un poco más —le aseguró —.

—Acercate —Essián se acercó hasta ella—. Más —

Dodo tiró de su camiseta para que se pusiese a su altura.

—No tienes que hacer esto —le aseguró él—.

—Pero deseo hacerlo —afirmó antes de besarlo—.

Capítulo 10

La manzana dorada

Besar a Essián había sido placentero a muchos niveles, pero tal y como esperaba no la había hecho sentir nada en el estómago, esas famosas mariposas de las que todo el mundo habla. Ni si quiera recordaba cómo se sentía estar enamorada, simplemente recordaba haberlo estado.

—Debo de ser terrible besando —se excusó ella—.

—Ha sido casi perfecto —.

—¿No esperarás que usase la lengua? Es nuestro primero beso —.

Essián rompió a reír.

—Sería perfecto si te sintieses como yo, pero te aseguro que me ha gustado —le aseguró él—. Te llevaré a casa —

—Sí, ya es tarde...—.

Tuvo una visión, en ella se encontraba dentro del coche de Essián pero su presencia parecía estar distorsionada, esta parpadeaba y desaparecía como si se tratase de un fallo. Tras salir del vehículo se vio a si misma frente a la puerta de su portal, sorprendida por algo invisible.

—No puedo verte —dijo ella cuando volvió en sí. No era la primera vez que había tenido una visión de Essián. En la que tuvo firmando la nota que le entregó junto con las flores pudo ver su mano, pero esta se veía borrosa—.

—¿Cómo dices? —.

—No puedo verte en mis visiones, no del todo, no con claridad —explicó—. ¿Por qué?

—

Él se encogió de brazos, era la primera vez que oía algo así.

—Quizá se deba a que tus habilidades te las otorgó Zeus y yo soy más antiguo que él —caviló—. Como con el portal —

Aquella podía ser una pista para averiguar la identidad de la misteriosa anciana o niña de ojos color violeta que los acechaba.

—¿Crees que la persona que va tras Connor es como tú? —preguntó Dodo—.

—¿Un titán? No creo... mis hermanos están todos en el tártaro, sin excepción —le dijo

—.

—Joder... —.

—Pero hay formas de evitar ser visto por los oráculos —le aseguró—. Recuerdo un objeto llamado “el ojo de la serpiente del fango”, este animal es muy peligroso por su sigilo. Ni los dioses ni los oráculos pueden prever sus movimientos mirando en el futuro. Los objetos realzados a partir de uno de sus ojos otorgan esa habilidad al portador —

Era una habilidad que podía pasarse por alto, si no se molesta a la serpiente en su hábitat natural no tendrás problema. Pero crear un punto ciego en las habilidades psíquicas de quien fuese podía resultar letal.

—Quien esté detrás del anillo envenenado debe de estar usando un objeto similar —afirmó—.

—¿Qué has visto? ¿O qué no has visto? —.

—Me dejabas en la puerta de mi edificio y algo me sorprendía antes de poder llegar a entrar, pero no podía ver el qué —recordó—.

—Avisa a Connor —le urgió—.

—¿Para qué? —.

—Para que esté alerta —le dijo—. Yo mismo te llevaré hasta la puerta de tu casa, entraré contigo —.

Ella puso su mano sobre su pecho, le conmovía su preocupación pero no tenía miedo.

—No me pasará nada —afirmó con rotundidad—. Puedo defenderme yo solita —

—Lo sé —respondió. Tenía miedo a que aquella misterioso ser pudiese hacerle daño, estaba seguro de que no podía ser un titán, pero debía de ser alguien peligroso. Pocos necesitan ocultarse de las visiones, solo los más peligrosos—.

El chófer de Essián condujo hasta la casa de Dodo, esta ya había llamado a Connor para informarle de su visión por lo que se mantuvo en alerta, atento al teléfono móvil. Con un poco de sigilo quizá podrían pillar a quien pretendía encontrarse con Dodo.

—Ya ha llegado —le dijo Connor a Oliver—.

—¿Pero vas a ir por ella? —.

—Aún no lo sé...—.

El móvil de Connor vibró, Dodo le acababa de escribir un mensaje, en él decía que subía con Essián hasta casa. Así que se mantuvo tras la mirilla de la puerta de Oliver, para ver si alguien subía tras ellos.

—Ya deben de haber llegado —.

—Quizá estén... ya sabes —.

—El qué? —.

—Eres el dios del amor, ¿no puedes ver se gustan? —.

Sabía que a Essián le gustaba Dodo, más por el hecho de haber esperado tangos siglos para encontrarse por ella que por el hecho de haber visto su aura. Aunque no recordaba haber sentido nada en su presencia durante su estancia en la Grecia Antigua.

—A Dodo no le gusta —le dijo—.

Se equivocaba, pensó Oliver.

—Claro que sí —.

—Oliver, sabes que su corazón está en un vial —le recordó—.

—Quizá no pueda gustarle de una forma profunda pero sí le gusta —.

—¿Llamo? —preguntó sujetando el móvil—.

—Han pasado tres minutos, sí —.

Marcó su número y esperó unos instantes, el grito de una voz femenina llamando su nombre hizo que soltase el móvil.

—¡Dodo! —exclamó Connor—.

—Por las escaleras de emergencia! —le urgió Oliver—.

—Póntelo —le pidió ofreciéndole el anillo que una vez perteneció a Psique—..

—¡No! Corre a ver qué pasa —le volvió a urgir—.

—Oliver, ponte este anillo y no te lo quites bajo ninguna circunstancia —.

No quería ponerse el anillo que una vez perteneció al primer amor de Connor, era cuanto menos extraño.

—Pero... —empezó a decir. Connor dejó el anillo en la palma de su mano para que él lo cogiese—.

—Que lleves ese anillo es lo más importante del mundo, no me iré si no lo llevas —le aseguró—.

Aquello hirió un poco los sentimientos, que solo pudiese salir de allí asegurándose de que alguien custodiaba el anillo lo hizo sentir pequeño.

—¡Está bien! —gritó. Se puso en anillo y le enseñó el dedo de mala gana—. ¿Contento? Ahora ve —

Besó la punta de su nariz y salió disparado por las escaleras que había tras la cocina, estas subían hasta la cocina de su casa.

—Suéltalo —pidió Dodo—.

Una figura encapuchada agarraba el cuello de Anteros con unas horribles y arrugadas manos. Este se encontraba de rodillas frente a ella, luchando por soltarse de su agarre.

—¿Ves lo que pasa cuando uno no sabe su lugar? —le preguntó a Anteros mientras lo estrangulaba—.

—Revela tu identidad —ordenó Essián—.

La anciana soltó una carcajada aguda y chirriante, como el crujir de una vieja puerta azotada por el viento.

—Tú eres peligroso, pero eso no significa que no sepa cómo lidiar contigo —afirmó—.

La mujer sacó un objeto del interior de su túnica y se lo lanzó a Dodo, con la única intención de que este lo interceptase.

—¿Una manzana? —observó al capturarla con un rápido movimiento de su mano—.

La pieza de fruta tenía un bello y brillante color dorado, esta parecía emitir una leve luz desde su interior.

—Te debates entre echarte una larga siesta y estrangular hasta la muerte al oráculo —reveló la anciana—. Elige bien —

—¡Suéltala! —le pidió Dodo golpeando su mano.—

El truco de la misteriosa intrusa ya había funcionado, la otra parte solo debía de haber sujetado aquella pieza de fruta, como Essián había hecho. Soltarla o no después de esto no serviría para nada.

La cara de Essián se tornó poco a poco roja, reprimía la necesidad imperiosa de agarrar el cuello de Dodo.

—No puedo aguantar...—le dijo entre dientes—.

La sola idea de hacer daño a la mujer a la que amaba le provocaba tal repulsión que sus ojos empezaron a nublarse. Había una pequeña voz en su cabeza que le decía que si se dormía no le haría daño, pero si obedecía no podría protegerla. Las dos opciones eran malas, no sabía qué hacer.

—Está bien, cierra los ojos —le pidió Dodo—.

La mirada de Essián era de angustia.

—Lo siento —le dijo, cerrando los ojos y cayendo al suelo desplomado—.

—Estaré bien —le aseguró ella—.

Aquella mujer volvió a reírse.

—¡Qué bonito! —soltó—. Sobretudo viniendo de una herramienta vacía como tú —

La anciana le mostró la mano que tenía libre, con ella sujetaba el vial que contenía el corazón de Dodo.

—Debiste haberlo roto cuando tuviste ocasión —.

Connor acababa de entrar por la ventana de la cocina, se encontraba agazapado tras la encimera, esperando el momento adecuado.

—Suéltalo, vas a matarlo —le pidió Dodo—.

—Ya no vale para nada...—se quejó la mujer—. No parece que vaya a crear más caos...

Dodo había visto por el rabillo del ojo cómo Connor había entrado por la ventana por lo que decidió darle un poco de ventaja.

Cogió uno de los jarrones del mueble de la entrada y lo estrelló contra el suelo, hizo lo mismo con los otros dos que tenía a mano, simulando un ataque de rabia. La mujer frente a ella parecía encantada con aquel despliegue de destrucción.

—Pobres flores...—se lamentó ella—.

Dodo agarró el plato de cristal donde solían echar las llaves cuando entraban a casa y lo lanzó hacia aquella mujer, a sus ojos.

Esta soltó a Anteros para cubrirse, por inercia, tal y como Essian había agarrado la fruta que ella le había lanzado. En ese instante Connor saltó hacia ella, haciendo que cayese de espaldas, dándole a su hermano un pequeño margen para alejarse.

—Carita de ángel, por fin aparecer —soltó al verlo—.

—¡Quién demonios eres y qué quieres de mí! —.

Esta lo lanzó hasta la cocina con un simple movimiento de su mano.

—Lo sabrás cuando tengas que saberlo —sentenció—.

—Juro que te daremos caza —le aseguró Dodo—.

—Suerte con eso —le dijo, mostrándole un colgante en su cuello. Este parecía contener un ojo de reptil—.

—¿Un ojo de la serpiente del fango? —.

—¡Seguro que no lo viste venir! —soltó, para luego reírse a carcajadas por su propia ocurrencia—.

Dodo cogió otro de los jarrones pero esta lo apartó sin mucho esfuerzo.

—Me estoy aburriendo... —anunció—. Pero os prometo que nos veremos pronto —

—No vas a llevarte esto —le aseguró Anteros. Había conseguido arrebatarse el vial de Dodo de las manos cuando su hermano la golpeó—.

Al reventarlo en el suelo una fuerte onda de energía se liberó, esta se convirtió en una pequeña bruma que se elevó hasta llegar al techo para luego desaparecer.

—Vine buscando cierta espada... pero no me iré con las manos vacías —les dijo antes de saltar por la ventana como una lunática—.

—¡Connor! —gritó Dodo—.

Su amigo se encontraba mal herido, la herida de su frente se había abierto de nuevo y sangraba profusamente.

—Oliver, está solo —le dijo él—.

Dodo giró su cuerpo y se lanzó como un rayo hacia la salida, saltando el cuerpo de Essian y abollando la puerta al salir. Usó toda la velocidad que pudo evocar en sus piernas para llegar lo más rápido posible a la casa de Oliver. Al llegar golpeó la cerradura de la puerta blindada con uno de sus puños, abriéndola a la fuerza.

Cuando entró solo pudo ver cómo la figura encapuchada se llevaba al chico en sus brazos, saltó por la ventana y desapareció dejando el sonido irritante de su risa.

—¡No! —exclamó—. Maldita zorra —

Saltó por la ventana y se dispuso a seguirla, no iba a permitir que nadie se llevase a Oliver. Anteros pudo ver cómo el oráculo saltaba desde la casa de Oliver y corría persiguiendo a aquella mujer.

—¡Se lo ha llevado! —gritó. Ese era el único motivo por el que Dodo correría detrás de ella—.

—Oliver... —se lamentó Connor—.

Su hermano se giró para encararlo, lleno de ira—.

—¡Esto es culpa tuya! —le gritó, golpeando su pecho con su puño—. ¡¿A qué esperas?! ¡Se ha llevado a Oliver! —

Aquella era la primera vez que Connor escuchaba pronunciar su vez su nombre en voz alta.

—¡¿Eres imbécil?! —le gritó de nuevo—.

Su hermano le mostró las muñecas de sus brazos, haciendo que mirase los brazaletes que contenían la divinidad de ambos.

—¿Vas a quitarme esto ahora? —exigió saber—.

Connor no lo pensó dos veces, quitó una de ellas y luego la otra. Al hacerlo un aura dorada los cubrió por completo y las alas de su hermano brotaron de su espalda, seguido de las suyas. Las heridas causadas por el golpe que le había dado aquella mujer desaparecieron y su faz volvió a reflejar la perfección que siempre tuvo.

—Tu espada está en el armario del recibidor de la casa de Oliver —le dijo—.

—Todo esto es por tu culpa —volvió a decirle saliendo de la estancia—.

Agitó sus alas y salió por la ventana, voló hasta la casa de Oliver, recuperó su espada y después se lanzó de nuevo a la ciudad. Sobrevoló el edificios con la intención de discernir qué dirección habían tomado. Antes de que pudiese decidirse por una vio cómo Connor voló hasta él, este captó el olor de Oliver hacia la derecha así que tomó ese camino.

Connor recorrió la ciudad siguiendo a su hermano hasta que ambos dieron con Dodo, esta se encontraba en una calle poco transitada. La mujer a la que perseguían había clavado una daga en uno de sus muslos, haciendo imposible que la siguiese.

Connor se detuvo para comprobar que se encontraba bien.

—¿Estás bien? —.

—No te pares, sigue —le instó ella—.

Se elevó y siguió la pista de su hermano, este había entrado por uno de los accesos del metro, para sorpresa de todos los viandantes que lo presenciaron.

El tren se detuvo y una gran marabunda de gente bajó del mismo, aquella mujer aprovechó la confusión y se perdió entre la multitud.

—Joder, casi la tenía —exclamó Anteros. La gente a su alrededor se apartaba con temor, aquel hombre tenía alas—.

Dodo apareció tras ellos, la gente que esperaba al tren, así como la que se acababa de bajar del mismo los observaban con prudencia y con mucha atención. Algunos incrédulos y en shock por lo que estaban viendo y otros muchos de ellos grabando con sus móviles la escena, pensando que era algún tipo de actuación.

—Se trata de Eris... —les informó Connor—.

Lo supo desde el momento en el que vio la manzana dorada a los pies de Essián. Entonces recordó su aspecto, este por algún motivo no era fácil de recordar al completo pero sí podía jurar que tenía unos inquietantes ojos color violeta.

—¿La diosa de la discordia? —soltó Dodo—.

—También es la diosa de la envidia —.

—¿Qué motivos tiene para hacerte esto? —.

Anteros los interrumpió de mala manera, le importaba poco cuántos mortales lo vieses.

—No es momento para charlar, yo iré hacia la izquierda, vosotros id hacia la derecha—les ordenó, elevándose sobre el suelo y saliendo disparado hacia la dirección donde había anunciado que iría—.

Capítulo 11

La afrenta

Recorrieron los infinitos canales subterráneos por los que pasaban los trenes sin mucho éxito. La anciana que se había llevado a Oliver se había mezclado entre la multitud para después desaparecer sin dejar rastro.

En algún punto de la madrugada, antes de que saliese el sol y llenos de descontento, decidieron volver a casa, reagruparse y pensar qué hacer a continuación.

Dodo se encontraba alterada y no solo por el secuestro de su amigo. Su mayor temor era que recuperar su corazón le hiciese sentir una larga lista de emociones negativas, este no se cumplió, pero había traído un efecto negativo, se encontraba con las emociones a flor de piel. No paró de llorar y lamentarse por Oliver mientras regresaban a casa, se lamentaba por no haber sido más rápida y haber podido evitar lo sucedido. Y para colmo ese lamento se intensificó al llegar a casa y encontrar a Essián sumido en un profundo sueño del que no podían hacerlo despertar.

—¿Puedes parar de llorar? —se quejó Anteros—.

Esta sostenía la cabeza de Essián sobre su regazo, acariciando su faz.

—¡No! ¡Y no me des ordenes, pedazo de imbécil! —.

—Todo saldrá bien —le aseguró Connor. No había parado de repetirlo una y otra vez —.

—Eso es fácil decirlo, tiene a Oliver y Essián no despierta...—.

Connor recordó una solución para las maldiciones de Eris, uno por el que un rey tuvo que pagar con su propia corona. Su único hijo había caído bajo su hechizo y lo dio todo para encontrar la solución y traerlo de vuelta. El caso había sido tan sonado entre los mortales que hasta había llegado a los oídos de los dioses, uno de los sirvientes de Afrodita se lo había contado a su madre y él lo había oído por una casualidad del destino.

—Despertará, tráeme la manzana —le pidió—. Necesito hojas de olivo —

Dodo apartó la cabeza de Essián y se acercó a coger la susodicha pieza de fruta.

—¿Dónde demonios voy a encontrar hojas de olivo? —dijo poniendo la manzana sobre la encimera de la cocina—.

—Hay una herboristeria a unas calles de aquí, iré yo —.

La tienda estaba cerrada pero no pretendía esperar, entraría por la puerta trasera y cogería lo que necesitase.

—No tardes —le pidió ella—.

—Tranquila —.

El sonido de la puerta hizo que los tres girasen su cabeza al unísono. Los ojos de Dodo se nublaron unos instantes, apartó con cuidado la cabeza de Essián y corrió hasta la puerta. Allí se encontraba un policía y una de sus vecinas, como había visto en su visión.

—¿Está todo en orden? —preguntó el agente de la ley.

—Sí, todo perfecto —.

—Se la ve alterada, señorita —.

Asumía que sus ojos se encontraban colorados, no había parado de llorar desde que

llegaron a casa.

—Oh, es que veía una película... triste —.

La vecina que había llamado a la policía intervino, se trataba de la mujer que vivía frente al piso de Oliver—.

—Aquí ha habido una gran pelea, agente. Será desvergonzada —soltó—. La casa del chico que vive frente a mi está forzada y él no está por ninguna parte —

—Sabe algo? —le preguntó el policía—.

Ella se encogió de hombros.

—No —.

La anciana le dedicó una mueca de desagrado.

—¡Claro que sabes algo!, ¿dónde está el dueño de la casa? —.

Connor tiró de la manta que se encontraba sobre el sofá del salón y la puso sobre su espalda, ocultando sus alas.

—¿En qué puedo ayudaros? —preguntó—.

—¡Sois unos gamberros! No respetáis nada —le recriminó la anciana—.

—Vuestra vecina se queja del ruido, son las cuatro de la madrugada —.

—Se ha tomado la medicación, ¿señora Peters? —.

La mujer expulsó aire ruidosamente.

—¡¿Cómo eres tan descarado?! —le gritó—.

—Puedo pasar? —preguntó el hombre—.

—Sí, faltaría más —.

Anteros había cargado con el cuerpo de Essián hasta la habitación más cercana.

—Parece que ha habido una pelea —observó—.

El suelo estaba lleno de cristales rotos y flores destrozadas.

—Ya lo hemos solucionado —le dijo rápidamente Dodo—. Soy un poco voluble —

—¿La ha golpeado? —.

—Oh, no. No nos hemos golpeado, solo he roto unos pocos jarrones —le dijo—. Le aseguro que estoy bien, yo le puedo —le aseguró, golpeando el hombro de su amigo—

El policía le dedicó una mirada que denotaba agotamiento.

—La vecina ya está mayor, seguro que solo se ha asustado por el ruido. Le prometo que me disculparé con ella en la mañana —le dijo Connor—. Le doy mi palabra —

El hombre parecía complacido y cansado a partes iguales, así que aceptó la promesa de Connor.

—Bien, en ese caso me marchó —anunció—. Si vuelvo os llevaré a comisaría —

—No será necesario, íbamos a acostarnos ahora —.

—Por separado —señaló Dodo—. No somos pareja, hemos cortado —

—Ajá, muy bien —.

El policía tuvo que llevarse consigo a la anciana, la cual no estaba dispuesta a marcharse sin que se los llevaran a todos “a la cárcel”.

—No iremos a su funeral, eso puedes recordarlo —soltó Dodo cuando cerró la puerta—. Esa mujer ha sido un coñazo desde que nos mudamos aquí, era horrible de niña y lo es ahora de anciana —

—Esperaré a que se marche el coche de policía y entonces saldré a por eso...— comentó su amigo—.

—Yo saldré a peinar la ciudad —anunció Anteros—.

—No valdrá de nada, dudo que puedas encontrarla sobrevolando la puñetera ciudad —

se quejó Dodo—. Se habrá escondido bien —

Connor guió a su amiga hasta la cocina.

—Dodo, siéntate, te haré una tila —.

—¡No! No quiero relajarme, él está ahí fuera y... —.

Antes de que pudiese acabar la frase sus ojos se nublaron de nuevo, y en esta ocasión Oliver apareció tras ellos. Su cuerpo inconsciente se encontraba durmiendo en una amplia cama desecha—

—Está... debe de ser un sótano, no hay ventanas. Duerme, parece que no está herido — les dijo sin pestañear, aún dentro de la visión—.

—Es un alivio —admitió Connor—.

—¿Alivio? —espetó su hermano—.

—Vas a acabar por enfadarme, Anteros —le aseguró Connor—. Deja de actuar como si todo esto fuese mi culpa, nadie quiere estar junto a Oliver más que yo —

—Entonces no tenias que haberlo dejado solo en primer lugar —.

—¡Escuché a Dodo gritar, supuse que estabais en problemas! ¡¿Qué habrías hecho tú?! —.

—No dejarlo solo —.

Connor soltó una sonora carcajada, su hermano ni siquiera había pronunciado el nombre de Oliver hasta esa noche.

—¿Ya no finges que no te importa? Qué rápido se te ha caído la máscara —.

—¡¿Quién clavó la flecha?! Nada de esto habría pasado si simplemente te hubieses hecho a un lado, o si no hubieses dejado a tu familia —le recriminó—.

—¡Suficiente! —zanjó Dodo—. Es suficiente, no tienes derecho a decirle a tu hermano qué hacer con su vida —

—Tú no entiendes nada —.

—¡Yo lo entiendo todo! Solo eres un maldito crio malcriado incapaz de perdonar a su hermano por algo que ni siquiera tenía que ver contigo. No eres el centro del mundo, Anteros. Y mucho menos del mundo de Connor. ¡Supéralo! —.

—Estoy cansado de vosotros —les dijo—. Me voy —

Dodo agarró uno de los jarrones que tenía a mano y lo estrelló contra el suelo, quería destrozarse la estancia entera.

—Si sales por esa puerta no vuelvas —le advirtió—.

—¿Quién eres tú para darme ordenes? —.

—O colaboras con nosotros para encontrar a Oliver o no serás bienvenido en esta casa —le aseguró su hermano—.

Anteros golpeó una de las paredes, hundiendo su puño en el duro ladrillo. Después caminó hasta el sofá y se tiró sobre él. No podía marcharse, no porque tuviese miedo de dejar de ser bienvenido en la casa de su hermano, ni siquiera le importaba. Se quedó porque pensándolo con calma sabía que él solo no podría dar con Oliver, necesitaba las visiones del oráculo y a su hermano.

—Iré a por las hojas de olivo...—les dijo Connor a media voz—.

Saltó por la ventana y voló hasta desaparecer de la vista de Dodo. Esta se metió en la habitación de Connor, donde descansaba Essián, y se echó junto a él. Le tranquilizó ver que descansaba cómodamente, al menos no sufría.

—Pronto despertarás, encontraremos a Oliver y le patearemos el culo a esa perra... —.

Connor acabó hirviendo la manzana dorada que había usado Eris para maldecir a

Essián junto con las hojas de olivo que había traído. Estas son el símbolo universal de la paz, al ser antítesis de la discordia tenían la habilidad de neutralizar sus efectos. La única alternativa habría sido esperar a que la manzana se pudriese por sí misma, proceso que se habría extendido durante años.

—¿Te vas? —.

Anteros se paró frente a él, sin mirarlo. No podía quedarse parado y esperar, él no funcionaba de esa forma.

—Voy a por una cosa —respondió—. Llevo el móvil —

Su hermano valoró aquel gesto, lo necesitaba, Anteros era la fuerza que él no poseía. Si tenía que luchar contra Eris lo necesitaba de su lado.

—Está bien —.

—Volveré —le aseguró él—.

Connor asintió.

—Te llamaré si surge algo —.

—Bien —.

—Y... perdona por haberte dicho eso —.

—Ya lo he olvidado —soltó antes de irse—.

Hirvió la manzana durante horas, añadiendo más agua cuando se iba agotando y más hojas de olivo en caso de que fuese necesario. No sabía con exactitud cuáles eran los pasos a seguir, solo sabía qué necesitaba.

Dodo se sentó frente a él en la barra de la cocina.

—Aún no ha despertado —se lamentó. Parecía más calmada—.

—Pronto lo hará, tranquila —.

Ella asintió.

—Bien —dijo—. Ahora explícame qué problema tiene esa lunática contigo —

El dios del amor dejó las pinzas que estaba usando para re mover la manzana dentro de la olla, solo por mantener las manos ocupadas. Y se apoyó sobre el mueble a su espalda, frotándose los ojos y las sienes.

—Yo estaba allí cuando lo perdió todo... —dijo al fin—. Supuse que era algo que se quedó en el pasado, pero supuse mal. Como siempre —

—¿Qué pasó? —.

Aquella historia era tan antigua que se encontraba muy enterrada en su subconsciente, transcurría en un periodo de tiempo en el que aún era un niño, por dentro y por fuera. Y el mundo era un lugar nuevo para él.

Eris había engañado a un joven Eros a seguirla hasta el claro de un bosque con la promesa de darle a probar el manjar más sabroso de todos. Pero cuando llegaron le reveló el motivo principal por el que lo trajo.

—¿Te niegas? —preguntó ella ofendida—.

—Me has engañado, no voy a ayudarte. Lo que pides no está bien —.

Frente a ellos se oficiaba una ceremonia de bodas, dos jóvenes se encontraban en el altar, frente a una pequeña multitud.

—¿Quién dice eso? Para nosotros no existen palabras como el bien y el mal, hacemos lo que queremos —.

La diosa le había pedido a Eros que hiciese que aquel joven volviese a estar enamorado de ella como lo estuvo en el pasado, le exigió que clavase una flecha en su pecho y que echase a perder aquella boda.

—Él está enamorado —le aseguró Eros solemne, podía verlo, incluso desde la distancia en la que se encontraban—.

Ella le intentó quitar hierro al asunto.

—Esa mujer lo ha engatusado con engaños, yo soy su verdadero amor. Los mortales no son tan inteligentes como nosotros, es muy fácil engañarlos —.

Le daba igual lo que le tuviese que decir, su madre le había enseñado todo lo que sabía sobre el amor. Afrodita no le puso nunca unas reglas pero sí le hizo entender el valor del amor, del que surge sin magia, de la nada.

—No puedo hacer que se separen, se quieren —.

La negativa hizo que la mujer perdiese la paciencia, estaba cansada de repetirse, el amor de su vida estaba casándose frente a ella y debía de parar la boda.

—Si no me ayudas haré de tu vida un infierno —le aseguró—.

—¿Eso qué es? —.

Eris entendió que era un niño y que no podía convencerlo usando las mismas tácticas que usaría con un adulto. Así que pensó en su talón de Aquiles.

—Quieres mucho a tu mamá, ¿verdad? —preguntó con retintín—.

—Sí —.

—¿Has oído hablar de mis manzanas? —.

Lo único que sabía sobre ellas es que cuando eran vistas algo malo estaba por venir, aunque no entendiese el porqué.

—Son... malas —.

—Tonterías, son deliciosas. Son las mejores manzanas que existen —.

Aquello no era verdad, Eros era pequeño pero sabía que cuando aparecía una de sus manzanas las cosas estaban a punto de ponerse feas.

—Pero hacen cosas malas —.

—Si no me ayudas con este pequeño favor haré que tu mamá encuentre una de mis manzanas —le advirtió—. Y le pasará algo muy malo —

Eros arrugó en entrecejo.

—No —.

—Sí, y lo que le pasará será terrible. Puede que hasta la pierdas para siempre, ¿te gustaría quedarte sin mamá? —.

—¡La advertiré! —.

—Eso no valdrá para nada, soy más lista que tu mamá —le aseguró—. Cualquiera es más listo que ella...—

—Me voy —sentenció—. Le diré que tú...—

Antes de que pudiese alejarse lo suficiente lo agarró por las alas y tiró de él, haciendo que cayese al suelo bruscamente. Extendió su mano y le arrancó el carcaj de la espalda, este estaba lleno de flechas.

—Dicen que si quieres algo bien hecho tienes que hacerlo tú mismo —se lamentó—. Que así sea —

—¡No, devuélvemelo! .—

Eris corrió hasta el gentío, gritó para llamar la atención de todos los presentes, e hizo que su aura divina se hiciese visible y entonces anunció sus intenciones.

—¡Maldigo esta unión! —gritó flecha en mano—.

El novio no pudo ocultar su cara de horror al verla allí, se había alejado de ella en primer lugar por lo poco que le importaba la vida de los que le rodeaban. Tras un año sin

saber de ella creía que por fin era libre de seguir con su vida.

—Eris, ¿qué demonios quieres?! ¡No eres bienvenida! —le dijo este—.

La susodicha emitió un gruñido gutural mientras se acercaba hasta el altar, los invitados a la boda empezaban a huir despavoridos hacia todos lados. El novio se interpuso entre esta y su futura mujer.

—Ya no te quiero, Eris. Si alguna vez me quisiste, por favor vete —le pidió—.

—¡No tienes que ponerte así! Todo estará donde debe una vez que te haya clavado esta flecha —.

La novia gritó tras su futuro esposo, horrorizada por aquella declaración.

—Nuestros caminos se separaron para siempre —sentenció él—.

—¡Volverán a unirse! —.

Levantó el puño y clavó la flecha que había robado del carcaj de Eros sobre su pecho, pero se sorprendió al comprobar que no desaparecía. Su puño seguía apretando aquella barra de metal dorado y la herida en el cuerpo de su amado comenzaba a derramar el rojo carmín de su sangre.

—¿Qué...? —espetó ella confusa. Se giró para encontrarse con Eros, este se encontraba al final del pasillo del altar, horrorizado por lo que acababa de presenciar—. ¡Eros! —gritó llena de ira—

Corrió a toda velocidad hasta él y agarró su pequeño cuello entre sus manos llenas de sangre.

—¿Qué ha pasado!? ¡Dime qué ha pasado! —exigió—.

Al ver que la presión de sus manos hacia imposible que Eros dijese una sola palabra lo soltó.

—¡Dime! —le exigió de nuevo—.

—Era una flecha inacabada... —empezó a decirle—. Si no las imbuyo de poder y coloco las plumas en los extremos son solo flechas normales —

—¡Eres un renacuajo muy listo! ¡¿Era este tu plan desde el principio?! —.

La novia lloraba desconsolada mientras sostenía el cuerpo de su pareja, la vida de este se escapaba junto con su sangre.

Eris corrió hasta él, apartó a la mortal con una de sus manos y metió entre sus brazos a su amado. Él apartó su faz cuando se dio cuenta de que Eris lo sostenía, para cerrar los ojos y finalmente morir.

Eros huyó del lugar, pero no sin oír las palabras que Eris le gritaba desde la sangrienta escena.

—¡Pagarás por esto! —le gritaba como una desquiciada—. ¡Un día me vengaré, no importa cuántas vidas tenga que esperar! —

Dodo no daba crédito, había oído poco sobre Eris pero en lo que todas las historias coincidían era en que no estaba bien de la cabeza. Su comportamiento era errático y fuera de lugar, su propia familia la evitaba activamente.

—Juro que cuando la tenga cerca voy a destrozarle la cara a golpes —le dijo Dodo—.

—Ponte a la cola...—.

—¿Y asumo que te culpas por lo que ha pasado? —.

Se culpaba, ¿cómo no hacerlo? Oliver había acabado pagando por sus pecados.

—¿Tú no lo harías? —.

—¡Eres un puñetero niño, Connor! ¿Qué culpa puedes tener? —.

—Perdió al amor de su vida —.

—Ella mató al amor de su vida, no tú —.

—Sea como fuere debido a aquello que pasó nos vemos en esta situación —.

—No va a matar a Oliver, eso puedo asegurártelo —.

No quería pensar en eso, pero se sentía la persona más miserable del mundo. Solo podían esperar a que Eris hiciese su siguiente movimiento y rezar para que el destino no se repitiese una tercera vez.

—Si alguien es capaz de guardarte rencor durante casi tres milenios, estoy seguro de que tendrá más de un as bajo la manga —se lamentó Connor—. No digo que haya perdido la esperanza, ni mucho menos. Solo que estamos jodidos...—

—Dame la mano —urgió ella—.

—¿Para qué? —.

—Hazme caso —.

Le dio su mano, esta lo apretó y cerró los ojos. Intentó ver una resolución para el problema de su amigo pero no podía evocar una imagen visión clara. Entonces se le ocurrió probar otra cosa distinta.

Ella apreciaba a Oliver, se había ganado su corazón, y estaba segura de que Connor lo amaba con locura. Unir aquellas emociones que ahora podía sentir genuinamente en su interior hizo que algo hiciese clic en su cabeza. Y entonces pudo ver a Oliver.

—Está hablando con alguien, debe ser ella —le dijo—. Ella no es visible, solo sé que está ahí...—

—¿Estás teniendo una visión del futuro? —.

Hasta donde Connor sabía, su amiga no podía tener visiones del presente.

—Está pasando en este instante. Y creo que está intentando averiguar dónde lo ha encerrado... para que yo sea capaz de oírlo —.

Capítulo 12

Crepúsculo

Oliver había despertado en una habitación cerrada a cal y canto, lo último que recordaba eran unos brillantes ojos violetas detrás de un polvo que hizo que perdiese el conocimiento.

No pudo ocultar su sorpresa cuando vio a su secuestradora, una mujer con un largo cabello platinado, tez clara y unos inquietantes ojos violetas. Había oteado un par de veces la habitación y había jurado que se encontraba solo antes de verla frente a él.

Al percatarse de que el mortal había despertado tiró la barra de labios que estaba usando para pintarse los labios y le dedicó una sonrisa inquietante.

—¿Has tenido un sueño reparador? —preguntó—. Es un colchón bueno —

—No tardarán en encontrarme —le aseguró Oliver—.

—¡Eso espero! Sino sería aburrido, esperar es aburrido... —.

La estancia estaba repleta de muebles, cajas y multitud de objetos varios. La chica sacó unas faldas de uno de los muebles y se cambió frente a él.

—¿Qué planeas hacer conmigo? —.

—Oh, Oliver. ¿No dicen que muy perspicaz?, dímelo tú —.

—Matarme —.

Ella lo señaló, hizo un pequeño movimiento de baile y le mostró el pulgar hacia arriba.

—¡Bingo! ¿Ves? Evitemos las preguntas absurdas, tengamos una relación secuestradora—secuestrado atípica. Huyamos de los tópicos —le pidió muy seria—.

El comportamiento de que aquella mujer le decía que no estaba en sus cabales.

—¿Dónde estamos? —.

—En un lugar divertido, por supuesto —le dijo—. Donde los niños vienen a soñar... y los padres a soltarlos para que dejen de dar el coñazo —

—A mi me parece un sótano —.

Ella movió su mano, quitándole importancia a sus palabras.

—No es un sótano, imbécil. Es una habitación improvisada, un castillo si usas tu imaginación... —afirmó con efusividad—.

A Oliver no solo le parecía que estaba loca sino que era además creía que era bipolar. Pasaba de la alegría a la seriedad en segundos.

—Oigo gente fuera de aquí —comentó—.

—¿Dónde irías si quieres probar una deliciosa manzana de caramelo?

—En una feria o algo así?

—Eres realmente perspicaz —lo alabó—. ¿Pero sabes quién no lo es? —

—¿Papá Noel? —respondió aburrido—.

Ella se rió por su ocurrencia.

—¡No, tonto! —le dijo—. Eres de lo que no hay. Me refería a los muertos, ellos no son nada perspicaces —

La mujer se dirigió hasta un armario, al fondo de la estancia. Rebuscó con poco cuidado entre una serie de cajas de cartón hasta que sacó una pequeña caja de madera. Sacó

algo de ella y empezó a quemarlo como se quemaría una varilla de incienso, luego lo puso sobre un plato de cristal para que acabase de quemarse por sí solo.

—Huele fatal —se quejó Oliver—.

—Es piel de serpiente, ¿esperabas que oliese a flores? —.

Cogió de mala manera un folleto que había sobre una mesa, lo arrugó en su mano y se lo lanzó a la cara.

—Luna Park, en Coney Island —leyó en el folleto con incredulidad—. ¿Estamos en un parque de atracciones? —

Eris aplaudió llena de entusiasmos.

—¿No es increíble?! ¿Cuánto hace que no vas a un parque de atracciones? Todo lo que se haga en un lugar así de divertido debe de ser genial, incluso desangrarse y morir —.

La diosa emanaba una energía similar a la de Connor y Anteros, divina, pero tras ella había algo más, una inquietante sensación de vértigo. Como si se pudiese entrever la locura que se escondía sin mucho éxito tras sus palabras y acciones.

—Estás loca —espetó con desgana. Cuando lo dijo en voz alta se arrepintió, no quería que lo matase allí mismo, pero ya no podía retractarse—.

—No es la primera vez que me lo dicen, tendrás que pensar en otra cosa si quieres herir mis sentimientos —le aseguró—. ¿Quieres una manzana de caramelo? Hablar de ellas ha hecho que me de hambre, quizá robe también unas palomitas... —

—No —.

—Tú te lo pierdes —dirigiéndose a la puerta—. Ah, si das un paso fuera de esta habitación, te romperé las rodillas —

Su amenaza le hizo temblar.

—Traeme un refresco de cola —.

—¿Con hielo? —.

—Sí, por favor —.

—¡Perfecto! Vuelvo en un momento —.

Dodo y Connor andaban de un lado para otro en el apartamento de Oliver, la primera era capaz de conectar con el segundo si tocaba algo que le perteneciese. Al menos en teoría, pero cuando lo llevó a la práctica se dio cuenta de que no sucedía nada.

—¡No lo entiendo! —se quejó llena de frustración—. Veo algo, hago la conexión, pero no acaba de formarse del todo —

—No grites, o la vecina llamará de nuevo a la policía...—le advirtió Connor—.

—Anoche pude conectar con él, era una conexión que no había podido tener antes, a tiempo real. Y de repente se esfumó —.

—Espero que no lo esté tratando mal... —.

El comportamiento de Connor sacaba un poco de quicio a su amiga, este era poco coherente desde su punto de vista. Conocía a Connor desde hacía una eternidad y sabía lo intenso que podía llegar a ser, aún recordaba el berrinche que montó hacía unos años cuando perdió su concursante favorita en un concurso de canto. No entendía como podía estar tan calmado, tan tibio. Quizá era un mecanismo de defensa, Oliver le importaba de una forma más profunda que cualquier otra cosa, se dijo.

El oráculo arrastró una silla de la cocina y la puso en el centro del salón. Había probado una y otra vez el mismo método, si quería un resultado distinto debía de cambiarlo.

Se sentó sobre la silla y llamó la atención de su amigo chasqueando los dedos.

—Pon tus manos sobre mis hombros —le pidió—.

Él obedeció.

—Anteros está sobrevolando la ciudad, quizá debería hacer lo mismo...—comentó Connor. Su hermano le había mandado un mensaje en la mañana para decirle que aún no había tenido suerte—.

—Dudo que sirva de algo —.

Cerró los ojos y trató de concentrarse. Ver el futuro de Connor era fácil, sorprendentemente fácil, tanto que se asustó. La pieza que le faltaba debía de influir de alguna forma en su nueva capacidad para usar sus visiones. Era como si la conexión que sentía con su amigo amplificase sus habilidades.

—Veo tu futuro... pero no consigo ver a Oliver —le dijo—.

Aquello hizo que Connor se preocupase aún más.

—Eso es imposible —soltó sobresaltado—.

—¡No te muevas! —.

Seguía viendo imágenes del futuro de su amigo, ella salía en algunos, incluso su hermano. Pero no podía ver a Oliver.

—¡Essián! —exclamó ella—.

—¿Qué? —.

Essián se encontraba fuera de la ventana de la cocina, flotando, hizo que se elevase la ventana con un movimiento de su mano y entró, flotó con gracia hasta pisar el suelo.

—¿Estáis bien? —les preguntó—.

Dodo corrió hasta él y lo abrazó, se sentía absurda, como una niña tonta, pero ver que había despertado le quitó un gran peso de sus hombros.

—¿Tú estas bien? —preguntó ella—.

—Sí —.

—Se llevó a Oliver —le informó Connor—. Estamos esperando a que Eris mueva ficha —

Él asintió, aquella manzana dorada era una parte característica de la diosa de la discordia.

—¿Ha dejado algún mensaje? ¿Has podido ver algo, Dodo? —.

—No, no puedo ver a Oliver, de la misma forma que no puedo verte a ti. Lo cual es bastante frustrarte —.

—Pero Oliver es humano, deberías de ser capaz de verlo —.

Ella podía ver a los mortales en sus visiones, el problema no era su naturaleza.

—Pude verlo anoche, conecté con él de una forma que nunca antes había hecho. Pero de un momento a otro desapareció —.

—Debe de estar usando algún tipo de subterfugio...—.

—Tiene un colgante con un ojo de esa serpiente, de la que me hablaste, lo vi claramente —recordó Dodo—. La serpiente del fango —

Connor sabía tanto de la fauna y la flora de la antigua Grecia como el que más, pero nunca había oído a nadie referirse a “una serpiente del fango”.

—¿Qué animal es ese? —quiso saber—.

—Al parecer son tan sigilosas que no pueden ser vistas ni por los dioses ni por los oráculos, Essian me dijo que hay quien usa sus ojos para ocultar su rastro —le explicó ella —.

—No solo sus ojos, cubrirse con su piel causa el mismo efecto —comentó Essián—.

La diosa de la discordia poseía un sin fin de anillos y colgantes, pero uno que

destacaba entre ellos era el que colgaba de su cuello. Connor recordaba que la primera vez que se fijó le dio escalofríos. Era el ojo de una serpiente, ahora lo sabía.

—Eris tiene un collar con un ojo de serpiente, lo ha tenido desde el primer momento que la conocí —les dijo—. Lo recuerdo —

—Misterio resuelto entonces, no necesitamos más pruebas —zanjó Dodo—. ¿Alguna forma de invertir sus efectos? —

Essián no conocía mucho sobre el tema, solo sabía que el poder de la serpiente era infalible.

—No que yo sepa...—.

—Entonces seguiré intentando ver algo...—.

—Yo saldré, tengo que avisar a mi equipo... deben de estar histéricos. Pero os aseguro que no tardaré nada en volver, estaré alerta por si oigo algo sospechoso en el viento —les dijo Essián—.

—No te preocupes, gracias por tu ayuda —le dijo Connor—.

—Lo encontraremos, os lo aseguro —afirmó—. Y entonces se enfrentará a la ira de un titán —

—Ponte a la cola —dijo Connor con una sonrisa triste—.

—Soy la segunda en la cola —comentó Dodo—.

—Pues me pido el tercero —.

Hizo el amago de girarse para marcharse por donde había venido pero Dodo lo agarró de la manga, lo atrajo hasta ella y besó suavemente sus labios.

—Te esperaré —le prometió ella—. No tardes —

Essián le dedicó una brillante sonrisa.

—No te haré esperar mucho, llamame si pasa algo —.

—Lo haré —.

Se elevó sin ningún esfuerzo, como si una mano lo moviese con sumo cuidado y salió por la ventana de la cocina.

—Me gusta sentir el amor —admitió Connor mirando a su amiga—.

Su amigo le había dicho que no podía sentir nada procedente de Essián, ¿qué había cambiado?

—¿Puedes sentir su amor? —.

—No el suyo, el tuyo —.

Ella se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué?! —.

—No puedo sentir nada de él, quizá porque es un titán —le recordó—.

—Pero...—.

Él la tranquilizó.

—Pero estoy seguro de que está enamorado de ti, soy el dios del amor. No me hace falta ver su aura para saberlo —.

—Volvamos a lo otro que has dicho, ¿estoy enamorada? —pidió, aún en estado de shock—.

Su amigo la miró incrédulo.

—Dodo...claro que lo estás. ¿No te sientes distinta? —.

Se sentía totalmente distinta, como si al mirar de nuevo un cuadro se percatase de que había un millón de colores que nunca había visto y que ni siquiera había echado en falta. Pero todos estaban ahí, observarlos con intensidad resultaba abrumador.

—¡Por supuesto que me siento distinta! Ahora odio con todo mi ser la novela de doctores que me haces ver —sentenció—.

Connor sonrió débilmente.

—Eso es bueno, amar y odiar son dos cosas muy similares. Que puedas hacerlo con intensidad es maravilloso —dijo—. Te aseguro que me llena de alegría —

—Lo sé, no tienes que decírmelo —.

Caminó hasta él y se sentó en su regazo, abrazándolo y poniendo su cabeza sobre su hombro.

—No permitiré que esa zorra se salga con la suya —le aseguró—. Volveremos a estar todos juntos de nuevo —

—No sé si estará en nuestras manos...—.

—¡Connor! —.

—Sé objetiva, si tenemos a Anteros de nuestra parte podrá ponerla a raya, pero no podemos tenerlo de guardaespaldas a perpetuidad —le dijo—.

Había pensado sobre ello, no tenían ningún arma que pudiese matar a un dios, podían herirlo con su daga o la espada de Anteros pero no matarla. Y si la herían volvería a por más.

—Ni siquiera quiero verlo con tanta frecuencia... —comentó ella con desgana—.

—A no ser...—.

—¿Qué? —.

Connor hizo el amago de levantarse de la silla, Dodo se levantó y dejó que este lo hiciese también. Se dirigió hasta la habitación de Oliver y rebuscó entre uno de sus cajones, allí estaba, el colgante que su madre había procurado para él.

—El colgante —anunció Connor—.

—¿Está cargado del todo? —.

—No lo entiendes, podemos encerrarla en el colgante —.

Ella asintió, le parecía la mejor opción, una viable.

—Sí, podría ser una buena idea —dijo—. Aunque entonces no podremos usarlo con... ya sabes —

Había olvidado sus planes de encerrar a su hermano, en algún momento había dejado de ser un enemigo ante sus ojos. Esperaba no equivocarse.

—El problema de Eris es más inminente —le dijo él—.

—Estoy de acuerdo, pero debe de estar cargado para que funcione —.

—¿Y si...? —.

—¡Cuidado! No toques la piedra, no sabría cómo demonios sacarte de ahí —le advirtió ella—.

Connor tuvo una corazonada. Hizo aparecer su aura e intensificó su luz, dejando que la divinidad que lo alimentaba se hiciese visible. El colgante refulgió, la piedra que contenía intensificó su color azulado hasta llenarse de energía.

—Lo tengo —.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Dodo tapándose los ojos, la habitación entera se había iluminado con la luz que irradiaba Connor—.

—Necesitaba cargarse con el poder de la luna, pero mi divinidad también es una fuente de energía —supuso, aún sorprendido por que funcionase—.

—Increíble, parece que tenemos un plan entonces —.

—Un plan y un arma, sí —.

Dos días pasaron de la forma más lenta y agonizante posible, no solo para los amigos de Oliver que trataban de encontrarlo sin descanso, sino para él.

Convivir con Eris y hablar con ella era altamente peligroso pues su estado de ánimo cambiaba sin la menor aviso. Y evitar charlar con ella solo la hacía enfadar, así que Oliver no sabía dónde meterse, atreverse a intentar escapar solo le garantizaría un par de rodillas rotas y quería agotar todas sus opciones antes de tener que intentarlo.

—¿Otra vez? —se quejó él—.

La diosa quemaba constantemente piel seca de la serpiente del fango, Oliver no tenía ni idea sobre el por qué o qué era, pero con eso se aseguraba mantenerlo lejos del alcance de las visiones de Dodo.

—Es un olor refrescante —soltó ella—. A tierra y podredumbre... —

El joven se levantó y se puso en el otro lado de la estancia, sobre una pila de cajas.

—¿Y cuál es tu nombre? —preguntó—. Siempre que te lo pregunto me das largas, ¿no crees que es de mala educación que no sepa cómo te llamas? —

Ella se encogió de hombros de forma inocente.

—Es que tengo muchos... —le aseguró con voz de bebé—.

—Tu nombre original —.

La mujer se echó un trozo de aquella piel seca de serpiente a la boca, lo mordisqueó hasta poner cara de asco y entonces lo escupió al suelo.

—Eris, ¿no te parece adorable? —le dijo—.

Oliver no sabía si estaba mintiéndole o no, había evitado decirle su nombre durante todo el tiempo que había estado con ella. Y ahora de repente se lo decía sin más. Y para colmo aquel nombre no le decía nada.

—Mucho —soltó él con desgana—.

—¿Sabes? Ya nos hemos visto antes —le dijo—. ¿No te acuerdas? —

Puso su mano izquierda sobre su cara y cambió frente a él, su joven faz envejeció hasta perder toda su juventud y su brillo hasta volverse arrugada y áspera. Él conocía muy bien esa cara, como decía se habían visto antes. En dos ocasiones.

—¿Eres... mi casera? —preguntó incrédulo—.

Ella se inclinó y saludó a un público invisible, se consideraba una gran actriz.

—Y una genial, pagas un veinticinco por ciento menos que cualquiera en el barrio y además te dejé la cocina completa —.

Era una locura, si era la propietaria de una casa en el piso de Connor porqué se había tomado tantas molestias para hacerle daño.

—¿Por qué? No entiendo nada —quiso saber Connor—. Nada tiene sentido contigo... —

Ella le dedicó una cara de exasperación.

—¿Por qué el cielo es azul y los peces respiran bajo el agua? —.

—¿Por qué eres mi casera? ¿Qué se supone que significa? ¿qué pinto yo en todo esto? —preguntó Oliver. Aquellas eran las respuestas que quería—.

Eris se tumbó en la cama a su lado y estiró las extremidades.

—Eres un chico con muy mala suerte, para empezar —le dijo—.

—Qué sorpresa —.

—Tanta que estabas destinado a ser el siguiente amor verdadero de... quien tú sabes —reveló—. ¡Destinado! ¡Sí! En plan... de la misma forma que Edward estaba destinado a conocer a Bella. ¿Has visto crepúsculo? Es tan mala que es buena, me encanta —

Oliver obvió la locura en sus palabras.

—¿Connor? ¿Él es mi amor verdadero? —.

—Eros —le corrigió ella ella—. Eres insignificante, como todos los mortales, pero eras la clave para que mi plan funcionase de la forma que yo quería. La guinda. Por eso cuando un viejo oráculo me reveló tu identidad hice que las tuberías de tu piso anterior explotasen e hice que alquilases mi casa —

La cara de Oliver no podía mostrar más sorpresa, había llegado a su límite.

—¿Tú hiciste que mis tuberías explotasen?! —.

—He hecho mucho más que eso... he estado detrás de vosotros durante mucho tiempo. Tirando de aquí y de allá, creando un poco de caos —comentó—. No me lo he pasado mejor jamás, casi me da pena que se acabe —

Engañó al oráculo de Delfos para que le revelase el futuro, el próximo amor verdadero de Connor, Oliver. Quien guió a Anteros hasta Nueva York y quien apagó las luces en la calle mientras regresaban a casa de cenar, propiciando el encuentro entre los hermanos.

La que dejó una nota con los datos y la dirección de Oliver a Anteros, la que había hecho que la madre de Oliver se enterase de lo que sucedió entre él y Sergio haciendo que sus familias discutiesen.

Manipuló el portal para que se separasen al viajar a Grecia, quien avisó al dios de la guerra, Ares, sobre las heridas de Afrodita para después aconsejarle que siguiese a Hímero y Himeneo si quería encontrar a su primogénito.

Incitó a aquel grupo de hombres a robarles a Anteros y a su hermano, haciendo que acabasen en prisión.

Todo aquello había formado parte de su plan.

Oliver recordó el mito de la manzana de la discordia, el que se decía dio paso a la guerra de Troya.

—¿Eris, la diosa de la discordia? ¿La de la manzana que enemistó a tres diosas? — preguntó—.

Ella se sintió honrada al ser recordada por aquello.

—Aquel fue uno de mis mejores momentos, si me preguntas. Tres todopoderosas diosas enemistadas por la vanidad, simplemente delicioso —.

—Y asumo que tienes algo contra Connor, ya que estoy aquí secuestrado —.

—Eros —volvió a corregirle—. Y sí, hasta el mortal más tonto lo habría supuesto a estas alturas. Tengo una cuenta pendiente con él —

—Ah...—.

Oliver se cruzó de brazos, quería alejarse lo máximo posible de ella y de su locura pero no podía hacerlo. No era seguro.

—¿No quieres saber el qué? —preguntó clavando con su dedo índice en su costado—.

Este se mostró poco interesado, solo por molestar.

—No —.

—Bien...—.

—Parece que quieres contármelo —comentó tras un breve silencio. No tenía otra cosa que hacer, o a dónde ir. Tenía curiosidad sobre qué la había llevado a hacer todo lo que había hecho—.

—No si es una imposición —le aclaró ella—.

Aquello era ridículo.

—Por favor...—.

Se aclaró la voz y echó uno de sus mechones de pelo hacia atrás.

—Por culpa del pequeño Eros, esa retorcida comadreja alada con cara de ángel, perdí al amor de mi vida. ¿Qué te parece? Una contienda en nombre del amor, eso es heroico. Por menos se ha hecho una película, mira Crepúsculo —.

A Oliver le gustaba la saga de Crepúsculo, recordaba haberse leído cada libro poco después de que se publicasen. Él era fan mucho antes de que se pusiese de moda. Pero no quería hablar de libros.

—Creo que omites algún detalle importante...—comentó—.

—¿Por qué?! ¿Porque conoces a Eros muy bien? ¡No me hagas reír! Es una criatura pérfida, incluso cuando era un niño —le dijo de mala manera—. Hecho que me hacia reír hasta que me la jugó a mi, entonces dejó de ser tan divertido —puntualizó—

—Ah —.

—¿No preguntas cómo? —.

—Eris, me da la impresión de que quieres hablar de ello... —.

Le dedicó una mueca de asco.

—Oír mi nombre de tu boca me revuelve el estomago. Pero sí, quiero hablar de ello, hace tanto que sucedió...—.

Eris le contó con pelos y señales cómo planeó volver con el mortal al que amaba y como había permitido que se enamorase y que planease su boda para luego crear el caos.

—Los mortales sois tan frágiles... es parte de vuestro encanto. Pero en este caso fue una putada. Como decís en esta época —le contó ella—.

—O sea que robaste una flecha, la clavaste sobre el pecho de tu ser querido y lo mataste. No veo dónde entra en acción el pérfido Eros —comentó él con desgana—.

Ella se levantó e hizo un berrinche, golpeando el suelo, rompiéndolo bajo sus pies.

—¡Él dejó esas flechas a medio acabar con la intención de darme una lección! ¡Él lo hizo! —.

No podía negar que la temía, estaba seguro de que podría matarlo con el dedo meñique.

—¿Y si no fue así? ¿No lo has pensado? —propuso él—.

—No —.

—La alternativa sería que tú misma lo mataste —.

—Una ridiculez, por supuesto. Yo lo amaba —.

—Tanto como para esperar meses hasta que llegase el día de su boda y entonces ejecutar tu plan —.

—Exacto, la discordia más deliciosa no se crea de la nada. Tiene que madurar, como una manzana —le explicó—. Si te contase cuánto tiempo le di vueltas al plan de la manzana que inició la guerra de Troya no te lo creerías... —

—Puedo imaginármelo...—.

Eris se acercó hasta él, Oliver no pudo evitar temblar. No solo le daba miedo conscientemente, sino que una parte que no entendía de su cerebro le decía que era una bomba a punto de explotar. Le gritaba que se alejase de ella.

—¿Estás siendo condescendiente conmigo, mortal? —.

Él trago saliva, sabía que lo coherente sería callarse pero no pudo hacerlo.

—¿Crees que hacerle daño a Connor hará que ese hombre vuelva a la vida? Has podido enamorarte otras mil veces, pero has preferido cocer esta especie de retorcido plan —le recriminó—.

La mujer golpeó a Oliver con su puño, haciendo que volase al otro lado de la estancia y

cayese de espaldas sobre cajas de cartón llenas de trastos.

—Si eso era una insinuación sobre mi salud mental, no me ha gustado nada —le aclaró ella—. Nada, nadita —

Capítulo 13

Voces del otro lado

Al quinto día los amigos de Oliver se subían por las paredes, Connor no había vuelto a pegar ojo desde el día que se lo llevaron y había descuidado su aspecto y su alimentación.

Dodo pasaba los días enteros con Essián, peinando la ciudad con la intención de ver o sentir algo que hiciese que tuviese una visión útil. Sin mucho éxito hasta la fecha.

Y Anteros no había parado de “patrullar” o lo que quiera que hiciese. Una tarde llegó volando a la casa de su hermano, portando algo envuelto en un saco de tela raído, húmedo y apestoso.

—Toma —le dijo, tirándolo al suelo del salón de Oliver. Donde Connor y su amiga pasaban el día—.

La bolsa aún estaba húmeda, empezó a crear un charco en el suelo.

—¿Qué es esto? —.

—Ábrelo —.

No tenía fuerzas para discutir así que se arrodilló y sacó lo que contenía aquella bolsa. Al verlo su corazón dio un vuelco.

—¿Es... mi arco y mi carcaj? —soltó, incrédulo, estos estaba cubiertos de moluscos y suciedad pero aún así brillaban al ser tocado por su mano—.

Aquellas eran armas especiales, forjadas por Hefesto. Sus cualidades y su durabilidad eran únicas.

—Lo necesitaras para pelear —le indicó Anteros—.

—¡Yo no peleo con mi arco! ¿De donde diantres lo has sacado? —.

—Eso da igual —.

—¡No, no lo da! Explicate —le exigió—.

Anteros se cruzó de brazos y le dedicó una mirada cansada.

—Lo traje conmigo, ¿vale? —.

—¿Cuando viniste al futuro? ¿Cómo lo tenias en primer lugar? —.

Había custodiado aquellos dos objetos durante miles de años.

—Yo... lo recogí del suelo cuando lo tiraste —confesó—.

—Es increíble... pero no tengo fuerza para mostrar cuanto me sorprende —admitió—.

—Lo guardé con la intención de volver a verte de nuevo, suponía que cuando regresases querías recuperarlo —.

—Pero nunca regresé —apuntó—.

—Lo traje conmigo para tener una excusa para hablar contigo —.

Connor le dedicó una sonrisa, agradecía las palabras y el gesto de su hermano. Había dado por perdidos aquellos objetos, estaba seguro que descansaban o en el fondo del mar o en la repisa de alguien muy rico.

—Gracias por haberlos guardado para mi —le dijo—.

—Los moluscos están ahí porque lo até a una bolla en el océano pacifico —comentó —.

En otro escenario le habría gritado, pero no en el que se encontraba.

—Un sitio curioso donde guardar un arma legendaria ...—.

—Es especial, ¿no? Puede sernos útil —.

Lo dudaba, aquellas armas servían para que llevase a cabo su labor ancestral, no eran una herramienta de guerra.

—Anteros... sabes de sobra que no lo uso para luchar. Mis flechas son mágicas por así decirlo —.

—Usa esa magia para herir a tu oponente —propuso—.

—¿Puedes usar tú tu espada para algo que no sea luchar y matar? —.

—No —.

—Pues sucede lo mismo con este arco... —.

—El amor a veces duele, ¿no? —preguntó—. Eso decís todos —

Entonces recordó lo que su madre hizo con su padre en aquel bosque, durante la última prueba de Herácles para conseguir su divinidad. La mismísima Afrodita hizo retorcerse a su marido, al dios de la guerra, proyectando en él el dolor que sentía al ver a su hijo herido y al borde de la muerte.

Esta estaba segura de que Connor tenía la misma habilidad que ella, intentó explicarle a grosso modo cómo lo hizo pero a su hijo le pareció un galimatías. La idea de crear una flecha que contuviese de alguna forma el dolor de un corazón herido era en teoría brillante y viable sobre el papel, aunque no sabía ni siquiera por donde empezar.

—Duele, sí —admitió con renovada curiosidad—.

—Es exasperarte —bufó—. Amar —

Su hermano estaba enamorado de Oliver debido a una de sus flechas, hizo esta con la intención de crear un amor duradero, aquel era el plan entonces. Pero nunca sabía cuánto iba a durar, no era una ciencia exacta.

—Pronto dejarás de sentirlo —le aseguró—. Hice aquella flecha demasiado efectiva... —

—¿Cómo dices? —.

—El efecto de mi flecha de amor, pronto dejaras de estar enamorado de Oliver. Entonces todo será más fácil para ti —.

—Esa no es mi prioridad ahora mismo, es encontrarlo —le dijo—. Amarlo me dará fuerza para tener éxito —

Connor lo miró con genuina fascinación, estaba complacido de que hubiese llegado a esa conclusión.

—Me sorprendes —admitió—. Para bien, lo cual es una sorpresa para variar —

Su hermano le dedicó una mirada aburrida.

—Amar es... como luchar en una guerra —le dijo—. E incluso si sabes con certeza que no puedes ganarla no quieres rendirte, deseas con todo tu ser seguir luchando —

—¿Es la primera vez que sientes algo así? —.

Se giró y alejó de él.

—Estoy agotado, voy a dormir un par de horas. Luego saldré de nuevo —.

Connor voló hasta llegar a él, evitando que saliese por la ventana.

—¿Cómo es posible? Todos nos enamoramos, tienes más de dos mil quinientos años —le dijo—.

—No me interesa el amor, he visto lo que es capaz de hacer. Nunca he permitido que sucediese —.

Su madre y su hermano habían sufrido por amor, el propio y el de extraños. Tras ver lo

que la muerte de Psique le hizo a su hermano juró que jamás permitiría que algo así le pasase a él, ¿cómo un sentimiento tan inofensivo podía herir más que la herida de batalla?

—A veces da miedo pero es lo mejor de...—.

Anteros levantó la palma de su mano, deteniéndolo.

—Ahórrate el discurso. No hay nada de bueno en la ansiedad, en los celos o en el saber que esa persona nunca va a corresponderte —.

—No, ahí no está lo bueno. Pero cuando todo encaja nada importa, el mundo desaparece para ti y... eres feliz —.

—Si, bueno. Él te quiere a ti, así que... bien por ti —.

Connor sintió la amargura de su tono, si se veía en esa situación era por su culpa, aunque no lo hubiese planeado. Era empático con su dolor, echaba en falta que llevase los brazaletes por que con ellos no era capaz de sentirlo. Lamentaba que las cosas hubiesen acabado así, que el primer amor de su hermano fuese Oliver y que no estuviese dispuesto a renunciar a él.

Eris abrió la segunda bolsa de frutos secos y se llevó a la boca una mano llena de ellos. Oliver estaba sentado a su lado, lo había obligado a jugar con ella a un absurdo juego de citas japonesas que solo entendía cuando los protagonistas hablaban.

—¿Crees que tu amiga lo habrá visto ya? —le preguntó ella moviendo el mando de la máquina—.

Oliver había juntado todos los folletos que había encontrado del lugar, los había colocado alrededor de su cama, sobre ella e incluso llevaba uno grapado a su camiseta. Fue una idea que se le ocurrió una tarde, si Dodo lo veía, por breve que fuese. Podría saber donde se encontraba si se fijaba en todos esos papeles con el nombre del parque de atracciones.

—¿El qué? —.

—Crees que no me he dado cuenta? Los folletos —le dijo—. Eres ingenioso como pocos, pero no funcionará —.

—Pronto lo descubriremos —soltó molesto—. Puedo esperar —.

Volvió a llevarse a la boca un montón de frutos secos y sorbió un poco de su refresco de limón.

—Tus amigos nos encontrarán cuando yo quiera que nos encuentren —le dijo muy calmada—.

—¿Y cuando será eso? ¿Cinco días más? —.

—Puedo matarte aquí mismo, seguro que consigo hacerle daño si le mando tu cuerpo por partes —.

Oliver soltó una carcajada forzada, era eso o empezar a llorar.

—¿Y donde está el drama en eso? Quieres ver su reacción —le recordó—.,

—Chico listo —.

Cogió unos pocos frutos secos y se los llevó a la boca, por lo menos lo alimentaba y le daba de beber. Podría ser peor, se dijo.

—¿Cómo se llamaba? —.

—¿Quién? —preguntó ella extrañada—.

—El hombre del que estabas enamorada —.

—¿Qué pregunta es esa? ¿Intentas enfadarme? ¿Quieres que te corte un brazo? —.

—Has hablado muchas veces de él pero nunca has pronunciado su nombre, solo tengo curiosidad —.

—Se llamaba...—caviló—.

—¿No lo recuerdas? —.

—Bueno, lo importante no es el nombre. Una rosa olería igual de mal si se llamase Rimpampúm —

Tal y como sospechaba Oliver, ni siquiera recordaba cómo se llamaba aquel supuesto amor de su vida. Si realmente hubiese sido significativo para ella lo recordaría sin importar los años que hubiesen pasado, su muerte solo era una excusa para la fijación que tenía con Eros. Al que culpaba de su mala cabeza y el desafortunado desenlace con aquel hombre.

—No se dice así —señaló Oliver—.

—Bueno, qué importa. Me has entendido —.

—Debe haber algo que recuerdes de él, yo lo sé todo sobre mi primer amor... —.

Ella sonrió, lo hizo como una lunática.

—¡Era habilidoso con las manos! Orgasmos infinitos, sí —comentó—.

—Puaj, no quiero oír eso —.

—¿No? Pues ahí lo tienes, era un semental en la cama. Su miembro miraba al este, hecho que me pareció extraño al principio pero que acabó haciéndome gracia —.

—¡Calla! —le pidió, llevándose las manos a las orejas—.

—Ah y le gustaba morderme los pies, tenía fijación con el dedo gordo de mi pie izquierdo. Nunca entendí porqué —.

—¿Solo sexo?! ¿Eso es todo? —.

Pareció meditarlo un poco.

—Bueno, no todo. Era guapo para ser un mortal, sus ojos me recordaban a las castañas. Un fruto asqueroso al paladar...—.

—Qué bonito recuerdo —soltó él—.

—El olor de las castañas siempre me ha recordado al invierno... no he probado una desde entonces —.

—¿Por que te recuerda a él? —.

—Por eso y porque tampoco las comía antes de su muerte, te he dicho que me dan asco. ¿No me escuchas cuando hablo? —.

—Fallo mío... —admitió levantando las manos en señal de rendición—.

Eris se encogió de hombros, recordarlo había hecho que se pusiese triste.

—Siempre tenía el cabello alborotado, era una de las cosas que más me gustaban de él. El caos en su pelo —.

En la noche del séptimo día Anteros mandó un mensaje a su hermano, pidiéndole que se reuniese con él. Connor quiso saber si había encontrado algo pero este no quiso decirle nada por teléfono, solo volvió a insistirle para que se diese prisa.

Incluso cargaba con su arco y su carcaj a su espalda.

—¿Es una broma? —preguntó Connor—.

Frente a él había una tienda con un gran letrero de león que rezaba “Madam Amatista”.

—Es una vidente —.

—Anteros, esta gente no suele ser vidente de verdad... —.

—Esta lo es, me la han recomendado —.

—¿Quién? —.

Anteros había encontrado a un dios menor en el tejado de un rascacielos, cruzaron unas pocas palabras sobre el tiempo y lo malo que era últimamente. En el transcurso de esa conversación al dios vengador de Y le dio las señas de “Madam Amatista”.

—¿Quieres dejar de hacer tantas preguntas?! Entra —le instó Anteros—.

—Le daré cinco minutos —.

—Si no entras te arrastraré yo mismo —.

Las campanillas sobre la puerta anunciaban la llegada de los clientes así que la dueña del local salió de la trastienda. Su atuendo era el de la típica lectora de cartas de cualquier película o serie de los ochenta o noventa. Gafas gruesas de pasta, pañuelo en la cabeza y multitud de baratijas en las muñecas, el cuello y los dedos.

—Buenas noches, os esperaba —les aseguró la mujer—.

—¿En serio? —preguntó Connor dedicándole una mirada incrédula a su hermano—.

—Puedo sentir que algo te inquieta —dijo ella—.

—¿El común denominador de cualquier persona que entre en un lugar así? —comentó —.

—Queremos una sesión, he llamado hace un rato para avisarla —le dijo Anteros—.

—Ander Lovejoy, sí, reconozco tu voz. Pasad —.

—¿Ahora reservas citas y hablas con educación? ¿Quién eres y qué has hecho con mi hermano? —.

Cruzaron una cortina de abalorios y llegaron a la sala donde la mujer hacía sus lecturas. Una gran mesa de madera presidía el lugar, el aire era denso y dulzón debido al incienso que quemaba y la decoración era anticuada y ecléctica. Un batiburrillo de objetos de todo tipo colgaban de paredes y llenaban estanterías y mesas.

—Parece el plató de una serie mala de la tele —comentó Connor—.

—Entonces te gustará —señaló su hermano—.

—Ouch —.

—Soy Caro Amatista, vidente, prestidigitadora y lectora del futuro —anunció, sentándose en su silla—.

—¿Para qué tener un solo título cuando puedes tenerlos todos, no? —.

La mujer se cruzó de brazos y su expresión cambió a una más seria. No era extraño que jóvenes como él entrasen en su tienda y cuestionasen su cordura o la veracidad de su trabajo, aún así a ella no le importaba lo que nadie pensase. Hacía un trabajo honrado y ganaba lo suficiente para vivir bien. La hora de cerrar había pasado pero aún no había cerrado el local por la cita que había pedido Anteros.

—Intuyo que crees que soy una farsante —.

Connor aplaudió, puede que no saliese de allí con respuestas pero sí entretenido.

—Es más buena de lo que pensaba —.

Ella elevó una de sus cejas.

—Puedo sentir que no sois mortales, ninguno de los dos —señaló—.

—Mira, acaba de captar mi atención —admitió Connor—.

—Estamos buscando a alguien —le dijo Anteros—.

—¿Es mortal? —.

—Sí —.

—Bien, entonces hay más probabilidades de éxito —.

Se acercó a uno de los muebles, lo abrió y sacó un gran cuenco de metal. Lo colocó con cuidado sobre la mesa y se sentó, contenía un líquido tan oscuro como la noche.

—¿Esto que es? —quiso saber Connor—.

—Usaremos este método —le explicó—.

—¿Qué se supone que es ese líquido? —.

—Cocacola —comentó Anteros. Su olfato era mejor que el de su hermano—.

—Me has vuelto a perder —le aseguró Connor a la mujer—.

—Este método requiere de un liquido oscuro, la cocacola es tan buen liquido como otro —explicó—.

—Siéntate —le pidió su hermano—.

Connor se sentó a regañadientes en la silla libre frente a la mujer, con los brazos cruzados, mostrando su descontento.

—¿Cuales son tus credenciales? —preguntó Connor—. ¿Qué es lo que puedes hacer en realidad? —

—Eres una criatura muy mal educada —dijo ella—.

—Soy directo —.

—Soy descendiente de Calcas —.

Aquello volvió a captar el interés del dios del amor.

—¿El augur de la guerra de Troya? No hizo demasiado bien su trabajo —.

—El caballo de madera funcionó, el lo vio —.

—Hacer un buen trabajo como adivino habría sido prever y evitar la guerra en primer lugar, ¿no crees? —.

La mujer se mostró abiertamente molesta, estaba muy orgullosa de su árbol genealógico.

—Era nieto del mismísimo Apolo —le dijo ella—. Un respeto —

—Un cretino si me preguntas —.

—Hermano —gruñó Anteros—. ¿Te comportas? —

Connor descruzó los brazos y le dedicó una mirada de extrañeza a su hermano.

—Normalmente soy yo quien tiene que pedirte que te comportes...—.

La mujer encendió un par de velas que colocó a cada lado del cuenco de metal.

—Cien dolares por pregunta, no garantizo precisión pero sí verdad. Si haces cinco preguntas te regalaré una más, es una promoción que acabo de poner. Acepto tarjetas de crédito, transferencias bancarias, Paypal, Cashapp y Bizum —.

—Para cobrar estás al día, lo he entendido —la alabó él—.

—¿Quién de los dos empieza? El otro tendrá que esperar fuera —.

—Esperaré fuera —anunció Anteros—.

Connor se acomodó con desgana frente a la mujer, aun tenia dudas sobre sus capacidades, sí sabia que no eran mortales. Pero hasta Oliver podía sentir que había algo extraño en él, los mortales en ocasiones podían ser más sensibles. Eso no significaba que no fuese una farsante, y si no lo era. ¿Qué le iba a decir que no pudiese decirle Dodo? Ella era un oráculo de verdad.

—¿Cómo se supone que funciona este método? —preguntó—.

—Te cargaré trescientos dolares más por usarlo, ¿te parece bien? —.

Connor se quitó una pequeña sortija que le había regalado su hermano, mostrando las dos alas a su espalda. Luego volvió a ponerla en su dedo, ocultándolas de nuevo.

Anteros llevaba un talismán consigo para el mismo propósito, Connor no sabia de donde había sacado un objeto así, sobretodo sin dinero. Estaba tan sorprendido por el gesto de su hermano que no supo qué decir, se la colocó en el anular de la mano izquierda y guardó silencio.

—Me iré volando si esto es una farsa —le aseguró—.

La mujer no se mostró impresionada.

—No eres un ángel, los ángeles no tienen las alas tan cortas —.

—Son de un tamaño perfecto, señora mía —afirmó con rotundidad—.

—Lo que seas me da igual, siempre y cuando tengas dinero —dijo—. Pon las manos sobre el cuenco, si las quitas se romperá la conexión y tendremos que empezar de nuevo —

—Vale —.

Puso las manos sobre el cuenco, no sintió nada extraño.

—Que los dedos no toquen el líquido —le advirtió ella—.

—¿Pregunto ahora? —

—Guarda silencio —.

La mujer golpeó la parte baja del cuenco con una pequeña mano de mortero, lo hizo hasta en cinco ocasiones. Antes de golpearlo una sexta algo cambió en la superficie del agua, una vibración que hacía que el líquido se ondulara de una forma poco natural.

—¿Qué demonios eres? —se quejó ella—.

—Dímelo tú —.

—Eres antiguo, eso seguro. El otro lado es más distante de lo normal, más difícil de alcanzar —.

—¿Otro lado? —.

—Sí, estamos conectando con el otro lado —.

Connor se detuvo, paralizado, nadie le había dicho que conectaría de alguna forma con el otro lado. Él no habría accedido a hacer algo así.

—Voy a quitar las manos —le advirtió Connor—. Para —

Ella puso las suyas sobre las de él, ya había hecho conexión con alguien al otro lado.

—No, hay alguien —le aseguró—.

La curiosidad pudo más que el miedo así que intentó relajarse. El líquido palpitó, lo hizo una serie de veces hasta que paró.

—¿El nombre de Icarion te dice algo? —.

El corazón de Connor se detuvo, temía contactar con alguna de las personas que le importaron en el pasado. En concreto le aterraba que cualquiera de sus antiguos amores lo culpase de su muerte o le reprochase algo.

—Sí —.

—Eros —dijo la mujer con una voz prestada, masculina—.

Los ojos de Connor se pusieron vidriosos.

—Hola, Icarion —.

—Sigues tan bello como te recordaba —comentó dedicándole una sonrisa—.

—Yo...—.

—Quieres saber el paradero del chico —.

Preguntarle a su antiguo amor donde se encontraba el nuevo no le parecía la acción más amable del mundo, pero necesitaba saber cualquier cosa que supiese. Estaba desesperado.

—Sí —.

—Se lo ha llevado la mujer de los ojos violetas —le dijo—. Ha estado detrás de ti durante mucho tiempo —

—Sí, hace más de una semana que se lo llevó —dijo—. ¿Lo has podido ver desde el otro lado? —

—De vez en cuando presto atención a lo que haces —.

—Ah —.

—El tiempo ha hecho que perdamos la familiaridad que teníamos, he de decir que hiere mis sentimientos —admitió—.

—Lo siento, no, no es eso. Es solo que... las cosas no acabaron de la mejor manera posible y aquí estoy, pidiéndote ayuda con Oliver —.

—Tu nuevo interés amoroso —.

—Sí —.

—No te guardo rencor, Eros. Qué tontería —confesó—. Para empezar tu no fuiste el responsable de mi muerte, ni de la de Psique. Sino la mujer de los ojos violeta —

Aquella revelación lo tomó por sorpresa.

—¿Cómo dices? —logró preguntar—.

—Me atrajo hacia aquel bosque con la forma de una niña, hizo que mi muerte pareciese un accidente pero no lo fue —.

—Lo sabía —se lamentó—. Sabía que debía de haber seguido investigando...—

—Y con Psique...—.

—Ella no está allí abajo —se adelantó a decirle—.

Psique se encontraba en las estrellas, su madre se aseguró de colocarla allí cuando falleció. Un honor reservado solo para héroes y personas formidables.

—Ella no está aquí abajo, pero habló conmigo en una ocasión —le contó—.

—¿Qué te dijo? —.

—Que unas manos sostuvieron su cuerpo bajo el agua aquel día, que era la misma que había acabado con mi vida —.

Aquello era demasiado que procesar.

—Dame un momento —pidió—.

—Esa víbora ha estado detrás de cada calamidad que te ha pasado —.

—O sea que es por mi culpa que no estéis aquí —.

—No lo es, tú solo eres una víctima más, Eros —.

—Lo siento —.

—¿Por haberme amado? Aquel año fue el mejor de toda mi vida —.

Él atesoraba todos los recuerdos que pasaron juntos, ninguno de ellos e había desvanecido con el paso del tiempo.

—Vengaré vuestras muertes, te lo juro —.

—Lo retiene al sur, en un parque de atracciones con una gran rueda de color amarillo —reveló—.

Debía de tratarse de Coney Island, había estado en alguna ocasión, la noria que presidía el centro del parque de atracciones era de un brillante color amarillo. Había sido así desde los años ochenta.

—Gracias —.

—Eres mi lugar feliz, Eros. Ver lo feliz que te hace ese chico solo me trae felicidad — le aseguró—.

Connor se tragó el nudo que tenía en la garganta y se permitió llorar.

—No has dejado nunca de estar en mi corazón, ¿lo sabes, no? ..

—Lo sé —.

—Ahora ve y dale su merecido a esa lunática —.

—Es justo lo que haré —.

La conexión con el más allá se cortó, Caro volvió poco a poco a sus sentidos. No había previsto que el espíritu de la persona con la que contactaba hubiese tomado su cuerpo,

hecho que no le agradaba en lo más mínimo.

—Te cobraré el doble por eso —señaló ella de mal humor—.

—Cobrame lo que quieras pero hazlo rápido —.

Anteros lo esperaba en la parte delantera del local, al ver la determinación en la cara de su hermano no preguntó nada, solo lo siguió. Incluso cuando emprendió el vuelo al salir del establecimiento.

Sacó el móvil y llamó a Dodo, tenía que decirle lo que había averiguado. El plan que habían elaborado solo funcionaría si todos colaboraban.

—Sé donde está —le dijo—.

—¿Qué? ¿Dónde? —.

—Te mando la dirección por teléfono —.

—Bien —.

—Estas en casa? —.

—Acabamos de llegar Essián y yo —.

—Trae el arma —.

—Estaremos allí enseguida —.

Anteros rompió el silencio.

—¿¿Quieres decirme donde está?! ¿Qué te ha dicho la vidente? —.

Anteros había tratado de oír con sus sentidos sobrenaturales pero la voz de Icarión solo podía ser escuchada por Connor. Por lo que no había sacado nada en claro de aquella sesión.

—Escuchame, Dodo y yo tenemos un plan... —empezó a explicarle—.

Capítulo 14

El parque de atracciones

Sobrevolaron Nueva York. Los avistamientos de “ángeles” sobre los cielos se habían incrementado. Muchas plataformas digitales se hacían eco de los testimonios de personas que juraban haberlos visto. Mientras que las televisiones más serias no hablaron de ninguna de aquellas noticias, las desestimaron tildándolas de “chaladuras” o de “bromas de adolescentes”.

—¿Por qué paramos aquí? —preguntó Anteros—.

Connor se había detenido sobre un edificio a casi un kilómetro de distancia del parque de atracciones, la noria podía verse con total claridad desde allí.

—Si nos acercamos demasiado sentirá nuestra presencia —.

—¿Esperamos al oráculo para dar el siguiente paso? —.

—Sí, ya te he explicado el plan —.

—Cuando le rebane la cabeza dejará de importar el plan —.

—¡Anteros! Esto es importante, tendrás que colaborar y hacer tu parte. Nada más —.

—¿Y si discrepo? —.

—Si discrepas da media vuelta y vete, Oliver es mi prioridad —.

—También la mía —le aseguró—.

—Oírte decir algo así me pone los pelos de punta...—.

Connor debía de saber con certeza cómo se sentía él con respecto a Oliver, pero cuando tocaban el tema siempre aludía a aquella dichosa flecha que acabó en su pecho, haciendo que se enamorase. Y por algún motivo le molestaba que hiciese de menos sus sentimientos, hería su orgullo.

—¿Crees que es difícil querer a alguien así? ¿Que la culpa la tiene exclusivamente la flecha que me clavaste? —preguntó—.

—Claro —contestó llanamente—.

—Él es... es generoso y amable, incluso con quien no debe de serlo. Su piel es, parece... bueno. No es complicado querer a alguien así, aunque sea un chico y sea mortal —le aseguró—.

Su hermano se cruzó de brazos, ¿había sido aquella una declaración de amor? ¿Pretendía conseguir la atención de Oliver? La llama de la rivalidad se acababa de encender en su interior, no iba a dejar que su hermano ni nadie conquistase a Oliver.

—¿Estás declarándome la guerra?! —exclamó con incredulidad Connor—.

Anteros había fantaseado cada noche con ganar el favor de Oliver y conseguir su afecto, hecho que le avergonzaba, pues en conciencia no podría hacer algo así. El destino ya le había quitado a su hermano dos personas a las que amaba, él no podía ni tan siquiera pensar en hacerle ese tipo de jugarreta.

—No —afirmó—. Eres mi hermano, jamás te haría algo así —

Connor se desinfló, se hincó de rodillas en el suelo y agitó su cabello con ambas manos. Había hecho las paces con su hermano pero por el motivo que fuese volvía a tratarlo como si fuese un villano.

—Soy un capullo, ¿no es así? Siempre subido un escalón por encima de ti, creyéndome superior moralmente —.

—Solo a veces —.

—Me hace feliz que estés aquí conmigo, aunque todo haya sido una locura desde que apareciste —confesó—. Me ha hecho feliz conectar contigo y ver que... buen, que lo intentas —

—¿Lo dices en serio? —.

—Sí —.

Después de aquel intercambio emocional simplemente dejaron de hablar del tema y repasaron de nuevo el plan que tenía Connor. Dodo y Essián no tardaron en llegar, flotando en el aire como dos hojas atrapadas en el viento.

—¿Ese es tu arco? —soltó Dodo cuando llegó—.

Anteros había cargado con él a su espalda desde que salieron de casa, ya que su hermano se negó a llevarlo consigo.

—Sí —.

Connor estaba sentado en el suelo, moldeaba entre sus manos trozos de la valla metálica que había servido para cubrir unas antenas parabólicas en aquel tejado.

—¿Y estas haciendo flechas con...eso? —.

—Es acero —.

—Ah...—.

Essián se encogió de hombros cuando esta lo miró. Connor solo hacia flechas con oro y plomo, unas estaban destinadas a enamorar y las otras a crear justo lo opuesto. Nunca jamás lo había crear flechas que no fuesen de esos dos metales.

—¿Qué? —preguntó el titán—.

—Él no hace flechas de acero —le aclaró—.

—Hasta hoy —.

—Pero... —.

Anteros intervino.

—Está haciendo esas flechas para luchar —.

Había cuatro flechas en el suelo junto a él.

—Pero siento magia dentro de ellas —observó Dodo—.

—He imbuido mi magia dentro de ellas —aclaró Connor—.

—¿Y qué se supone que harán? —.

—Dolor, ¿qué van a hacer sino? —preguntó Anteros—. Y se supone que tú eres la lista... —

Dodo hizo rodar sus ojos.

—¿Essián, puedes oírla? ¿O a Oliver? —.

—No, aunque sí puedo sentirla —.

—Yo no puedo —.

—Ni yo —añadió Anteros—.

—Mis sentidos son mejores que los vuestros —aclaró—.

Anteros bufó, en el pasado nunca había aceptado que nadie dijese algo así en su presencia, habría derivado en una batalla para demostrarlo. Le importaba poco que fuese un titán, lucharía a muerte contra él.

—Dodo y yo iremos primero —les dijo—

—¿Por qué?! — se quejó Anteros—.

—Nosotros iremos detrás —le informó Connor—.

—No me habías dicho esa parte —.

Essian puso su brazo sobre Dodo y ambos se elevaron en el viento en dirección al parque de atracciones, primero despacio y luego mucho más rápido. Sin perder la gracia.

—Hay gente, aunque es miércoles —observó Dodo—.

—Sí, muchos querrán hacerse fotos conmigo —.

—Idiota —.

—Ya tengo pensado algo, tú espera y verás —.

Descendieron entre dos edificios frente al parque con la intención de pasar desapercibidos. Essian se puso las gafas de sol al llegar al suelo y empezó a hacer girar su dedo en el aire.

—Pareces un loco —se burló Dodo—.

—Fijate —.

Las nubes parecían arremolinarse sobre el parque siguiendo el movimiento de su dedo, este las atraía creando una fuerza similar al de un huracán.

—¿Puedes hacer que llueva? —preguntó ella sin apartar la vista del cielo—.

—Puedo atraer nubes llenas de agua, dame unos minutos —.

—Estamos anunciando nuestra llegada, básicamente —.

—No le tengo miedo, hicieron falta los seis olímpicos originales para doblegar a mis hermanos —.

—Un día tienes que contarme qué pasó —.

—Mañana con el desayuno —le prometió—. Y no te dejaré indiferente, tuvieron que currárselo, mis hermanos son poderosos. Sobre todo con Pyros —

La idea de una mañana con él le pareció mágica, no pudo evitar sonreírle.

—¿Es una promesa? —.

—Un juramento —.

El cielo se oscureció completamente, las nubes seguían arremolinándose y uniéndose a las existentes, esto hizo que se hiciesen poco a poco más pesadas y la empezaron a emitir una fina lluvia. Los transeúntes y los visitantes del parque comenzaron a retirarse, lo que había empezado como un día agradable se estaba tornando en lo opuesto.

—Les daremos veinte minutos para que se marchen todos y cierren los puestos —le dijo Essian—.

—Bien, yo intentaré ver algo, aunque dudo que sirva de algo... —.

Eris entró en la habitación donde tenía encerrado a Oliver, lo hizo llena de energía, vistiendo un uniforme de animadora. Había cambiado de nuevo su aspecto para parecer más joven. A simple vista parecía una chica de quince años.

—Hoy es el día —canturreó ella—.

—¿Vas a soltarme? —.

La joven se acercó hasta uno de los armarios que pululaban por el lugar y empezó a sacar ropa de los cajones.

—Me pregunto qué ropa te sentará mejor —se preguntó—.

—Ya tengo ropa —le dijo Oliver—. Aunque apeste...—

—¿Esto o esto? —preguntó mostrándole una camiseta de tamaño infantil con el logo de Coney Island —

—Estoy delgado pero no me va a estar bien —.

—¡Lo estará! —le aseguró entre risas—.

Sacó un pantalón y unos zapatos, toda aquella ropa había salido del cajón de objetos perdidos a lo largo de los años.

—¿Qué haces?! —.

Eris se acercó hasta él y se colocó sobre su cuerpo.

—Oh, tranquila, princesa. No me interesas de esa forma —.

—Quitate de encima mía —.

Puso su mano sobre la cara de Oliver y liberó el poder de uno de los muchos anillos que tenía en las manos, al hacerlo el cuerpo de Oliver menguó poco a poco.

—¡Suéltame! —gritó él bajo su mano—.

Intentó liberarse pero no era rival para la fuerza de la diosa, y poco a poco sentía que su fuerza menguaba incluso más.

—Así esta bien —zanjó ella—.

Oliver observó con horror que las manos que movía frente a su cara eran mucho más pequeñas que las anteriores, así como sus brazos. Apretó el anillo que le había dado Connor en su mano, no podía permitirse el lujo de perderlo. No sabiendo lo mucho que significaba para él.

—¿Qué me has hecho? —preguntó en una adorable voz infantil—.

—Me debatía entre convertirte en un niño o en un anciano, pero no tengo ningún tacataca —.

—¡Devuélveme a la normalidad! —.

Se levantó de la cama y le lanzó la ropa que había escogido para él—.

—Vístete, tenemos sitios a los que ir —le ordenó—.

—No —.

—Te has portado tan bien estos días, sería una pena que arruinásemos nuestro tiempo juntos por un berrinche. No creas que no puedo matar a un niño... —.

—¡Eres una lunática!, ¡eres una maldita loca! —.

Ella metió sus dedos entre los pequeños rizos negros de Oliver para luego pellizcar uno de sus mofletes. Apretó hasta que su pálida piel se tornó roja.

—Tendrás que pensar en algo mejor, ya te lo he dicho —le dijo Eris tono amenazante—. Vístete —.

El parque de atracciones se encontraba vacío, los puestos de comida rápida y los de atracciones ya habían cerrado sus toldos o arrastrado sus carros fuera del lugar.

Uno de los empleados del parque, en concreto el encargado de cobrar las entradas de la noria, acudió al silbido de Eris. Este se encontraba bajo el control mental de la diosa, lo había estado durante meses.

—Coge a este niño y llévalo a la noria, es su atracción favorita —le pidió—.

—¿Me subo con él? —.

—¿Si subes con él quien va a activar la noria? Irá solo, es más maduro de lo que parece —.

Dodo y Essian pusieron un pie dentro del parque, aquel era tan buen momento como otro cualquiera. Las finas gotas de lluvia cambiaban su trayectoria sobre sus cabezas, evitando que se mojasen.

Caminaron entre los puestos cerrados hasta llegar al centro del lugar, un gran espacio vacío en el que se encontraba la noria y una larga hilera de puestos a su alrededor.

—La noria ha empezado a moverse —señaló Dodo—.

—Hay alguien dentro de la cabina de control —dijo Essián—. Pero es un chico —.

—¿Podrá transformarse también en un chico? —.

—Es un mortal —.

Los megáfonos hicieron un ruido sordo y tras una interferencia seguido de un pitido agudo pudieron oír una voz femenina.

—¿Se me escucha? ¿hola? Un, dos, tres, tu culo del revés —.

—Le voy a pegar tan fuerte que voy a enviarla al futuro —juró Dodo apretando el puño —. A uno tan lejano que nadie pueda verla de nuevo —

—No esperaba que lloviese —comentó por el megáfono—. Pero supongo que le añade más dramatismo —

Essián aplaudió sobre su cabeza, las nubes se transformaron en una neblina que descendió hasta caer al suelo, rodeando el lugar.

—¿Para qué le haces caso? —quiso saber Dodo—.

—No quiero que te mojes el cabello —le dijo él. Había estado evitando que la lluvia cayese sobre sus cabezas usando sus habilidades—. Además, la niebla evitará que nos vean desde fuera —

—Eres... de lo que no hay —.

Una chica salió de la nada haciendo piruetas, saltando y dando volteretas hasta ponerse frente a ellos. Parecía una animadora ejecutando una coreografía.

—Te voy a dar la paliza de tu vida, tengas la edad que tengas —le advirtió Dodo—. ¿Dónde está Oliver? —

—¿Quieres una de mis manzanas? —le preguntó haciendo aparecer una en su mano—. Te falta vitamina C —

Vestía un revelador uniforme de animadora, parecía salida de una revista erótica, más que de un instituto. No llevaba nada más consigo.

—¿Te las escondes en el culo? —se burló Dodo—.

Eris bufó.

—Qué grosería —se quejó Eros, abrió las palmas de sus manos y de ellas empezaron a brotar manzanas doradas—.

Sus pies se cubrieron de estas.

—¿Has acabado con tus trucos de mago de las Vegas? —preguntó Dodo—.

—Cada una de estas manzanas tiene una maldición, si las tocáis...—.

Essián sopló ligeramente, haciendo que una fuerte brisa se llevase aquellas manzanas muy lejos de allí.

—Tendré que lidiar contigo primero, veo que has escapado del sueño de mi manzana —se quejó—. ¡Edwin, querido! ¡Toca el instrumento como te enseñó mamá! —

El chico que se encontraba dentro de la cabina de la noria sacó una caracola y la puso sobre sus labios. Al soplar aire dentro empezó a emitir un estridente ruido, una mezcla entre un silbido y un alarido.

—La hemos subestimado...—empezó a decirle Essián antes de clavarse de rodillas en el suelo—.

Dodo lo alcanzó antes de que cayese de bruces.

—¿Qué te pasa? —.

—Ese sonido...—dijo—. Corre, aléjate de aquí —

—¿No te gusta? Es una de las trompetas de Pan —les dijo ella—. Suena como una mierda pero cumple su función —

—¡Dile que pare o lo pararé yo! —la amenazó Dodo—.

La extraña melodía que se formaba entre aquella cacofonía que emitía la caracola acabó por hacer que Essián perdiese la conciencia y se desplomase en el suelo.

—¿Qué has hecho?! —.

—¿No sabes nada de historia? Las trompetas de Pan era capaces de doblegar a los titanes. Me alegra ver que es autentica —le dijo—. Pagué bastante por ella...—

—No vas a salirte con la tuya —.

—¿Por qué? ¿Por que no vienes sola? —preguntó—. Deja a la estrella del pop en el suelo y ven a mostrarme esos movimientos de baile de los que tanto hablas —

—Encantada —.

Dodo se abalanzó hacia ella, esta hizo una pirueta hacia uno de los extremos y le dio una patada en el costado, lanzándola hasta uno de los puestos del parque.

—Me parece que esos movimientos no eran buenos como dabas a entender...—.

—Me has pillado desprevenida —.

—¿Es así? Bueno, adelante. Haremos tiempo hasta que las dos palomitas hagan acto de presencia —.

Dodo se levantó intentando no mostrarse adolorida, si quería tener la mínima oportunidad de luchar contra una diosa tendría que emplearse a fondo. Tras recuperar la última parte de su ser había descubierto la habilidad de ver el presente, algo de lo que ni ella había oído con anterioridad. Si usaba su don para ver solo unos segundos en su futuro podría predecir los movimientos de Eris y de esa forma esquivarlos y asestarle golpes certeros. Tornó sus ojos blancos, se irguió y se lanzó de nuevo hacia ella.

Eris se tambaleó cuando Dodo esquivó el primer puñetazo, luego hizo lo mismo con los que lo siguieron. La diosa de la discordia era flexible y atlética, no paró de saltar, girar y dar volteretas intentando desconcertar a Dodo, creando una danza caótica de puñetazos y patadas.

—¿Esquivas mis ataques usando tus visiones? —soltó la diosa. Acababa de darse cuenta de que sus ojos no tenían pupilas—. ¡Qué curioso! Aunque le quita un poco de gracia al asunto —

—Discrepo, yo lo encuentro súper divertido —.

Volvieron a enzarzarse en una serie de puñetazos y patadas, Eris era mucho más poderosa que Dodo por lo que aquello acabaría convirtiéndose en una carrera de fondo que el oráculo no podría ganar a la larga.

—Oliver es tan buen chico... —soltó Eris—.

—¿Intentas distraerme por que no das ni una? Qué original —.

—Casi me dio pena cuando... —.

Dodo le dio un puñetazo en la cara que hizo que diese un paso hacia atrás. Su nariz sangró, tiñendo el uniforme blanco, rojo y azul que llevaba.

—Pegas como un soldado —señaló con desprecio—.

—¿Dónde está? —quiso saber ella—.

—¿No puedes verlo? —.

Podía ver algo, en esta ocasión cuando pensaba en Oliver se creaba una visión en su cabeza. Pero no salía él, sino un niño pequeño con una camiseta promocional del parque de atracciones. Un sinsentido.

—No —.

—Eres un oráculo pésimo, supongo que por eso te echaron —.

—No me echaron, me fui yo —dijo propinándole otro puñetazo—.

Anteros y Connor se habían dividido para buscar a Oliver, el primero había volado hacia el extremo más alejado y el segundo hizo lo opuesto.

—No lo encuentro —le dijo Anteros a través del móvil—.

—Debe de estar aquí —.

Icarión se lo había dicho a través de la vidente a la que acababan de ver, Oliver se encontraba en algún lugar de ese parque.

—Si me uno al oráculo en la batalla podrías revisar más cerca —propuso Anteros—.

Se moría por pelear, era un luchador después de todo. Connor temía por la seguridad de su amiga, Eris debía de haberle hecho algo a Essian si era Dodo la que luchaba y no él. Así que enviar a su hermano al campo de batalla mientras él escrutaba los puestos más cercanos a la noria parecía una buena idea. Siempre y cuando se ciñese al plan.

—Entretenla hasta que yo llegue, solo eso —le pidió Connor—.

—¿Eso es un sí? —preguntó sin ocultar su sorpresa—.

—Sí, dale un buen golpe de mi parte —.

Capítulo 15

El amor y el alma

Eris le propinó un puñetazo a Dodo en la mandíbula, haciendo que girase sobre sí misma, para luego darle una fuerte patada que la dejó sin aliento. Los ojos del oráculo volvieron a mostrar sus pupilas, ver constantemente en el futuro era mentalmente agotador.

—¡Te pillé! —soltó, se acercó hasta ella y pisó su tobillo, rompiéndolo en dos—.

Anteros la golpeó con el puño de su espada antes de que pudiese hacer lo mismo con el otro tobillo,

—Esa no es forma de tratar a una dama —se quejó ella—.

Giró sobre sí misma y se alejó de ellos.

—En el campo de batalla todos somos soldados —soltó Anteros—.

—¿Cómo ha ido la búsqueda del mortal? ¿Infructuosa? —se burló ella—.

—¿Dónde lo tienes? —.

—Está muerto —dijo poniendo las manos sobre su boca teatralmente—. Más muerto que Drácula. ¿Sabes quién es Drácula? Es un vampiro, como Edward. Bueno, no como él... ya me entiendes —

La cara de Anteros se ensombreció.

—Mientes —.

—No, hablo en serio. Es un tipo de vampiro distinto... uno brilla como una bola de espejos y el otro tiene viste de negro —

—¡Deja de hablar de chorradas! —le exigió—. Oliver no puede estar muerto —

—¿Cómo lo sabes? Soy muy buena mintiendo —.

—¿Estás bien? —le preguntó Anteros a Dodo—.

—Lo estaré, ten cuidado con el cuerpo de Essián —.

—¿Algo más? —.

—Rómpele las piernas a esa zorra —.

Eris se abanicó con su mano, fingiendo que tenía calor.

—¿Sabéis qué? Necesito tomar un poco el aire, os enseñaré algo divertido —.

Hizo aparecer dos huevos en una de sus manos, de la misma forma que había hecho aparecer sus manzanas.

—¿Huevos? —preguntó Anteros—.

Eris les mostró los dos huevos que tenía en la palma de la mano con una inquietante expresión de euforia, eran de un color blanquecino, con motas oscuras. A simple vista no parecía que tuviesen nada de especial, aunque claramente no fuesen de gallina.

—¡No son huevos cualquiera! —gritó ella—.

Los imbuyó con magia y estos crecieron hasta parecer huevos de avestruz, luego aparecieron sendos picos de ave y en un abrir y cerrar de ojos se rompieron revelando el animal que contenían..

—¿Qué mierda es eso? —espetó Dodo—.

Las dos criaturas gritaron de forma monstruosa y salieron del cascarrón mostrando sus amorfos cuernos rosados y cubiertos parcialmente por plumas.

—Son harpías —le dijo. Él si se había encontrado con alguna de ellas en sus viajes—.

—No puede ser —.

—Las he mantenido en su forma de huevo para que no pudieses verlas venir — comentó—. Ahora agito un poco el tiempo y...—

Volvió a posar su mano sobre las aves y estas empezaron a crecer a la velocidad de la luz, en menos de un minuto pasaron a tener el tamaño de dos personas promedio. Sus cabezas eran un híbrido a medio camino entre una mujer y un ave, y sus cuerpos se cubrieron totalmente de plumas densas, negra y blancas.

—Hola mis chiquitinas, soy mamá —les dijo ella acariciándolas con ternura—.

—¿Cómo haces eso? El tiempo no es tu dominio —exigió saber Anteros—.

—Tengo un anillo muy útil que puede hacerme envejecer o rejuvenecer —le dijo mostrándole una de sus manos, esta estaba llena de anillos así que no sabía a cuál se refería—. Atacad a esas personas, son nuestros enemigos —

—Mierda —soltó Dodo—.

Las harpías se giraron para enfrentarlos y empezaron a elevarse en el aire para hacer su primer ataque.

—Entretenlas en el aire, tengo que alejar a Essián de aquí —.

Anteros no hizo ninguna pregunta, se elevó y se preparó para recibir el primer ataque.

—¿Un niño? —se preguntó Connor—.

Este estaba subido al asiento de una de las cabinas de la noria, observando la batalla con atención—

—Connor —gritó al verlo volar frente a él.

La noria giraba muy lentamente.

—¿Eres tú? —.

Oliver asintió con fuerza, Connor abrió la cabina arrancando la puerta y este saltó a sus brazos.

—¡Ten cuidado, podías haberte caído! —le regañó—. ¿Estas bien? ¿Te ha hecho daño?

—

—Me ha reducido con uno de sus anillos, es una lunática —.

—Al menos estás de una pieza —.

—Llevas un arco —observó Oliver—.

Connor besó su frente.

—Eres adorable —.

—Sí, seguro que sí...—se quejó Oliver. Aún sostenía dentro de su pequeña mano el anillo que Connor le había dado para que custodiase—. Déjame por ahí y dale una paliza —

Hasta el momento en el que se encontraron se sentía lleno de ira, se había repetido una y otra vez que cuando estuviese frente a la diosa le daría una soberana paliza. Pero al encontrar a Oliver aquellos pensamientos se empezaron a desvanecerse.

—Parece que ya se la está dando mi hermano —observó desde el cielo—.

Anteros luchaba contra las Harpías a medio camino entre el aire y la tierra, estas atacaban con ferocidad desde ambos flancos. Giró sobre sí mismo y movió la imponente espada, cortando manos y trozos de piel de aquellas criaturas.

Hizo girar su espada en su mano y la clavó en el centro del pecho de una de ellas, luego la giró asegurándose de hacerle el mayor daño posible.

—¡Mis bebés! —se lamentó ella—. Aún no les había puesto nombre...—

—Seguro que habrías elegido nombres horribles —le aseguró Anteros desde el otro

lado del campo de batalla—.

—Las habría llamado Ariel y Yasmín, como mis princesas favoritas de Disney —.

—¡La cabeza! —exclamó Dodo—.

Había buscado entre sus visiones del futuro una forma efectiva de matarlas, en ellas había visto como Anteros las apuñalaba, les arrancaba el corazón o cortaba sus extremidades, pero ninguna de esas opciones parecía durar demasiado pues volvían a levantarse y sus miembros volvían a crecer.

—¡Calla, aguafiestas! —le pidió la diosa de la discordia—.

Essian abrió los ojos súbitamente, los efectos de la trompeta de Pan habían acabado de desaparecer, dejando un dolor muscular residual al irse. Por suerte para él su fuerte no era la lucha cuerpo a cuerpo.

Giró su cuerpo bruscamente y se apoyó en sus rodillas, golpeó el suelo con sus manos y una fuerza invisible hizo que ambas harpías cayesen al suelo. Anteros descendió, al pisar el asfalto encontró que sus piernas se encontraban débiles, los arañazos de aquellas criaturas habían drenado su energía poco a poco.

Las criaturas se encontraban atraídas hacia el suelo, inmóviles e indefensas, así que blandió su espada dando dos cortes certeros cortando sus cabezas de raíz.

—Dormido estas más bonito —se quejó Eris—. ¡Toca la trompeta de nuevo! —.

Connor ya se había encargado del chico que se encontraba en la cabina de la noria, lo había noqueado con un pequeño golpe.

Antes de que Eris pudiese acercarse hasta ellos Connor lanzó una flecha que se clavó en su hombro, haciendo que emitiese un grito tan agudo como escalofriante. Después clavó una más en su espalda, en concreto en el omóplato izquierdo. Si no podía mover con agilidad los brazos no podría usar sus trucos de forma efectiva.

—¡Tú! —gritó histérica—. ¿Qué es esto? —

Connor descendió entre Dodo y Essian y le encargó a este el cuidado del pequeño Oliver.

—No lo sueltes, por favor —le suplicó en un susurro—.

Eris aplaudió, hacerlo era sumamente doloroso pero aún así lo hizo.

—¡Por fin hace acto de presencia el dios del amor! —.

Acarició con ternura los mofletes del niño y puso otra de sus flechas en su arco, apuntó y la lanzó, impactando en el corazón de Eris.

La diosa perdió el equilibrio y cayó de espaldas, a Connor le preocupaba que sus flechas no fuesen demasiado efectivas, era la primera vez que las hacía. Pero al acercarse un poco más se dio cuenta de que la expresión de su cara era de auténtico suplicio. Sentía un dolor tan punzante que su conciencia parpadeaba, queriendo ceder y apagarse.

Connor caminó hasta ella con calma.

—Mataste a Psique, ¿cómo lo hiciste? —quiso saber—.

Ella se atusó el pelo y le dedicó una sonrisa pícaro.

—No fue sencillo, me tomó muchos intentos, la suerte estaba de su parte, sin duda. Pero un día lo conseguí, la perseverancia es uno de mis mejores cualidades —.

Intentaba sacar la flecha de su corazón pero le estaba costando hacerlo. No quería ni pensar en la flecha de su espalda, esta se había introducido aun más en su cuerpo tras caer.

—Hiciste lo mismo con Icarión —afirmó él—.

—¡Veo que estás muy bien informado! ¿Quién te ha contado todos esos secretos? —.

—Eso no importa —dijo—. ¿Por qué lo hiciste?

—Para hacerte pagar, por tu culpa perdí al amor de mi vida. Si yo estaba sola tú también lo estarías —.

Connor se agachó y puso su mano sobre la flecha que tenía en su brazo, girándola bruscamente, haciéndola gritar de dolor una vez más.

—Desde cuando hacen daño tus flechas, ¿carita de ángel? —preguntó ella con la voz entrecortada—.

—¿Duelen? —.

—Como el infierno —afirmó muy seria—.

Él se encogió de hombros, no pudo evitar sonreír. Si dolían debían de estar haciéndole sentir el dolor que él sintió una vez, aunque fuese solo parcialmente.

—Son nuevas, las he hecho especialmente para ti —le contó—. Están imbuidas con sentimientos —

—Suena adorable, propio de un querubín como tú —admitió. Soltó una bocanada de sangre que intentó limpiarse sin éxito, sus brazos dejaron de responderle—. ¿Y cuáles son en concreto? ¿dolor y rabia? —

—Desesperación, angustia, amargura, desolación...—enumeró—. Puedes usar cualquier palabra que evoque tristeza, la que se siente cuando te arrebatan a tus seres queridos —

Ella asintió lentamente, intentando mantener una expresión neutra sin mucho éxito.

—Sí... supongo que sí —dijo—. ¿Y ahora qué? Si crees que voy a perdonarte vas listo, tú eres quien debes pedirme perdón a mí —

La chica evocó un poco de su fuerza y se levantó poco a poco. Connor la dejó hacer, sus piernas se movían como la gelatina, no tardaría en caer de nuevo.

—¡Así que arrodíllate y suplica perdón! —le gritó ella—. Todo esto ha sido tu culpa, pídemme perdón —

—Fue tu mano la que clavó aquella flecha inacabada, Eris. No la mía —le recordó—. Tú lo mataste —

—¡Era tu plan! —se quejó ella—. Yo, fui víctima de tu plan...—

Él negó con la cabeza.

—Yo era un niño, mi único plan era jugar —.

—Mientes —.

Anteros le arrebató los anillos de su mano izquierda, la que había movido para acelerar el tiempo de los huevos que acabaron por convertirse en harpías.

—Qué brusco tu hermano, aprovechándose de una dama en un momento así de delicado —.

—Te entiendo —le dijo Connor—.

Intentó sacar de nuevo la flecha de su corazón sin mucho éxito, al moverla sentía de nuevo el mismo latigazo inicial de dolor.

—¿Ah, sí? Qué bien —.

—Puedo sentir tu dolor —.

—¡Claro que siento dolor, me has clavado tres flechas! —.

—No me refiero a ese dolor, Eris. Sino al que sientes por haberlo perdido —señaló—.

Ella lo miró seria, llena de rabia,

—Eso no cambia nada... —.

Dodo ya podía mantenerse en pie, Anteros puso los anillos en sus manos y esta identificó rápidamente el adecuado. Caminó hasta Essián, el cual sostenía al pequeño

Oliver, y acercó el objeto hasta él. No sabía cómo funcionaba pero la mayoría de los objetos mágicos lo hacían canalizando las ordenes del portador, así que solo pensó en devolverlo a su estado original.

El brillo que emitió el anillo hizo que Oliver creciese hasta ser un adulto de nuevo. Puso el anillo que apretaba en su mano dentro de su dedo y corrió a taparse avergonzado. Estaba desnudo frente a ellos, su ropa se había roto al crecer.

—¿Unos pantalones? —pidió—.

—No es la primera vez que te vemos desnudo... —le recordó Dodo—.

—¿Podemos no recordar aquel incidente? —.

Eris resopló al ver la escena con el rabillo de su ojo.

—Tu mortal está bien, quítame estas flechas. Habéis ganado —.

—No —.

—¿Vas a matarme?, eso no es propio del dios del amor —.

—Eres peligrosa, sé que volverás a intentar algo —.

—¿Lo dices por lo de la perseverancia? Quizá exageré, de hecho mi mayor virtud es la belleza —.

Hizo aparecer en su mano derecha una de sus manzanas doradas. Sus movimientos eran limitados pero no necesitaba mover todo el brazo para usar su magia, solo abrir y cerrar la palma de su mano.

—¿Quieres una manzana? —le preguntó—.

Connor usó uno de los extremos de su arco para apartarla de su mano, en ese instante la diosa dio una voltereta hacia atrás. Al aterrizar sobre sus pies le mostró a su contrincante que tenía una de las flechas que le había clavado en su mano, la del pecho.

—No puedes huir —le aseguró Connor—.

—¿Sabes cual es el manjar más sabroso de todos? No te lo dije entonces pero te lo diré ahora —.

El joven Eros había sido engañado por Eris para acudir a una boda, esta le había prometido darle a probar el manjar más sabroso de todos solo para engatusarlo y que la siguiese.

—¿El melón dulce? —.

La diosa soltó una carcajada.

—El manjar más sabroso de todos es la venganza, pequeñín —afirmó—. Ojo por ojo... —

El dios del amor dio un paso hacia ella pero esta lanzó la flecha que tenía en su mano en la dirección de Oliver, clavándose en el centro de su pecho.

—¡No! —gritaron al unísono Connor y Dodo—.

El ataque sirvió para que todos dirigiesen su atención hacia Oliver y de esa forma pudiese salir corriendo. Sus piernas funcionaban bien así que simplemente correría hasta alejarse lo suficiente, entonces podría quitarse las otras dos flechas de su cuerpo.

Anteros aún recuperaba el aliento, pero aún así sacó fuerza para elevarse con sus alas y caer sobre la diosa, apretando su cabeza contra el frío y mojado suelo.

—Vas a pagar por esto, yo mismo te arrancaré la cabeza —le aseguró él—.

Connor sostenía el cuerpo de Oliver, apenas cubierto con la parka que le había cedido Essián. La sangre brotaba de su pecho y de su boca, aún no le había golpeado el dolor, se encontraba incrédulo, perdiendo fuerza. La flecha ya no emitía ningún tipo de energía por lo que se trataba exclusivamente de una flecha de hierro normal, tan mortal como cualquier

otra.

—Mi visión...—soltó Dodo—.

Recordó la visión que tuvo el día en el que Oliver se mudó al edificio, en ella aparecía Connor sosteniendo el cuerpo de Oliver mientras un gran mar de flores rojas los rodeaban. Había desestimado como posible aquel posible futuro, incluso la había olvidado.

—Todo va a salir bien, aguanta —dijo Connor acariciando su cabello—.

—Connor... —susurró él con un nudo en su garganta—.

—No pasa nada, voy a quitarte la flecha —le advirtió—.

Oliver asintió lentamente, podía sentir el frío del pavimento en su cuerpo.

—Si la extraes se desangrará más rápido, tenemos que llevarlo a un hospital —le dijo Essián—.

Dodo se arrodilló a su lado, entre lágrimas.

—Oliver, lo siento —le dijo ella—.

—Id a por Eris, procurad que mi hermano no la mate —les pidió sin quitarle la vista de encima Oliver—.

—¡Seré yo quien lo haga! —juró ella—.

—Dodo, hazme caso —le pidió muy serio—.

Sus amigos se alejaron, Anteros se encontraba a quince metros de ellos, golpeando a Eris contra el suelo.

—Respira hondo, voy a ... —.

Oliver puso su mano sobre la suya, era un mortal, los mortales no suelen sobrevivir tras un disparo en el corazón.

—Esto no pinta bien —susurró—.

—Todo saldrá bien —.

La arrolladora positividad de Connor hizo que Oliver quisiese creerle, por irrisorio que fuese. Pero sí moría no quería que sus últimas palabras fuesen un lamento, prefería irse diciéndole algo que se había arrepentido de no haberle dicho hace mucho tiempo.

—Te quiero —le dijo—.

La primera vez que lo sintió no tuvo el valor de decírselo, pero era consciente de que si no lo había en ese momento no tendría otro.

Connor sonrió.

—¿Y me lo dices ahora? —preguntó con dulzura—.

—Vuelve a enamorarte de nuevo, prométemelo —.

—Respira hondo —pidió—.

Sacó la flecha de su pecho con un solo movimiento, y puso su mano sobre la herida para evitar que la sangre saliese a borbotones. Oliver se sintió mareado, cerró los ojos y pensó que no había una forma mejor que morir que entre los brazos de tu ser querido, siendo amado por este.

—¿No me muero? —preguntó incrédulo un minuto después—.

—El anillo nos une, de la misma forma que me unía con Psique. Hace que compartamos mi vitalidad —le confesó con una gran sonrisa—.

No dejo de decirte que todo va a salir bien, pero nunca me haces caso —

En el pecho de Connor también había una herida, aunque nadie se hubiese percatado, esta empezó a cerrarse a la par que la de Oliver, dejando solo la sangre como testigo de que una vez estuvo ahí.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Oliver—.

Él se encogió de hombros.

—Es un secreto, no puede saberlo nadie —.

—Me siento... bien —.

—¿Puedes levantarte? —.

—Creo que sí —.

—Es hora de castigar a Eris, ¿quieres hacer los honores? —.

—Sí —.

Anteros mantenía su pie sobre el cuello de Eris, evitando que se moviese. Dodo le había quitado la espada de la mano, temía que apuñalase a Eris con ella o cercenase su cabeza y ese no era el deseo de su amigo. Él era quien debía de decidir qué hacer con ella.

Essian usó su poder para alejar a Anteros y levantar el cuerpo de la diosa. Dodo se llevó las manos a la boca cuando vio que Oliver caminaba junto a él, sano. Cuando el dios del amor llegó hasta Eris le arrancó las flechas que quedaban en su cuerpo.

—Veo que estás vivo —comentó ella con una sonrisa teñida de sangre—. No puedo decir que me alegre demasiado —

Oliver se acercó hasta ella, llevaba el colgante que habían traído de Grecia, el que se suponía que iban a usar para encerrar a Anteros.

—¿Qué es eso? —preguntó ella—. ¿Vas a regalarme una joya? Eres verdaderamente perspicaz, me encantan —

—Te perdono —le dijo—.

Eris se mostró aburrida, estaba harta de aquella desmedida generosidad.

—Si no vais a matarme, soltadme —pidió de mala gana—.

—Este colgante te mantendrá a dormida durante un largo periodo de tiempo —.

La diosa miró el objeto con resignación, una pequeña voz dentro de su cabeza le decía que se lo merecía. Una que había hecho callar durante cientos de años.

—Se llamaba Crisanto...como la flor dorada —le dijo sin dejar de mirar la piedra del colgante—. Crisanto —

—Es un nombre precioso —.

—Sí, lo es —.

Entonces dejó caer una pequeña lágrima que recorrió su mejilla hasta caer al pavimento. Oliver apretó el colgante sobre su pecho, este emitió un fulgor cegador que iluminó todo el lugar e incluso hizo que se disipase la niebla que lo rodeaba. Eris no se encontraba allí tras extinguirse aquella luz, ahora se encontraba atrapada dentro del colgante, con un sueño profundo que duraría cien años.

—Pude sentir su corazón roto...—confesó Connor—. Espero que tenga tiempo para pensar en sus acciones...—

—¿Sabes qué pude sentir yo? Lo loca que estaba, pero loca de atar. De manicomio — señaló Dodo—.

Oliver abotonó la parka que llevaba, aunque ya hubiese poco que los presentes no hubiesen visto.

—Dímelo a mi, conviví con ella ocho días —les dijo—. Podría escribir una trilogía al respecto —

Dodo metió la mano dentro del abrigo de Oliver, comprobando el estado de su herida.

—Ahora dime cómo has curado la herida de su pecho —le pidió con incredulidad.

Connor no podía curar, muy pocos dioses tenían ese poder—.

Oliver les mostró el anillo en su dedo.

—¿Eso te ha curado? —preguntó incrédula—.

El regalo envenenado de Eris había resultado en una vía de escape para Oliver, en su salvación. El destino siempre obra de forma peculiar.

—Sí, eso parece —admitió Oliver—. Me siento bien —

Connor tenía la esperanza de que Oliver siguiese teniendo el anillo en su dedo, si algo terrible sucedía este le garantizaría sobrevivir.

—Lo único que me preocupaba es que te hiciese sufrir demasiado, sabía que no te perdería —confesó Connor—.

Dodo no daba crédito a lo que acababa de oír.

—¿Qué? ¿Sabes lo preocupada que estaba?! —.

—Si Eris hubiese sabido que era importante habría encontrado la forma de quitárselo, no podía correr el riesgo de decírselo a nadie —se justificó—.

Obvió el hecho de que si encontraban la forma de matar a Oliver, de la misma forma en la que matarían a un dios, él también moriría. El poder del anillo era de doble filo pues no solo compartía con Oliver su vitalidad, sino que ponía su propia vida en sus manos.

—Tampoco hubiese sido muy difícil quitármelo...—soltó Oliver—.

Connor besó su mano.

—Solo puedes quitártelo tú, pero si tu mano no está unida a tu cuerpo...—.

Oliver puso cara de disgusto, ya había visto suficiente sangre por ese día.

—No quiero pensar en eso... —.

Anteros se acercó hasta ellos, ignorando la presencia de su hermano.

—¿Cómo estas? —le preguntó a Oliver—.

Había oído que se sentía bien, lo veía, pero quería que se lo dijese él mismo.

—Me siento bien, como si no me hubiesen apuñalado nunca —le dijo con una sonrisa

—.

—Me alegra oírlo —.

—Gracias por tu ayuda —le dijo—. Espero que podamos ser amigos a partir de ahora

—

Anteros elevó ligeramente una de sus cejas. No quería ser su amigo, quería besarlo y apretarlo contra su pecho. Algo que entendía que nunca podría hacer.

—No lo sé —admitió tímidamente—. Quizá —

Se elevó y desapareció en el aire, necesitaba recuperar el aliento en un lugar donde su corazón no pesase tanto.

Connor se elevó hasta él y le pidió que lo esperase.

—¿Te vas a ir, no es así? —.

—Haré un viaje... —.

—Las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti, espero que no perdamos el contacto—.

Él asintió con la cabeza, no quería irse de la vida de su hermano.

—Recuerdas la primera vez que nos vimos? —preguntó—.

Aquel encuentro pasó a los anales de la historia, no era uno que pudiese olvidar.

—Sí —.

—¿Recuerdas las primeras palabras que me dijiste? —.

—¿Hola? —bromeó—. No sé, eso no lo recuerdo bien —

—Dijiste “te quiero” —le contó—. En ese momento nuestros padres nos miraban y yo tenía miedo de defraudar a Ares... —

Su padre tendía a ridiculizar cualquier rasgo de la personalidad que no sirviese para pelear, Anteros fue criado brevemente por Ares y por su madre, antes de que finalmente se conocieran.

—Hace tanto de aquello, ni me acuerdo. ¿Por qué lo dices? —.

—Quise responderte que yo también te quería —le confesó. Había guardado aquella espina en su corazón desde entonces—. He querido decírtelo desde... bueno, desde siempre —

Connor sonrió, en ese momento pudo ver el amor que procesaba su hermano para él, este tenía la habilidad de esconderse muy bien, pero recordó que en aquel momento, cuando le dijo que lo quería, él sintió que le correspondía. No hicieron falta palabras.

—Pero yo soy el dios del amor, ya lo sabía —.

—Cuida de él —.

—Lo haré —.

Desterró la idea de alejarse sin más y abrazó a su hermano mayor, era la primera persona que le había dicho que lo quería y a la primera a la que él había querido de verdad. Deseaba que su hermandad no volviese a romperse nunca.

Después se alejó sin más, y Connor descendió para encontrarse de nuevo con sus amigos.

—¿Dónde va? —le preguntó Oliver—.

Podía sentir los celos de su hermano, entendía que no pudiese quedarse.

—Creo que se va de viaje, a cambiar de aires —dijo. No se sentía con el derecho de divulgar las palabras de su hermano, solo esperaba que sus heridas sanasen rápido y que un día regresase a su lado—.

Essián intervino.

—¿Os apetece una buena cena? —.

—Estoy hecha polvo, me comería cualquier cosa —.

—Yo también me muero de hambre —dijo Oliver—. Eris me alimentaba con comida basura y bolsas de fritos. Aunque antes querría vestirme un poco más...—

—Así estas bien —le aseguró Connor—.

—Idiota —.

Las semanas y los meses pasaron y en un pestañeo la tierra ya había girado por completo sobre sí misma.

—¡Has vuelto! —gritó Connor desde la cocina, quemando cualquier cosa que estuviese cocinando—.

—Lo dices todos los días igual, ni que volviese de la guerra... —.

Connor y Oliver vivían juntos en la casa del último, lo llevaban haciendo desde hacía muchos meses.

—Estar sin ti me pone tan triste...—le confesó Connor—.

Oliver caminó hasta él y lo besó, había intentado que dejase su trabajo desde el momento en el que se hicieron novios, pero se negaba a hacerlo. No porque amase su trabajo sino por orgullo y autosuficiencia, no quería tener que depender del dinero de nadie para hacer algo tan simple como ir a comprar el pan.

—Eres un dramático —se quejó Oliver apretándolo entre sus brazos—.

—Prefiero la palabra “pasional” —.

—Claro... —.

—Dodo ha llamado, ha llegado a la polinesia francesa. Oh, la, la —.

—Tienen una luna de miel cada mes... ¿cuántas van ya? —.

El oráculo se había casado con Essián en uno de los viajes de este a Las Vegas, Connor se pilló un berrinche tremendo al no haber sido informado y al no haber podido ir. A este le habría encantado organizar una gran ceremonia por todo lo alto, quizá por ese motivo su amiga decidió casarse de aquella forma.

—¿Cuando tendremos nosotros una? —preguntó Connor—.

Oliver se sonrojó, la idea de casarse le daba vértigo. Hacía unas semanas había encontrado por accidente un bonito anillo de diamantes en uno de los bolsillos de las chaquetas de Connor. Desde entonces se encontraba en alerta, esperando al inevitable momento en el que le pidiese matrimonio y él tuviese irremediabilmente que aceptar.

—Todavía ni he cumplido los treinta, aún soy joven. No quiero cerrar puertas — bromeó—.

Aquel tipo de bromas hacia que Connor se ofuscara, lo que Oliver encontraba tremendamente divertido.

—Ah, no tenia constancia...—se quejó—. Tomaré nota —

—Aunque después de los treinta estoy seguro de que cambiaré de idea... —.

Connor se cruzó de brazos.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? —.

—Pregúntamelo en un año —le aseguró—. Y lo descubrirás —

—¿Es una promesa? —preguntó lleno de emoción—.

Oliver asintió con la cabeza con timidez. Se quitó el fino jersey que llevaba y se sentó en el sofá, el trabajo en la biblioteca de la universidad era tan monótono como tedioso. En un principio había resultado agradable no hablar con nadie durante todo el día pero tras varios meses estaba dispuesto a pedir un traslado de nuevo.

—La semana que viene empiezan mis vacaciones —recordó Oliver—.

—¿Quieres volver a Grecia? —.

Este le dedicó una mirada de horror, aquel viaje aún se encontraba muy fresco en su memoria. No descartaba volver a viajar a aquel precioso y mágico lugar, pero no sería en breve.

—Mejor algo más tranquilo...—.

Connor se tiró en el sofá a su lado, poniendo su brazo sobre su cuello.

—Mi hermano está en Washington, dice que el clima es agradable —comentó—.

Ninguno de los dos había vuelto a ver a Anteros desde aquel día, aunque este no había desaparecido por completo de la vida de su hermano o de la de Oliver.

—Me alegra que esté lejos de Sergio... —admitió. El antiguo amor de Oliver se había mudado a Hawaii, en primer lugar para huir de la locura que Anteros trajo consigo, pero había acabado quedándose permanentemente allí—. ¿Cómo está Leroy? —

Leroy era el nombre que Anteros le había puesto a su mascota, un pequeño pato que había encontrado herido en uno de sus viajes. Desde que lo cuidó y lo alimentó no se había separado de él, en ocasiones le mandaba alguna foto a Oliver. A Connor le hacía mucha gracia que lo hubiese llamado Leroy, como el doctor de su telenovela favorita. La cual Anteros odiaba con todo su ser.

—Bien, ahora tiene un chaleco —afirmó—.

Los ojos de Oliver se dilataron.

—¿Qué?! ¿Te ha mandado alguna foto? —exigió saber—.

—Y un vídeo —.

—¡Enseñámelo! —.

Connor puso sus manos sobre su bolsillo derecho, donde se encontraba su móvil.

—No —.

—¿Como que no? —.

—Tendrás que pagar un alto precio —

—¡¿Más sexo?! No doy a basto contigo —bromeó—.

Él soltó una carcajada, agarró a Oliver y lo puso sobre su pelvis.

—Iba a pedirte un beso, mal pensado —le dijo—.

—¿Solo uno? —.

—Nunca hay que subestimar el valor de un beso, sobretodo si es de amor verdadero

—.

En ese momento y por primera vez en su vida, Oliver se sintió la persona más afortunada del mundo. No solo había triunfado ante el rocambolesco plan de una diosa lunática y vengativa, sino que había sobrevivido a una muerte letal. Pero lo más importante de todo era que tenía a Connor a su lado y podía sentir en sus huesos que el amor que se procesaban duraría hasta el fin de los días.

—Te quiero —le dijo Oliver dándole un beso—.

—Lo sé —respondió con una sonrisa tonta. Admiraba el aura que emanaba, en esta ocasión aquel amor tan puro iba dirigido hacia él y no podía sentirse más afortunado—.

—No deberías responder con un lo sé —se quejó, haciendo un mohín infantil—.

—Lo siento, dímelo de nuevo —.

—¡Te quiero!, ¡Te quiero, te quiero, te quiero! —

Connor le mostró la sonrisa más genuina que tenía. Tras miles de años había vuelto a encontrar el amor, se sentía eufórico cada vez que empezaba su día junto a Oliver. Estaba tan lleno de felicidad que quería gritarlo a los cuatro vientos. Algo que hacía en las raras ocasiones en las que bebía más de la cuenta.

Encontrar a Oliver, amarlo y que este le correspondiese había hecho que se sintiese de la misma forma que se sintió cuando Psique o Icarión entraron en su vida. A sus ojos cada uno de ellos simbolizaban el alma, su alma.

La unión con Oliver era la reunión entre el alma y el amor, destinadas a encontrarse siempre, emulando el mito original una y otra vez en un ciclo sin fin.

—Yo también te quiero —afirmó el dios del amor—. Para siempre —

Fin